# CUADERNOS
## HISPANOAMERICANOS




MADRID 74

FEBRERO 1956

# CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

## REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA



## CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

# EDICIONES CULTURA HISPANICA

Ciencias Históricas:

*Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana* (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

*Código de Trabajo del indígena americano,* por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

*Azul celeste y blanco* (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

*Dogmas nacionales del Rey Católico,* por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

Hispanidad:

*Sobre la Universidad Hispánica,* por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

*Destino y vocación de Iberoamérica,* por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

Genealogía y Heráldica:

*Dignidades nobiliarias en Cuba,* por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

*Blasones de los virreyes del Río de la Plata,* por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

Bibliografía:

*Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España,* por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

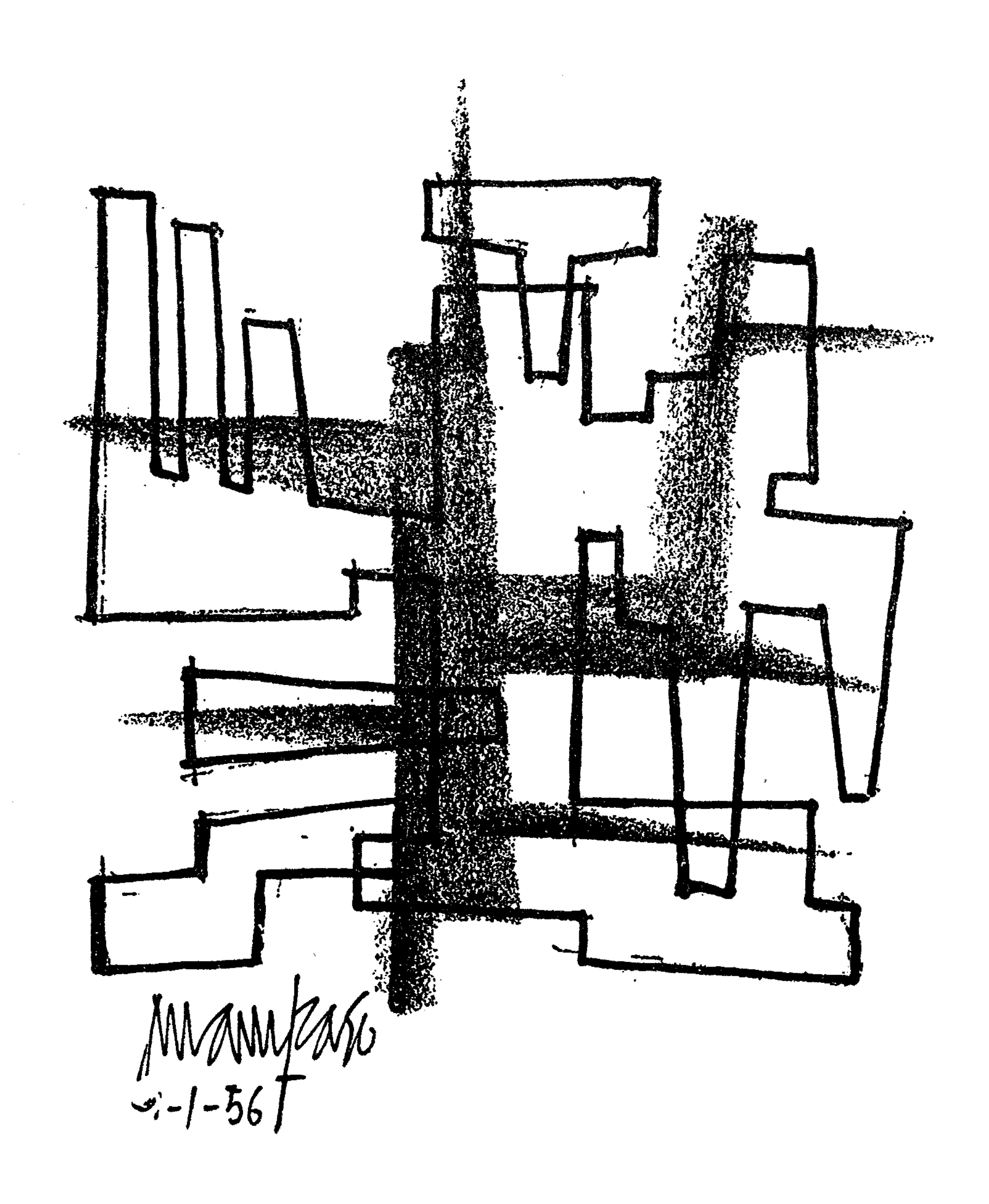
Literatura:

*La ruta de los conquistadores,* por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.

# INDICE



Portada y dibujos del pintor español *Manuel Mampaso*. En páginas de color, discursos del embajador de Colombia en Madrid y del rector de la Universidad complutense, y el trabajo *Don Andrés Bello y el Código Civil chileno*, original del ministro consejero de la Embajada de Chile en Madrid, don Luis Arteaga.



NUESTRO TIEMPO

# INFLUENCIA DE MEJICO EN ESPAÑA (*)

POR

GREGORIO MARAÑON

Saludo con efusión cordial a los queridos estudiantes que me han invitado para dirigir la palabra a sus compatriotas que aprenden aquí, además de lo que aprendan en las aulas, a conocer, y nos hacemos la ilusión de que también a amar, a sus hermanos de raza, los españoles.

No tengo que encarecer mi cariño hacia ellos y hacia Méjico, porque lo demuestra mi presencia aquí. El amor nos ciega, y a mí esta ceguera me ha hecho aceptar alegremente vuestra invitación, cuyo cumplimiento adecuado, dentro de mi modestia, hubiera exigido, para madurar, un tiempo y un esfuerzo mucho mayores de los que han mediado entre la fecha de mi aceptación y la de verme aquí, entre vosotros.

Pero como todo en el mundo tiene su sentido, hasta lo que más absurdo parece, lo que hubieran ganado estas palabras mías en contenido, se verá compensado hoy por la brevedad. Y aprovecho la ocasión de verme entre vosotros, ante los que puedo actuar de maestro por los años que a vosotros y a mí nos separan, para hacer, una vez más, el elogio de la brevedad.

## LA REVOLUCIÓN DEL TIEMPO

Yo creo que, si hay algo que caracterice fundamentalmente a los tiempos nuevos, ese algo es la necesidad y el goce de ahorrar las palabras. Por de pronto, ahorrar las palabras tiene un significado evidente, y es que es lo único que podemos ahorrar en los días que corren. Pero, aparte de ello, es, como he dicho, una necesidad y un goce, una fruición.

Reparemos en que la vida de hoy ha recortado inexorablemente la extensión de muchas cosas que parecían fundamentales. Pero, sobre todo, la del tiempo que empleamos para trasladarnos de una

(*) *Conferencia leída por el doctor Marañón, el 14 de diciembre de 1955, en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, de Madrid, con ocasión de la Semana Mejicana.*

parte a otra, y la del tiempo que antes teníamos que inmolar al dolor físico. Estas dos abreviaturas tienen el sentido profundo de que son los medios decisivos para lograr el ideal de la vida nueva, que es, paradójicamente, alargarla.

Nuestra vida se ha dilatado, en efecto, no porque se viva un número de años medio más numeroso que el que vivían nuestros abuelos, sino porque el contenido eficaz de cada jornada se multiplica en cada hombre de hoy, con relación al hombre antiguo, gracias a que se han acortado inverosímilmente las horas que se perdían en moverse y las que se inutilizaban por la enfermedad. La Humanidad no se da cuenta de que el cambio más radical de la existencia de hoy depende de estas dos circunstancias, y no nos damos cuenta porque las vivimos con una naturalidad que no nos deja imaginar lo que era la vida nuestra todavía en la primera mitad del siglo XIX. Ninguna de las causas que manejan los sociólogos y los políticos para explicar el radical cambio de la vida moderna y sus trastornos pueden compararse, en capacidad revolucionaria, a los dos hechos citados, nacidos de la mecánica y de la biología.

### LA REVOLUCIÓN EN LA LITERATURA Y EL DIÁLOGO

Este sentido abreviador de las formas y de los hábitos del vivir, para dar mayor capacidad dinámica a la vida, ha alcanzado también a la palabra. Los poetas ya no escriben poemas dilatados; y yo no me quejo de ello. El renacimiento del soneto se debe a que es la estructura más breve de lo que quiere ser un poema, aunque también la más propicia a la industrialización de la poesía. Las novelas largas, en dos o tres tomos, como las de Dostoyevski, o Balzac, o Galdós, no tienen ya realidad editorial, y han quedado reducidas a ciertos países, como los Estados Unidos, donde hay millones de individuos que tardan una hora o más cada mañana para trasladarse de su casa a la fábrica o a la oficina, y se alivian de los viajes cotidianos con un novelón cuya extensión podría medirse, no por sus páginas, sino por los kilómetros de lectura. Igualmente, en los libros de ciencia: al gran tratado ha sucedido el compendio, el manual o, por paradoja, la enciclopedia, que es un libro vastísimo, compuesto para no leer cada vez más que una sola página. Esta es la definición que oí a Bergson de las enciclopedias, a las que tenía mucha devoción, y la declaraba sin las hipócritas excusas que suelen hacer los pedantes cuando se los sorprende hojeando el Espasa.

La necesidad de la concisión ha alcanzado hasta las dos formas más elementales e íntimas del lenguaje: las cartas y la conversación. Uno de los géneros literarios más bellos, la epístola, ha desaparecido, estrangulado por el telégrafo, el teléfono y las cartas dictadas y mecanografiadas, necesariamente escuetas y frías. Un último gesto de la civilización occidental es el de las personas que, en Europa, todavía se ofenden, si se les escribe a máquina una carta íntima. Los diarios han dicho, hace poco, que una señorita de una provincia francesa ha roto con un pretendiente apuesto y opulento, norteamericano, porque le escribió a máquina una carta de amor. Esta señorita es una vestal de la buena tradición clásica, y merecía un homenaje de los humanistas que aún quedan en el mundo.

En cuanto a la conversación, su decadencia se marca por la desaparición de una costumbre admirable de los tiempos viejos, la tertulia, en la que el hablar era no un medio, sino un fin; la tertulia, en la que se cazaban ideas o, como decía Unamuno, se encendían, se creaban y se depuraban, probando su vitalidad antes de escribirlas. El café con tertulia era el campo de experimentación, hasta hace pocos años, de los ingenios españoles, incluyendo a la figura científica más alta que hemos tenido, a don Santiago Ramón y Cajal.

### NOSTALGIA DE LOS TIEMPOS VIEJOS

Yo no puedo asegurar que todo esto sea bueno. Pero es ingenuo lamentarse de lo que no tiene remedio. Generalmente solemos confundir la bondad de las cosas con las cosas que nos gustan; y el que los hombres de mi tiempo consideremos con nostalgia la desaparición de la correspondencia y de las tertulias de café no quiere decir que no sea mejor lo que ha venido después. Por encima de todo, debemos tener una fe religiosa en el progreso del mundo, que, por ser obra de Dios, es susceptible de ilimitadas perfecciones.

También vemos muchos con tristeza el que los viajes lentos hayan desaparecido, y con ellos, la maravillosa expectación del "llegar", que era la aventura suprema del viaje y ahora ya no existe; porque se llega a todas partes con exactitud, y la exactitud es el antídoto de la aventura. Y, finalmente, a los que tenemos todavía resabios de la moral ascética, nos alarma la desaparición del dolor, que con tanto afán y tanta eficacia procuramos los

médicos. El sufrimiento traumático, el de las caídas y los choques, que pronto será el único que quede a los humanos, no tiene la entrañable, la profunda y larga raíz de los dolores espontáneos, los producidos por la desventura o la enfermedad. Ni la angustia moderna, debida esencialmente al hecho mecánico de la prisa —prisa para llegar pronto a otros lugares y para realizar pronto las ambiciones—, no puede compararse con la angustia trascendente y creadora de los que sufrían poniendo su meta en la propia perfección o en un ideal extrahumano.

## RITMO CLÁSICO EN LA CULTURA

Aceptemos los hechos. Las formas de la vida, hasta las más elementales y gratas, se acortan, pues, para dilatar la eficacia y la duración temporal de nuestro paso por la tierra. Pero es curioso observar que todavía algunas de esas formas de la vida conservan tenazmente su ritmo clásico, y entre ellas, las actividades pedagógicas.

Todo se ha abreviado en el mundo, menos los planes de enseñanza, menos la extensión de los libros de texto, menos la duración de las clases y de las conferencias.

Se me dirá que ello es consecuencia lógica del formidable aumento del saber humano. Pero no es verdad. La suma de sabiduría que debe infundir la Universidad en cada hombre es aproximadamente la misma hoy que en tiempo de las Universidades de la Edad Media y del Renacimiento. Cada hombre debe aprender esa suma estricta de conocimientos básicos, y, además, su oficio, en el más amplio sentido; el cual oficio, en realidad, sólo lo enseña bien la vida.

Por no darse cuenta de esto, por no querer reducir la enseñanza a un esquema elemental de conocimientos y a la formación de una vocación, es por lo que la Universidad, en todo el mundo, se ha convertido en un ciempiés, en un laberinto sin salida. Se multiplican las cátedras, y los laboratorios, y los maestros; se construyen y se ponen en marcha descomunales ciudades universitarias. Se toman medidas, atentatorias para el progreso humano, de limitación en el acceso a los centros de enseñanza. Todo esto es inútil. Y, sobre todo, es inútil la limitación del ingreso en la Universidad; y reitero que es atentatoria al progreso humano, porque en esos exámenes de filtración previa, ya se hagan con el criterio del dómine arbitrario y riguroso—el rigor es siempre

arbitrario—; ya se hagan con la delicadeza aparente de las pruebas psicológicas, de todos modos corren siempre el peligro de eliminar a los espíritus geniales, muchas veces de vocación tardía y casi siempre incapaces de amoldarse a las pruebas estandardizadas, lo mismo a las malas que a las buenas, que nunca son buenas del todo. En la desaparición progresiva de los hombres geniales, que es otra de las características del tiempo actual, intervienen gran cantidad de factores; pero acaso el más grave sea la criba insensata de la admisión en los estudios oficiales mediante exámenes, siempre funestos.

## FUNCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

La función de las Universidades es la orientación del estudiante, la orientación pedagógica, física y moral; y puede conseguirse eficazmente, cualquiera que sea el número de los alumnos. Lo que no puede hacerse es enseñar a miles de estudiantes todo lo que se sabe en cada disciplina del saber. Pero esto tampoco se enseña nunca, por pocos que sean los estudiantes y por bien dotadas que estén las escuelas. Los que lo ponen en duda, pregúntense a sí mismos cuando han logrado la madurez y alcanzado la plenitud de su destino, pregúntense a sí mismos, qué es lo que debe a los estudios oficiales el repertorio de sus conocimientos actuales, el que les ha servido para triunfar. Si tuvieron la suerte de tener algún maestro de verdad, recordarán que les deben una orientación espiritual, una indicación o un gesto de los que se graban para siempre y nos marcan el camino. Pero los datos concretos, los que se exigen en los exámenes, no cuentan casi para nada en la formación definitiva; entre otras razones, porque el saber es por esencia renovación y rectificación. De donde resulta que el peligro más grave de muchos de los que pasan por buenos profesores es grabar definitivamente las nociones en la mente de los discípulos, enseñándoles a macha martillo las cosas, e inutilizándolos para la egregia capacidad de dudar y de renovarse. Estos, en apariencia grandes maestros, crean unos discípulos orondos en datos, pero ineficaces para la creación: exactamente comparables a los eunucos.

Divago un poco, como siempre que toco este tema, que quizá sea hoy el que más me apasiona; porque creo que el problema de la Universidad es el más arduo que se plantea en el mundo. Volvamos a nuestro argumento.

La pedagogía, decíamos, no sigue este ritmo de abreviatura

eficaz que sigue la vida entera. Y he pretendido demostrar que el compendiar la enseñanza no sólo es incompatible con el aumento de los conocimientos humanos, sino que es el único modo de hacer frente a esa fabulosa complicación de la ciencia. A medida que una disciplina se complica, el profesor debe simplificarla. En lugar de los lectores de las cátedras antiguas, que divagaban dos o tres horas, y no exagero, sobre cualquier tiquis miquis dialéctico, el maestro actual debe reducir a su quinta esencia cada problema y presentarlo desnudo, escueto, en el menor tiempo posible. Yo he conocido todavía el tiempo en que el bedel del Instituto o de la Universidad daba al catedrático la hora; lo cual quería decir que la ciencia se administraba cortándola en trozos de tiempo, como un salchichón. El maestro actual debe dar su lección en el tiempo que sea, pero siempre en el menos posible. Y después conversar y vivir con sus discípulos, aunque no les hable de ciencia. Lo que yo no he olvidado de mis tiempos universitarios ha sido la plática con los maestros, a los que acompañaba fuera de la cátedra para recibir de ellos un consejo o una aclaración; o, simplemente, si era un maestro auténtico, para aprender de ellos el modo de ser y el de vivir.

### LOS PELIGROS DE LA CONFERENCIA

La conferencia...; la conferencia es una fórmula extraoficial, por lo común, de la pedagogía. Muy útil, pero muy peligrosa. Es útil, porque representa o debe representar la libertad frente al esquema burocrático de la enseñanza. Es peligrosa, porque supone una hipertrofia de la personalidad del conferenciante, y esta hipertrofia, que puede dar lugar a un espectáculo agradable, menoscaba siempre la utilidad de la lección.

El conferenciante, en el noventa por ciento de los casos, aspira ante todo a "quedar bien". Le inducen a ello el público desconocido y vario y la ocasión solemne; a diferencia del catedrático, que, por engreído que sea, acaba dejándose domesticar por la costumbre. Ahora bien: todo lo que supone éxito personal en el conferenciante representa una pura pérdida para la eficacia de la conferencia. Ya sé que hay conferenciantes excepcionales que unen la brillantez a la exactitud rigurosa de los hechos. El ideal es que el conferenciante quede oscurecido por el tema. Por eso, a medida que son más estrepitosos los aplausos del público, son más escasos los oyentes que se han enterado de lo que se ha dicho en la sala.

He hecho muchas veces esta experiencia. Todavía, hace pocas semanas, asistí a la conferencia de un maestro que habló en un francés titubeante—porque no era su lengua—y que tardó poco más de media hora en exponer un problema difícil. Pues bien, ni uno solo de los oyentes a quienes exploré a la salida, o en los días siguientes, había dejado de penetrar y de comprender, de cabo a rabo, la difícil demostración.

Yo quería razonar y disculpar con esto que mi conferencia de hoy iba a ser muy breve y que su eficacia, ya que no de otros méritos, dependería de su brevedad. Pero he gastado mucho de mi tiempo en demostrarlo. Y tengo que dedicar menos del que debiera a Méjico y a España. En realidad, no hace falta que me detenga mucho. Cuando se habla en público de dos pueblos amigos lo esencial es el amor, que no se cuenta por palabras. Yo he venido aquí por amor a Méjico y sólo mi presencia da todo su sentido a este acto, aunque haya perdido algún tiempo en hacer el elogio de la sobriedad pedagógica, que, ciertamente, a todos no nos viene mal.

## INFLUENCIA DE MÉJICO EN ESPAÑA

La influencia del gran pensamiento mejicano sobre España no la puedo tratar en general. Me falta competencia y autoridad para hacerlo. Quiero sólo hablar de esta influencia a través de los recuerdos de un español cualquiera, como lo soy yo. Yo no he visitado Méjico. He ido aplazando este viaje tan deseado para cuando tuviera más tiempo que aquel de que me ha sido lícito disponer en mis años de gran actividad viajera. Me daba cuenta de que Méjico no se puede visitar en unos días. Sin embargo, algún día iré, aunque sea con prisa. Yo he hecho en otra parte el elogio de lo que suele llamarse el *viajero superficial*, el que no pretende compenetrarse con la vida total del país que visita, sino el que sólo lo ve al pasar y lo juzga con arreglo a lo que ha podido ver. Tengo, en efecto, la convicción de que, en contra de lo que suele decirse, lo hondamente diferencial de los pueblos es lo que se ve con los ojos vírgenes del que llega y no con los ojos distraídos del que está. Los pueblos, es cierto, tienen sus secretos, sus simas recónditas; y hay que bajar a ellas para conocerlos del todo. Hace poco he escrito, en alguna parte, que la Mancha es la Mancha porque debajo de ella hay una cueva de Montesinos; y que Don Quijote creó la Mancha y nos enseñó a

todos a verla para siempre, tal como es, distinta de todas las llanuras que parecen iguales a ella, cuando bajó a la cueva de Montesinos. Pero el bajar a las cuevas de Montesinos que tienen todos los países es una aventura que puede lograrse sin bajar propiamente a la cueva, sino soñando que se ha bajado. Don Quijote soñó todo lo que había dentro de ella y, soñándola, la creó para la inmortalidad. Por tanto, con un viaje rápido por Méjico y con soñar en sus grutas de Montesinos, yo hubiera podido conocer entrañablemente a la gran nación. No he logrado realizar mi sueño de poner el pie en tierra mejicana. Sin embargo, he bajado a sus simas y a sus misterios desde aquí, soñándolos, y esto me permite hablar de mi Méjico; y le llamo mío porque las cosas son tanto más nuestras cuanto hay en su conocimiento más sueño y menos realidad.

### CUATRO GRANDES MEJICANOS EN ESPAÑA

Mi generación y las próximas fueron muy influídas en el conocimiento de la literatura y el arte mejicano, y, por tanto, del alma mejicana—de sus cuevas de Montesinos—, por cuatro hombres extraordinarios, compatriotas vuestros, que el azar reunió, incorporándolos durante algún tiempo a la vida española, precisamente en las horas fecundas de la formación de la generación mía, la que yo he llamado *interbélica,* porque se gestó entre la primera y la segunda guerra europea; y por interbélica, crítica; con errores y con virtudes que todavía no se pueden computar; pero, desde luego, con más virtudes que errores; o, si queréis, con más densidad en las virtudes, porque éstas fueron no sólo espontáneas, sino creadas a contra corriente del medio; que nos inducía al error.

### LA PRESENCIA DE ALFONSO REYES

El primero de estos mejicanos ilustres fué Alfonso Reyes, el más universal de los mejicanos de pura cepa, que no sólo realizó la doble obra de mejicanista en España y de hispanista en Méjico, sino la de hispanista para los mismos españoles en sus ediciones eruditas de los clásicos castellanos; y presumo que también habrá sido mejicanista en Méjico. Alfonso Reyes ha sabido unir a sus virtudes raciales, tan hondas, un sentido clásico, remoto y alec-

cionador. Es curioso que muchos americanos, entre ellos Rubén Darío, tienen una relación con Grecia más directa que la de los europeos. La prosa de Reyes es siempre un ejemplar como su pensamiento. España tiene una deuda pendiente con él; pero las deudas espirituales se empiezan a pagar con sólo recordarlas.

## JOSÉ VASCONCELOS

José Vasconcelos tuvo también una gran parte en la visión mejicana de nuestra generación. Yo leí, poco después de su publicación, sus *Estudios indostánicos*, en las horas de descanso de las tareas del hospital, y su admirable *Historia de México* y muchos de sus *Ensayos* de rara variedad, clarividentemente centrados, siempre, èn el punto esencial de cada problema. Nos entusiasmaban su pasión y su estilo, a mí particularmente; porque la que él llama prosa oratoria, la suya, no es el estilo ampuloso de las arengas o de los antiguos sermones, sino la prosa que se escribe pensando que lo que se está escribiendo se podría leer en voz alta para que lo escuchasen los demás. Lejos de ser ampuloso, el llamado estilo oratorio, es un estilo natural, pero animado de la vivacidad de lo que se dice en alta voz. Y por eso llega, por la vía directa, al lugar donde se fragua la emoción del oyente. Ortega y Gasset escribía también así; y por eso tuvo y tiene tanto arraigo su prosa; y tantos imitadores, entre los cuales se cuentan varios de los que le censuran. Menéndez Pelayo y Cánovas del Castillo fueron, asimismo, escritores oratorios, y por eso escribieron tan bien. El castellano de Vasconcelos es ejemplar y contagia su excelencia al que lo lee y escribe después. Vivió en España antes de la guerra e influyó, más de lo que él suponía, en los que le conocieron; aún sigue aleccionándolos. Su sinceridad, a veces dramática, es impresionante. Una vez ha escrito esto que tantos hombres justos han podido decir también, con su mismo dolor: "En épocas angustiosas de la Historia (de mi país) fuí parte a que se levantaran esperanzas que únicamente produjeron crímenes."

## AMADO NERVO

El tercer gran mejicano que tuvo contacto directo con nosotros fué el gran poeta Amado Nervo, que ejerció, oscuramente, sus actividades diplomáticas y, soberanamente, sus actividades de poeta,

en la misma época interbélica, hasta 1918. Yo le conocí en casa de Sorolla, el pintor inmortal, con Blasco Ibáñez y, no rara vez, con Rubén Darío, y aún recuerdo con emoción sus versos recitados por él, como si los oyera todavía. Ya sé que Amado Nervo no es ahora admirado sin distingos por muchos de los críticos modernos de su país y del nuestro. Pero fué un excelso poeta, digan lo que quieran los críticos, que muchas veces se pueden equivocar y se equivocan, y de un modo especial cuando juzgan a los poetas. El que no se equivoca nunca es el hombre o la mujer de la calle que aprende los versos del poeta y solamente de los poetas que lo son en verdad. La Poesía es el género literario que se renueva con más intensidad, con más violencia. Pero no se arrincona todo lo que ha pasado. Hay un gran olimpo de versos desterrados que siguen reinando en el corazón del pueblo. La señal de que la poesía es buena, la señal infalible, es que la adopten las gentes para expresar sus propios sentimientos. El gran poeta es el que acierta a definir con palabras tersas, breves y bellas lo que nosotros sólo acertábamos a balbucir.

Y así, nosotros, aprendimos en los versos de Amado Nervo a decir muchas cosas que hasta entonces eran sólo vagos presentimientos. Tiene Amado Nervo buenos valedores en algunos de los grandes críticos de su país, entre ellos Alfonso Reyes; y, últimamente, he leído estudios de jóvenes, hijos o hermanos de los que negaron al gran poeta el pan y la sal, que ahora le alaban; o por lo menos, con la falta de generosidad propia de la juventud, le perdonan la vida. Y digo esto de la juventud porque sólo se empieza a ser generoso de verdad cuando blanquean las sienes. Mas piénsese lo que se quiera, ahora y mañana, Amado Nervo está en la línea de los más grandes poetas castellanos. ¡Cómo nos ayudó a conocer a Méjico y al alma mejicana!

## FRANCISCO DE ICAZA

Completaba la representación mejicana de entonces otro poeta admirable y delicado, erudito singular y polemista acérrimo, don Francisco de Icaza, embajador de su país en Europa, pero sobre todo en Madrid, que acabó siendo una entrañable segunda patria suya. Traté mucho a este gran escritor en su casa, en la Cuesta de Santo Domingo, adonde acudía como médico y como amigo; y en alguna parte he referido la sorprendente diligencia y agudeza de su espíritu, aun en las horas más graves de su enfermedad. Me

cupo el honor de prologar uno de los volúmenes de sus *Obras Completas.*

Icaza defendió generosamente la obra de los poetas y escritores mejicanos de su tiempo: Caso, Gómez Morín, Castro Leal, Olea y otros; continuadores de la gran pléyade humanística del Méjico moderno, iniciada ya en los últimos años de la colonia.

## EL RECUERDO DE JUANA INÉS DE LA CRUZ

Estos grandes mejicanos, que el azar reunió en España, en aquellos años decisivos, pusieron una emoción humana en la visión que teníamos de su patria, y nos incitaron a conocerla y a amarla. Toda la vida espiritual de la Nueva España se nos hizo familiar. Recuerdo unos años de entusiasmo por la obra, y sobre todo por la persona, de sor Juana Inés de la Cruz, que nos pareció, y aún nos sigue pareciendo, una de las mujeres más interesantes que la Humanidad ha creado. Como poetisa, creo que se parece mucho más a Garcilaso que a Góngora. No tengo por qué inmiscuirme en la crítica literaria; pero digo esto por amor a sor Juana, que gana más con la compañía de Garcilaso que con la de Góngora.

Un insigne profesor de San Carlos, el doctor Pittaluga, era en nuestro grupo el propugnador más ferviente de la gran mujer. Y como por entonces hiciera yo mi entrada en la Real Academia de Medicina, quiso Pittaluga, que contestó a mi discurso, dejar consignado en el suyo un verso de nuestro ídolo común, aquel que dice: "*Cuando tu voz sonora — herirá mis oídos delicada...*" Los dos discursos, el de Pittaluga y el mío, versaban sobre las secreciones internas y, entre ellas, se colocó a sor Juana sin venir a cuento; pero no sin una cierta razón, como les ocurre a la mayor parte de las cosas que no vienen a cuento; porque el entusiasmo por la ciencia, inevitablemente perecedera y renovada, necesita del salvavidas de una voz eterna, y eterna es la de sor Juana Inés de la Cruz.

La buena semilla del amor a Méjico se renovaba, después, constantemente, a pesar de que los libros escritos en China lleguen a España con menos dificultad que los de América, lo mismo si hay piques entre los Gobiernos que si no los hay. Pero en la relación entre los dos países lo suplía todo, y lo suple, el continuo ir y venir de españoles que han hecho nueva patria, extensión de la patria española, en la Nueva España. El "indiano" de Méjico es,

sin excepción, un entusiasta de su país de adopción, y nos comunica a todos su entusiasmo.

Mas, en los últimos tiempos, dos nuevos motivos de acercamiento y de compenetración se han realizado entre los dos pueblos: la llegada de los estudiantes mejicanos que profesan en las Universidades españolas; y los españoles que, alejados de España por cuestiones políticas, han reanudado su vida y su actividad intelectual en Méjico.

### Y AHORA, LA PRESENCIA DE LAS NUEVAS GENERACIONES

De vosotros, de los estudiantes mejicanos, ¿qué voy a decir? Nunca agradeceremos bastante al Instituto de Cultura Hispánica y a sus hombres el haber creado esta noble emigración de la juventud americana hacia nuestro país. Yo puedo decir que esta etapa de mi vida universitaria ha sido la más deliciosa, al verme rodeado de los estudiantes de otros continentes mezclados con los nuestros. Todo es pura ganancia en esta obra de compenetración. Si estuvieran mal elegidos los escolares americanos—y no lo están—sería lo mismo. Si las enseñanzas que podemos ofrecerles no fueran suficientes, el resultado sería casi igual. Si no existiera la fraternidad que existe entre la juventud de aquí y la de allá, tampoco dejaría por eso, la experiencia, de ser eficaz.

Los escolares, los universitarios que vienen de América, echan su ancla en el corazón de España y es lo mismo que les vaya muy bien o que no les vaya bien del todo. Hablaba yo antes de que los maestros deben enseñar antes que cosas, antes que datos, modos de vida. Y esto es lo que cae y germina como una semilla buena en los jóvenes americanos. Ya no son los maestros, sino la Universidad, el ente Universidad, el que da la suprema lección de modos de vida en común, en cordial amistad, que equivale a la liquidación de los errores que pudiera haber y de los resentimientos que casi siempre ha habido. Y a su sustitución por una realidad viva de España y de la humanidad española, tal como es, con sus virtudes y sus defectos, igualmente entrañable; con su autenticidad, que no está escrita en las apologías ni en las diatribas apasionadas, y que es la única fuente de la verdadera amistad.

Y la misma lección provechosa recibe el joven español de los escolares americanos. Somos, ellos y nosotros, no seres perfectos, sino hombres y mujeres que unas veces se entienden y que otras no se llegan a entender. Pero quedará siempre en el fondo del

alma, en ambos, la huella de estos años de formación, que vivieron a medias y que el tiempo, inexorablemente, convertirá en agridulce nostalgia.

* * *

Esta gratísima conversación con vosotros, estudiantes mejicanos, que ha comenzado con un alegato de la sobriedad y que ha sido más larga de lo que quisiera, va a terminar con un augurio feliz. En el mes de abril vendrán los académicos de la Lengua de Méjico y los de las otras Academias americanas a vivir unos días, en Madrid, en la casa solariega de nuestra Corporación.

La Academia Mejicana ha sido la iniciadora y el alma de esta reunión, que tiene significado trascendente porque, por primera vez, se utiliza y se glorifica el lazo de unión imperecedero e indiscutible que nos une a los americanos y a los españoles: el idioma en el que todos hemos aprendido a soñar, a rezar, a amar, a crear y, en suma, a vivir.

El augurio que os hago es, pues, que esta reunión señalará una fecha definitiva en la historia de convivencia entre los países que hablan el castellano. Porque la lengua, el idioma, es como el árbol patricio a cuya sombra se reúnen los hermanos dispersos cuando vuelven cansados de la batalla por la vida y de los espejismos de la política fugaz.

Gregorio Marañón.
Castellana, 59, dpdo.
MADRID.



# TRES MESES DE POLITICA INTERNACIONAL

POR

OTTO DE AUSBURGO

## 1. EL MES DIPLOMATICO: *CRISIS EN EL ORIENTE MEDIO*

### IGNORANCIA MONUMENTAL

Desde el comienzo del pasado año, el Oriente Medio ha acaparado una vez más la atención de las crónicas internacionales. Al acuerdo por el cual el coronel Nasser comprara armas a Checoslovaquia se ha sucedido inmediatamente el ingreso del Irán en el Pacto de Bagdad y la Conferencia internacional que ha reunido a Turquía, Irak, Paquistán, Irán e Inglaterra junto a las riberas del Tigris.

Lo que sorprende sobre manera en los artículos que la Prensa mundial consagra a estos acontecimientos es la alarmante y monumental ignorancia que se padece acerca de la realidad de estos países. Es probado que, en el mapa de la mayoría de nuestros comentaristas políticos, el Oriente Medio es una vasta *terra incognita*. Esta laguna se ve reemplazada por toda una serie interminable de prejuicios y de teorías sin fundamento posible en la realidad. Porque en derredor del Oriente Medio se han montado distintas campañas de ferocísima propaganda. Este hecho es particularmente digno de consideración para los Estados Unidos, porque, tras diez años de dudas, los políticos norteamericanos han de asumir, de buen o mal grado, la responsabilidad principal de la evolución política de una región ignorada completamente por la mayoría de los norteamericanos y juzgada a través de la lente deformante de una exposición estrictamente partidista.

Esta actitud es peligrosísima. El Oriente Medio es, política, económica y estratégicamente, una de las regiones más importantes de nuestro globo. *Políticamente*, sus pueblos están mucho más desarrollados de lo que en general se cree. Es un hábito deplorable, copiado de los anglosajones, considerar como inferior todo cuanto difiere de lo nuestro. Naturalmente, los pueblos islámicos viven

una concepción política que no se corresponde con la nuestra. Desde luego, sería poco lógico que fuera de otro modo. Sin embargo, objetivamente, no puede considerárselos como inferiores. En el mundo de las ideas y de las realizaciones culturales, las naciones musulmanas han colaborado tanto por lo menos en el progreso de la Humanidad como europeos y americanos.

*Económicamente,* Europa depende en gran medida del Oriente Medio. La zona libre de nuestro continente importa hoy día, en la región del golfo Pérsico, el 98 por 100 de sus necesidades en petróleo. Por otra parte, el Canal de Suez es uno de los pulmones del Mediterráneo.

En fin, *estratégicamente,* la región que se extiende entre Egipto e Irán es no sólo la tradicional "ruta de las Indias", sino que constituye el arribo directo al continente africano y forma el flanco de toda defensa europea. Un acontecimiento militar en la llanura del Eufrates tendría consecuencias inmediatas sobre la defensa del Rin y de los Pirineos. Y una ocupación soviética de los países árabes podría conducir, asimismo, a un desplome completo de lo que puede denominarse hoy "la fortaleza mediterránea".

De cuanto precede se concluye que nada sería tan nocivo como un error de juicio concerniente a esta región. Sin duda sobrepasaría los límites de un simple estudio el propósito de enumerar los problemas de cada uno de los doce Estados en que se distribuye este vasto territorio asiático. Sin embargo, existen ciertos hechos fundamentales que son comunes a todos ellos, y su conocimiento contribuirá a formar un juicio sano y objetivo.

### LA INESTABILIDAD POLÍTICA

El primer problema que se plantea con excesiva frecuencia, y sin estudiar sus causas, es el de la inestabilidad de los países del Oriente Medio. Con facilidad se condena la sangre demasiado cálida de los orientales, o bien se les acusa de incapacidad política. Injusticia flagrante. Porque el desorden reinante en el Oriente Medio significa, ante todo, la responsabilidad de las grandes potencias que ganaron la primera guerra mundial, y muy particularmente de Francia y de Inglaterra.

Antes de 1918, casi toda esta vastísima región se hallaba unificada bajo la autoridad de la Puerta Sublime. Se ha acusado a los turcos de un sistema arcaico de gobierno y de prácticas, en cierto modo, demasiado brutales. No pretendemos negar los he-

chos. Pero, junto a estas debilidades indiscutibles, el Imperio otomano contó con sabiduría diplomática y sagacidad gubernamental tan efectivas, que le permitió el mantenimiento de una larga etapa de paz y de unidad, permitiendo simultáneamente a todo el mundo un máximo de libertad. Además, la unidad, si bien precaria, confirió cierta actitud autónoma frente a influencias extranjeras.

Turquía representó, sin embargo, el papel de un gran tapón que, por el simple hecho de existir, frenó la brutalidad de las grandes potencias. Por otra parte, la unidad de la región aseguraba perspectivas de un futuro desarrollo armónico.

A la terminación de la primera guerra mundial, el Imperio turco fué desmembrado. Los vencedores aseguraron que tal distribución se basaba en la voluntad popular. Si se leen las Memorias de quienes fueron artífices de esta destrucción, puede comprobarse su inexactitud. El Imperio de los sultanes hubo de desaparecer para permitir a las potencias europeas la imposición de su sistema colonial o, más bien, semicolonial, a pequeños Estados indefensos en los cuales había barruntos de riquezas. Así fué como el Oriente Medio fué distribuído brutalmente en zonas de influencia, en la que los agentes extranjeros hacían, más o menos, cuanto les parecía bueno o ventajoso para su propio país.

Semejante sistema no podía prosperar mucho. Durante la guerra de 1914 se había excitado el nacionalismo de diversos países, con objeto de desintegrar a Turquía. Pero este sentimiento, una vez despertado, no pudo ser contenido. Y las cañas se tornaron lanzas en contra de los propios maestros. Y éstos se vieron obligados a replegarse de posición en posición hasta perder absolutamente el control. La segunda guerra mundial y sus consecuencias inmediatas significaron el término de la mayoría de los regímenes semicoloniales.

Pero lo cierto es que, si las potencias extranjeras fueron destronadas, su obra actuó como destructora de la unidad del Oriente Medio. Al eliminar el factor conjuntivo, se hizo cada vez más difícil la conciliación de los nacionalismos exasperados. Con la derrota de los turcos, nadie se sintió con fuerzas ni con práctica suficientes como para reemprender su misión. En lugar de una unidad, se creó desde entonces una docena de Estados independientes, débiles, siempre hostiles entre sí. El resultado es una depresión política que, al seguir las inmutables leyes de la naturaleza, ha de desembocar en la tempestad. Los acontecimientos que en la actualidad hacen temblar a Wáshington, a Londres y a París son la

consecuencia lógica de los actos de aquellos falsos grandes hombres que, en los Tratados de Versalles, St. Germain y Sèvres, sentaron las bases de la anarquía actual.

### EL "BOOM" PETROLÍFERO

Sobre esta vacilante cimentación política se fraguó la revolución económica más grande de todos los tiempos. Efectivamente, el descubrimiento de petróleo en Irán, Irak, Arabia Saudita, Bahrein, Qatar y Kuwet, cambió radicalmente la estructura económica y social de todas las naciones vecinas del golfo Pérsico.

Hasta el descubrimiento del petróleo en el subsuelo, la mayor parte del Oriente Medio vivía con un *standard* de vida extremadamente bajo. Este bajo nivel no se debía—como se ha pretendido con frecuencia—a la pereza o a la incapacidad de sus pueblos. La pobreza se derivaba de la realidad: región cubierta de desiertos o de territorios tan áridos, que sólo dan a quienes los trabajan una mísera pitanza. Y, precisamente, el "oro negro" se halla en los países más descarnados.

Uno de los dirigentes de la Aramco, la Compañía petrolífera norteamericana que opera en Arabia, dijo en una ocasión: "En nuestra industria es más fácil ganar dinero que distribuirlo con buen criterio." Esta frase sagaz reafirma, desde luego, un principio general. La riqueza, sobre todo la riqueza repentina, es más peligrosa que la pobreza. Y esta ley es aún más cierta para cuanto, como el petróleo del Oriente Medio, no es el fruto de grandes trabajos, sino de un golpe de fortuna.

Para ser rico sin sufrir demasiado las consecuencias de la riqueza súbita, es precisa una mayor preparación que para ser pobre. Los países del Oriente Medio sólo conocían la miseria. Luego, una auténtica lluvia de oro se abatió sobre el desierto. La lluvia es una bendición, si cae dulcemente y es absorbida por la tierra, fertilizándola. Pero se trueca en catástrofe, si llega subitánea, brutalmente, sobre un terreno endurecido. En tal caso, provoca inundaciones, que arrasan las tierras y las construcciones que encuentran a su paso.

Tal es la imagen que hemos de aplicar al caso del Oriente Medio. Hombres que jamás conocieron la riqueza, se convierten en millonarios. No se les puede censurar por dejarse dominar por una especie de ebriedad, de derroche sin límites, de no pensar en el futuro. Por añadidura, comienza a cuajar una juventud que se corrompe rápidamente al contacto con una fortuna excesiva-

mente vasta. En los países afectados directa o indirectamente por el *boom* petrolífero, las nuevas generaciones corren peligro de perder su fe, su sentido moral y su vinculación a las virtudes ancestrales. Este peligro se duplica en el caso de una juventud que fué educada lejos del ambiente islámico, que hoy día abarrota las Universidades norteamericanas, tales como la Columbia o la University of Southern California, por sólo nombrar dos de ellas. Es interesante señalar que estos riquísimos jóvenes regresan de Norteamérica, el país del capitalismo, siempre prestos a entregarse en cuerpo y alma a la doctrina comunista, pues sólo ella parece llenar su existencia; pues ocupa en su alma el vacío dejado por la religión tradicional.

No hay duda de que la gran mayoría de las naciones conserva todavía su salud. Pero la experiencia histórica muestra que las catástrofes se anuncian por la corrupción previa de las minorías. No fué el pueblo francés el origen de la Revolución de 1789; fueron los aristócratas libertinos de la Corte de Versalles quienes arrojaron una semilla, germinada en la admiración snobista de los filósofos ateos, cuya recolección se realizó a golpe de guillotina.

La evolución política del Oriente Medio prueba que el hombre no puede, como puede la máquina, sufrir sin perturbaciones un cambio total en su nivel de vida en pocas horas o en algunos años. Es necesario un período de adaptación, por el que no han pasado las naciones árabes. Y así, estos países se encuentran hoy sumidos en una tensión moral que hemos de admitir como demasiado fuerte para el mantenimiento de un equilibrio interior.

Desde luego, los occidentales hemos de cargar con la grave responsabilidad de esta situación. Porque hemos sido nosotros, con nuestra prisa insensata, con nuestro ánimo de lucro, quienes impusimos nuestro ritmo vital a los pueblos islámicos. Nosotros, que no hemos tenido la fortaleza de alma de limitar prudentemente la expansión económica, y de tal forma, que tanto hombres como instituciones pudieran adaptarse a la nueva situación. Llegará un día en que seremos juzgados, si el fruto de nuestros métodos no conduce a nada bueno, sino al contrario, a un caos moral y político.

### EL ESTADO DE ISRAEL

El tercer factor que hoy día influye decisivamente en las cuestiones del Oriente Medio es la formación del Estado de Israel, en 1948. No es cosa de hacer aquí historia de su desarrollo polí-

tico. Baste, sin embargo, con señalar que pocas cuestiones han desatado un apasionamiento más vivo que esta de Israel. Y hasta tal punto, que en la práctica es casi imposible llegar a un juicio objetivo sobre la materia. La mayoría de la información disponible está transida de un espíritu partidista y deformada por la presión de una propaganda sin precedentes en la historia de la Humanidad. Pese a todo, es preciso llevar a cabo un gran esfuerzo de objetividad, si se quiere llegar a una sana comprensión de cuanto sucede ante nuestros ojos.

Para el árabe medio—y existen muy pocas excepciones en este sentido entre ellos—, el Estado judío fué creado por Inglaterra y sobre todo por los Estados Unidos, sobre la base de un propósito expansivo y de colonización. Para Wáshington—siguen opinando—, Israel no es sino un punto de partida. Una vez consolidados los judíos, creen los árabes que se producirían agresiones sucesivas, en cuya virtud, las potencias extranjeras, interpretadas por los judíos, conquistarían todo el espacio islámico. Por supuesto, hay que admitir objetivamente que esta idea suele alimentarse en monumentales errores psicológicos. Cuando los políticos norteamericanos y la Prensa de los Estados Unidos insisten en que Israel es una cabeza de puente democrática en el continente asiático, proporcionan un argumento más para tales sospechas. Y cuando los prohombres de la política israelí hablan de fronteras naturales sobre el Eufrates y sobre el Nilo, consolidan inconscientemente el frente de sus adversarios. Asimismo, ciertos suministros de armas que violan anteriores declaraciones públicas y que son claramente evidentes hacen dudar a los árabes de la buena fe de los occidentales.

No hay duda de que es muy difícil probar que Europa, y sobre todo Norteamérica, no tienen propósitos imperialistas. Porque los árabes ya no creen en palabras. En este sentido no cabe otro recurso que el de condenarnos nosotros mismos. Porque las violaciones de palabra, perpetradas por las grandes potencias en el Oriente Medio, desde la primera guerra mundial, sobrepasan singularmente cuanto estamos acostumbrados a sufrir en Europa de un tiempo a esta parte.

De todo cuanto precede se deduce la conclusión de que, frente a Israel, se alza un mundo enemigo, convencido de una agresión judía en porvenir no muy lejano. A ello agreguemos que, como es natural, los Gobiernos más directamente interesados tienden a juzgar los asuntos internacionales en función de lo que consideran

como peligro inmediato. Tal es, por supuesto, una reacción muy comprensible y muy humana.

Igualmente natural es, desde luego, la actitud de los israelitas, quienes, ante tal estado de cosas, intentan estrechar sus vínculos con Norteamérica y buscar públicamente la ayuda occidental. En consecuencia, Israel ahonda el foso que lo separa de sus vecinos, y dificulta aún más la única solución que a largo plazo conduciría a una pacificación duradera: la integración de Israel en el Oriente Medio, en tanto que Estado oriental y no europeo o norteamericano.

## LA POLÍTICA DEL KREMLIN

La situación creada por los diversos factores que acabamos de enumerar ha de llamar necesariamente la atención de los dirigentes del Kremlin, siempre atentos a encontrar una región en la que sea propicia la creación o suscitación de un clima revolucionario.

La política rusa en el Oriente Medio ha pasado por tres fases distintas después de la primera guerra mundial. Respecto a la primera fase, la U. R. S. S. se consolidó en las posiciones conquistadas durante la guerra, y muy especialmente en la República Popular de Azerbaidján. Cuando la enérgica actitud de los Estados Unidos le obligó a evacuar el Norte de Persia, la U. R. S. S. inició una fase letárgica. Se tenía la impresión de que, ocupados en otras cuestiones, los estrategas del Kremlin ignoraban las realidades del Oriente Medio. Por último, en el invierno de 1948-49 se mostraron los primeros síntomas de una nueva activación política. Esta política fué dirigida primero por Mir Djaffar Bagirov —fusilado; según parece, después—, y ensayó la creación de movimientos comunistas autóctonos y, simultáneamente, una infiltración comunista entre los más antiguos grupos de los griegos ortodoxos, con la ayuda del patriarca Alexej, de Moscú. Tal fué la época en la cual comunistas como el doctor Keshavarcz, o el abogado Khaled Baghdache, distribuían alegremente millones, en tanto que el arzobispo de Leningrado, Gregorij, practicaba sus métodos, preparados por la MVD, en los miembros de las comunidades religiosas de Alejandría y de Jerusalén. Tras éxitos iniciales incontestables, el comunismo declinó luego lentamente y más tarde con mayor celeridad, sobre todo a partir de la caída en agosto de 1953 del dictador Musad-dak, en Irán. Por otra parte, la hábil acción del patriarca Athenagoras, de Estambul, minó las posiciones rusas entre los ortodoxos.

Esta evolución política condujo a la caída de Bagirov y otorgó la iniciativa a uno de sus más avisados antagonistas, el diplomático soviético Daniil Semenovich Solod. Gran experto en cuestiones del Oriente Medio, Solod había estado acreditado anteriormente en Beyrouth, para ser luego nombrado embajador en El Cairo. La tesis de Solod consiste en que los partidos comunistas no tienen posibilidades serias en las regiones islámicas, y que los éxitos alcanzados entre los ortodoxos griegos—en el caso dudoso de que hubieran existido tales éxitos—no presentaban utilidad ni valor desde un punto de vista general. Solod se mostró partidario de liquidar gradualmente la ayuda a los partidos comunistas nacionales y reemplazarla por una aproximación política basada en una acción diplomática tendente a volver al Oriente Medio en contra de los occidentales. Solod vió en Israel y en la hostilidad irreducible del mundo árabe contra el Estado judío el instrumento idóneo para sembrar la anarquía, para arruinar la fama de los occidentales y, sobre todo, para privarles de los recursos petrolíferos del Golfo Pérsico. Y con este fin, Solod concibió dos posibilidades distintas.

Desde el punto de vista soviético, la solución óptima sería una renovación de la guerra de Palestina. Esta guerra, según la opinión soviética, daría más que probablemente vencedores a los judíos, con la ayuda más o menos velada de los occidentales. La U. R. S. S. mantendría una prudente neutralidad. Vencidos los Estados árabes, atravesarían una gravísima crisis moral, a la que seguiría una revolución que acabaría con los regímenes actuales y que estaría signada por un carácter netamente antioccidental. Las concesiones petrolíferas serían anuladas y aceptada con agrado la ayuda soviética para reemplazar a los técnicos occidentales expulsados de los países árabes.

En el caso de que fallase este primer plan, Solod trabajaría en la formación de un bloque neutralista, en el cual se incluirían Egipto y Arabia y aislaría de este modo el frente de los Estados filooccidentales entre Ankara y Karachi.

### EL PACTO DE BAGDAD

A Nuri as Said Pacha, primer ministro del Irak, y a los dirigentes turcos, les corresponde el mérito histórico de haber comprendido el plan soviético incluso antes que se iniciara su desarrollo. Para hacer frente a este peligro fué organizado precisamente el

Pacto de Bagdad, reforzado más tarde por la adhesión del Pakistán y del Irán. Este acuerdo de seguridad colectiva, vinculado a los sistemas de la Nato y de la Seato, es una réplica adecuada potencialmente a las miras soviéticas. Lo cierto es que el Pacto cuenta hoy con enemigos en numerosos Estados árabes. Pero esta hostilidad no es cuestión de principios. Antes bien, proviene de la suspicacia actual con que los árabes consideran a los occidentales. Por desgracia, para acabar con esta suspicaz desconfianza sólo disponemos de mala voluntad.

Sin embargo, no es prueba de optimismo injustificado afirmar que será la actitud de los occidentales la responsable o no del éxito del Pacto de Bagdad. Si el mundo libre se decide a proporcionar a los países del frente Ankara-Karachi una ayuda armada y el sostén económico a los cuales tienen derecho, el Pacto de Bagdad podrá convertirse rápidamente en un poderoso centro de atracción. Si, por el contrario, Occidente titubea y se muestra débil e irresoluto, la animosa iniciativa de los árabes no cosechará el fruto que se merece.

Así, pues, en el Oriente Medio nos hallamos hoy en una lucha decisiva entre el concepto representado por el soviético Solod y el espíritu de Bagdad. El primero tiende a crear la anarquía y a conducir gradualmente a la cautividad del Oriente Medio bajo el grillete soviético. El segundo contempla la seguridad colectiva y la independencia nacional en una unión que conduciría, finalmente, a la federación de los países islámicos. Tal es la alternativa que se abre no sólo ante los dirigentes árabes, sino también ante las grandes potencias occidentales.

## 2. EL MES DIPLOMATICO: *CREPUSCULO DE ILUSIONES*

En el plano político, como en el de la Naturaleza, el invierno se caracteriza por las tormentas, el frío, la nieve y las nieblas. Las hojas muertas, los árboles se desnudan, muestran sus formas sin artificios y sin el bello colorido de los meses propicios. Esta denudación hace del invierno una estación realista en la que las cosas se muestran tal y como son.

Más que cualquier otro período posterior a 1946, la primavera y el verano de 1955 vivieron una etapa ilusoria. Desde luego, una visión retrospectiva de estos meses muestra la sorpresa de que hombres reputados por inteligentes y responsables hayan podido

hacer y pensar las locuras, por no decir algo peor, a que se han aplicado nuestros llamados "hombres de Estado".

Sobre todo, la Conferencia de Jefes de Estado celebrada en junio ha constituído un acontecimiento memorabilísimo. Algunas jornadas de gran guiñol en Ginebra fueron suficientes no sólo para eclipsar absolutamente los recuerdos del pasado y las lecciones duramente aprendidas en Yalta, en la derrota china o en los bloqueos de Berlín, sino que, además, crearon en la Prensa y en la opinión pública una embriaguez colectiva e intolerante que se parecía extrañamente a esa exaltación diabólica provocada por el *hachich* o la marihuana. Los pocos infelices que intentaron la disipación de tales ensoñaciones, hablando de los hechos, se vieron agriamente llamados al orden y a la conformidad democráticas. Se les acusó no solamente de aguafiestas, sino que incluso se les tachó de fascistas, y ya se sabe, tras el suceso de Nuremberg, lo que les sucede a los tales.

Durante meses, el espíritu de Ginebra dominó absolutamente la escena y, desde luego, dió pretexto a todo, desde la disminución de los impuestos previstos para 1956 a la concesión de una nueva respetabilidad a los partidos comunistas. Por supuesto, nadie intentó definir el susodicho espíritu. Se le citaba, se le utilizaba como pretexto; pero se ignoraba su consistencia. Nos recordaba un poco la ilusoria condición de las materializaciones de las sesiones espiritistas. Porque carecía de semblante, de cuerpo y daba la impresión de un sudario suspendido en el vacío, intocable e indescriptible. Y ello, desde luego, no tendría que sorprender, puesto que jamás existió.

Esta dura lección fué propinada a los paladines de Ginebra con las primeras nieblas del otoño. Una vez obrada la ilusión, Krustchev, con su torpe manaza de oso moscovita, arrojó la máscara sonriente al cesto de los papeles. Indudablemente, durante las primeras semanas nuestra prensa públicó grandes informaciones, fiel a sus preferencias, hasta que acabó arrojándolas al mismo cesto, para continuar admirando la imagen bien amada. Esta posición, sin embargo, era incómoda a la larga, y fué preciso retractarse y entender mejor la ironía siniestra de los gananciosos de un momento de embriaguez.

Con la terminación de la segunda Conferencia de Ginebra, nos hemos metido nuevamente en la guerra fría, forzados esta vez a hacer frente a las nuevas amenazas.

Dijimos que la guerra fría había recomenzado. ¿Qué representa en puridad esta noción? Si se estudia la primera fase de este

conflicto de 1946 a 1955, podemos afirmar que la guerra fría es una lucha política de propaganda económica e incluso a veces una acción militar localizada, con objeto de asegurar, en el plano de la estrategia mundial, posiciones ventajosas. Estas operaciones más o menos pacíficas se sobrecargan con una carrera de armamentos.

Nos hallamos, pues, ante dos acciones distintas: una, en el plano internacional; la otra, sobre el plano estrictamente militar, pero que persiguen ambas un mismo objetivo. Por parte soviética, constituye la revolución mundial, es decir, la conquista y unificación del mundo bajo la dirección del Kremlin. Del lado de las naciones libres, por otra parte, contemplamos operaciones defensivas encaminadas a evitar que los dirigentes rusos realicen sus ambiciosos deseos.

Esta consideración nos muestra por sí misma la debilidad congénita de la posición occidental. Una ojeada sobre el mapa nos mostrará inmediatamente que la Unión soviética y sus aliados gozan de la ventaja—momentánea, desde luego—de la línea interior. Las distancias políticas y militares son infinitamente menores y sus líneas de comunicación más cortas que las de sus adversarios. Por añadidura, esta ventaja táctica se ve aumentada por el hecho de que el plan soviético es dinámico, esto es, ofensivo. Por regla general, tienen en su mano la elección del campo de batalla y pueden dirigir sus fuerzas sin enredarse en el laberinto de los grandes principios y en la fraseología altisonante que caracteriza a la progresión lenta y torpe de las fuerzas occidentales.

Desde el punto de vista de la estrategia mundial, los soviéticos han cambiado de campos de batalla, bajo la cobertura de la niebla artificial ginebrina. Como ya señalamos en crónicas anteriores, hemos de hacer frente ahora a una ofensiva de gran estilo sobre el Oriente Medio, con prolongaciones en el continente africano, en tanto en cuanto otras operaciones laterales sobre Alemania, de una parte, y en el Extremo Oriente, por otra, confieren suficiente diversión como para no permitir una concentración de reservas del mundo libre. En otros términos, en este comienzo de 1956, está claro que la esencia misma de la guerra fría no ha cambiado en nada. Sólo los frentes son distintos. Y la nueva dirección de las ofensivas no ha sido elegida por el mundo libre. Una vez más, la diplomacia soviética, hasta allí donde alcanzan nuestros horizontes, nos ha impuesto su propia estrategia y su ritmo propio.

Junto a estos aspectos generales, la guerra fría es asimismo expresión política de un rearme intensivo. Posiblemente se ha prestado muy poca atención a esta fase de la evolución política con-

temporánea. No hay duda de que su mención despierta pocas simpatías. Pues quien habla de rearme, habla necesariamente de peligro de guerra; y una carrera de armamentos aumenta esta amenaza de manera sensible. No es menos cierto, asimismo, que hace mucho tiempo venimos considerando esta situación, ya que puede influir considerablemente sobre las decisiones políticas del presente año.

En materia de armamentos hay que distinguir entre el poderío potencial y la situación práctica planteada en el momento actual. Desde el punto de vista potencial, los aspectos generales son alentadores. El mundo libre goza de una superioridad de recursos naturales, de fuerzas de trabajo y de equipamiento industrial muy por encima de la U. R. S. S. Si por ambas partes se esforzasen en igual medida en el desarrollo de su potencial bélico, la disparidad entre el mundo comunista y el no comunista sería enorme a favor de este último. En realidad, podría decirse que, si el mundo libre tuviese idéntica determinación e igual espíritu de sacrificio que los comunistas, no existiría la guerra fría. Porque entonces la supremacía de los occidentales sería indiscutible e indiscutida.

Por otra parte, si bien el potencial es esperanzador, la situación actual, tal y como es, no puede considerarse alentadora. Y este hecho cambia los términos de la disyuntiva; al menos, en lo inmediato. Porque, en la política de la hora presente, la potencialidad de los armamentos soviéticos es mucho mayor que la de las naciones atlánticas.

Una propaganda bienintencionada, pero ciertamente con equivocada orientación, parece negar este hecho. Y, no obstante, es por desgracia cierto que, con muy pocas excepciones, la Unión Soviética va por delante del mundo libre en todas las armas clásicas. A este respecto, la realidad más evidente señala hoy día que Moscú está en trance de liquidar el excedente de su armamento, sobre todo en materia de aviación. Su acuerdo con Egipto constituye un hecho característico. Ahora bien: las armas que la Unión Soviética vende como excedente de su producción de guerra y reemplaza por material modernísimo, pertenecen a la más moderna clase de armamento de las naciones libres. Cierto que poseemos prototipos que todavía no han iniciado su etapa de producción. No obstante, desde el punto de vista del equipamiento general, el Ejército soviético es superior.

Indudablemente, se nos objetará que hemos olvidado en nuestra enumeración a la Marina y a las armas nucleares. En cuanto a la primera, incontestablemente, el dominio de los mares es una de

las ventajas más decisivas de las naciones occidentales, y en especial, de los Estados Unidos y de Inglaterra. Pero, por otra parte, en cuanto concierne a las superarmas, puede afirmarse que la supremacía de las naciones libres ha dejado de existir. Cuantitativamente, la riqueza norteamericana asegura ciertamente a los países libres un número bastante grande de bombas atómicas clásicas, para disponer de más del doble del disponible por el resto de las naciones. Pero en cuanto a calidad y eficacia, puede afirmarse que los últimos ensayos soviéticos, realizados en octubre y en noviembre de 1955, han producido un arma nuclear, o más bien termonuclear, cuyos efectos son mucho más poderosos que cualquiera de las bombas de que dispone Norteamérica, con lo cual incorpora a su técnica un principio constructivo que no ha podido ser conquistado todavía en los Estados Unidos.

Nos encontramos, pues, en una situación en la cual, realmente, el balance de las superarmas queda establecido de tal manera, que ninguno de los dos bloques puede aspirar a la supremacía absoluta. En cuanto al factor de poderío político, las armas nucleares y termonucleares no favorecen hoy a nadie. Tal es un hecho de decisiva importancia y que aportará efectos considerables en los meses venideros. Esta realidad ilustra asimismo la irresponsabilidad de ciertos responsables políticos occidentales, que en la coyuntura actual osan todavía hablar de reducción de fuerzas armadas o de equipamiento clásico.

## EL SARRE VUELVE A SER ALEMÁN

Así, pues, si el movido final de 1955 ha contemplado el escamoteo del fantasma de la coexistencia pacífica y del espíritu de Ginebra, existe también otra ilusión que ha desaparecido simultáneamente, en un plano bien distinto.

Después de 1945, los políticos de París intentaban empequeñecer a Alemania con la creación de un minúsculo Estado-tapón: el Sarre. Las intenciones francesas combinaban los cálculos científicos y muy realistas de los grandes intereses del carbón y del acero con un romanticismo político, incorporado por Grandval, el ideólogo de la Resistencia. Bajo esta doble premisa se estableció un protectorado, en el cual la impronta era marcada por los diferentes planes de europeización. Estos planes tenían por objeto hacer olvidar la realidad de que el Sarre era un país completamente alemán, sin justificación histórica para una existencia independien-

te y, por supuesto, incapaz a largo plazo de valerse por sí mismo.

Mientras el régimen del Presidente Johannes Hoffmann, sostenido por la enérgica Policía de su ministro del Interior, Héctor (un ciudadano francés, desde luego), logró suprimir los movimientos políticos de la oposición, todo parecía ir perfectamente. Pero tuvo que convencerse de que, si un régimen se proclama partidario de la democracia, no puede por mucho tiempo violar su espíritu impunemente. Además, otro error se deslizó en el cálculo de quienes querían desarraigar para siempre al Sarre de Alemania. El gran escritor francés Alphonse Daudet dijo una vez que "todo embustero lleva en sí mismo a un hombre crédulo". Tal es una de las verdades fundamentales de la vida política. Cuanto más se contempla la escena internacional, más se comprueba que los regímenes acaban por creer siempre su propia propaganda, incluso sabiendo de forma pertinente que es falsa. Así, pues, a fuerza de repetir al mundo que los sarreses se apoyaban en el tándem Hoffmann-Grandval, acabaron creyendo su propia mentira. Y así fué como se expusieron al plebiscito sarrés, que el 23 de octubre de 1955 puso fin a cualquier tentativa de europeización, y que el 18 de diciembre último afirmó al Sarre como alemán y con intención de seguir siéndolo.

Muchas personas bienintencionadas, incluso en Alemania, han considerado el plebiscito sarrés como una gran catástrofe y como una derrota de la idea europea. Ciertos idealistas llegaron incluso a extremos de afirmar que fué la muerte de las tentativas europeas. No estamos de acuerdo con esta interpretación. Por el contrario, creemos que el resultado sarrés es una contribución muy grande a la unidad europea. En efecto, hoy día nadie pretenderá seguir negando que el ensayo de Sarrebruck fué una ficción. Ahora bien: en política, las ficciones son siempre nocivas. Es más: es incontrovertible que el pueblo alemán, tras su magnífica recuperación, nunca toleraría por más tiempo verse separado de una parte legítima de su territorio nacional. Pero si se hubiera forzado al Sarre a aceptar el estatuto que se le quería imponer, este minúsculo territorio se habría convertido en la manzana de la discordia entre Francia y Alemania. Todos los enemigos de Europa hubieran encontrado la oportunidad de recordar de cuando en cuando la cuestión, para debilitar de este modo nuestra unidad.

La evolución actual de la política del Sarre presenta, pues, buenos augurios, ya que pone fin a una mentira y devuelve políticamente el Sarre a Alemania, de la que nunca debió ser separado. Por otra parte, Alemania ha reconocido los derechos especiales de

Francia a la economía sarresa. Así, pues, en lugar de convertirse en elemento de discordia, el Sarre cuenta hoy con todas las posibilidades de convertirse en: 1), un auténtico vínculo de unión entre Francia y Alemania; 2), en una primera etapa de integración económica, y 3), asimismo, en un refuerzo de esta unidad occidental, tan necesaria a la seguridad de Europa.

## EL MITO DE PANDIT NEHRU Y DE SU GOBIERNO

No es Europa el único lugar en que se dan las ficciones. Una de las más duraderas y, desde luego, más artificiales, ha sido una hipoteca permanente sobre la política asiática: se trata, en nuestro caso, de la persona y de la política de Pandit Nehru y de su Gobierno.

Todavía hace un año, casi todo el mundo aceptaba a Nehru como jefe indiscutible de los asiáticos, y que tanto él como su gran poder constituían la gran esperanza de un bloque neutro, laico, liberal y demócrata..., que colmaba el gozo de pensadores tan profundos como la señora de Roosevelt, el judío Douglas y los redactores de *Le Monde*. Se apreciaba en el dirigente hindú aquella tercera fuerza tan anhelada por quienes ven con horror una política francamente anticomunista y quisieran, sin embargo, mantener el actual *statu quo* que les siga asegurando honores y prebendas. Por desgracia para estos "idealistas", el año de 1955 puso término, al menos en parte, a esta dulce quimera.

No volveremos otra vez sobre la Conferencia de Bandung. Esta reunión probó a los pueblos asiáticos, entre otras verdades, todas las debilidades del falso gran hombre de la India. De ello hablamos ya en estas mismas páginas (1). A nuestro juicio, más importante que el resultado de Bandung es el hecho de que, en la segunda mitad del año 1955, el mismo bloque comunista haya ayudado a destruir este mito de neutralidad con que se nimbó el primer ministro de la India.

El primero en mostrar a Nehru en su desnuda realidad fué el comunista inglés Palme Dutt, quien, en el órgano oficial de la Kominform, escribió la siguiente frase: "Después de la guerra de Corea, las decisiones políticas más importantes de Nehru han constituído ventaja y provecho para el comunismo mundial." Nada

---

(1) Véase "El mes diplomático: Revoluciones y violencias" (II), págs. 95-6, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 70 (octubre, 1955).

cabe añadir a una frase que revela, sin lugar a dudas, la apreciación moscovita de la política hindú. Por desgracia, muy pocos de nuestros políticos leen los órganos comunistas—aburridos y mal escritos, por otra parte—, y el asunto hubiera escapado a la atención pública, si Bulganin y Krustchev en persona no hubieran decidido subrayarlo de forma dramática ante la opinión mundial.

La prolongada presencia del jefe comunista en la India, su público apoyo de todos los planes agresivos de sus amigos de Nueva Delhi—trátese de Cachemira o de Goa—, la afirmación bilateral de solidaridad política..., probarían al más tardo que Nehru, lejos de ser un neutralista, ha de ser considerado hoy como cómplice de la política de Moscú.

Esta situación es, por supuesto, el fruto no sólo de una actitud ideológica, sino también un imperativo de la política interior hindú. El Partido del Congreso perdió para siempre la llama sagrada de los tiempos del difunto Gandhi. Este partido se ha hecho viejo, caduco; se encuentra hastiado y corrompido. Pese a su dominio de los poderes públicos y de su utilización de todas las riquezas del Estado para los fines políticos, su prestigio disminuye sin cesar en el respeto del público. Por otra parte, se siente rebasado en su ala izquierda por un Partido Comunista más joven, más dinámico, más revolucionario. Carente ya de fortaleza y de ánimo combativo en el plano político, social o ideológico, el régimen actual deposita sus esperanzas de sobrevivir en el hecho de que sea posible obtener del Kremlin una orden que detuviese radicalmente la acción de los agentes moscovitas. Pero para ello es preciso pagar un precio y, sobre todo, es necesario hacer comprender a los maestros de Moscú que una India respetable (porque está dirigida por un gran "demócrata") puede ser más útil a los deseos de la Kominform que un país desangrado por la guerra civil, como consecuencia inevitable del acceso directo de los comunistas al Poder.

Planteado el negocio, Moscú reclamó inmediatamente el precio. Los rusos son directos y no se andan con finezas. Y así fué como utilizaron la admirable combinación elaborada en Nueva Delhi para montar un gran espectáculo mundial. Es cierto que los rusos han comprendido, después de mucho tiempo, la verdad que Hitler propugnó en su libro *Mein Kampf*. Ellos sabían que no hay peor ceguera que la de quien no quiere ver. Y, probablemente, tienen razón al suponer que los mismos hombres que declararon gran demócrata al Presidente Benes después que éste hubiera exterminado o expulsado del país a más de un millón de personas, estarán prestos igualmente a continuar creyendo en la neutralidad de Nehru

luego que éste, con todos sus actos, pruebe que favoreció al bloque moscovita.

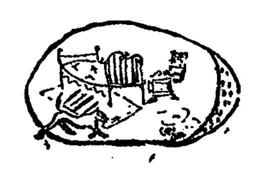
Un escritor francés dijo en cierta ocasión: "Nada da mayor sensación de infinito que la bestia humana." Es éste un principio que suele acudir a nuestra memoria cuando leemos tantos y tantos comentarios sobre la política hindú. Por fortuna, una opinión que haya conservado algo del sentido de la realidad, pese a los obstáculos de la propaganda, cuenta hoy con todos los elementos para juzgar serenamente una situación que ya no da lugar a dudas.

### EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

Nos encontramos, pues, con 1956 privados de muchas ilusiones. Hemos de hacer frente a una situación peligrosa, a una renovación de la guerra fría, a una continuación de la carrera de armamentos, a una poderosa ofensiva diplomática. El año no será fácil.

No obstante, esta desilusión no debe ser causa de desaliento. A la luz helada de este invierno, no veremos solamente nuestras debilidades, sino asimismo, también, el enorme potencial político, económico y militar de nuestro mundo libre. Veremos también que las victorias comunistas no son la consecuencia de un destino ineluctable. Por el contrario, si se han producido, lo fueron única y exclusivamente como resultado de nuestra debilidad de carácter y de nuestra inercia. No será en Moscú o en Peiping, sino en Wáshington, Londres, Bonn y en las otras capitales de Occidente, donde se decidirá el futuro de la Humanidad.

Otto de Ausburgo.
Hindenburgstrasse, 15.
B. STARNBERG..
Oberbayern.



# SOBRE LA CRISIS DEL ESTADO (*)

POR

JUAN CANDELA MARTINEZ

## I

La suerte de esa criatura típicamente moderna y europea que es el Estado nacional nos llena de ansiedad, hasta el extremo de hacer del interrogante de su posible agonía y muerte uno de los más importantes de la teoría política de nuestro tiempo.

Ahora bien: si esta actitud revela una profunda conciencia histórica, no tiene por qué desembocar en el "catastrofismo" a que podría inducir la intensidad de aquella conciencia, evidentemente mayor que la de otras instancias críticas precedentes. La propia aventura de la historia cultural y política de Occidente resulta aleccionadora para el teórico actual del Estado. Es, pues, exigible la serenidad. Lo que ocurre es que, a su vez, tal mayor conciencia, gracias a la cual parecen más acentuados los rasgos críticos de nuestro horizonte existencial, está demandando urgentes diagnósticos y remedios.

Por todo ello, un libro como el del profesor Fraga es acogido con sin igual interés. Desde el primer momento de su lectura, y después de una ojeada general a su contenido, se advierte que el tema ha sido acometido con rigor penetrante y tendiendo la mirada hacia los más distintos climas y planos (religioso, filosófico, demográfico, económico, políticosocial), en los que se patentiza la crisis general, porque "el teórico de la política intentará en vano aislar la crisis política dentro del marco de la crisis general, por más que éste sea su cometido" (pág. 9). Sin embargo, resalta el ánimo de hallar en esta visión no tanto el acento dramático, ciertamente prodigado, cuanto el afán de hallar salida a esta "situación". Con ello, además, la teoría política cobra "encarnadura", gracias a lo cual, sin dejarse llevar de sociologismos y de posturas ideológicas, es posible operar con realismo constructivo.

Por lo pronto, hace bien el autor en descartar todo pesimis-

---

(*) M. Fraga Iribarne: *La crisis del Estado.* Edic. Aguilar. Madrid, 1955. 306 págs.

mo (pág. 30) como actitud fundamental. Así, contrasta con el tono casi apocalíptico de muchos diagnósticos, anclados en los sistemas de un Spengler o un Toynbee. Y, sin ligarse tampoco a las tendencias progresistas del siglo XIX (Hegel, Comte, Darwin, Spencer e incluso el materialismo histórico), cree posible restablecer el equilibrio en la interpretación del "cambio".

Para quien, como el autor de este libro, desee captar la angustia y esperanza de nuestro mundo, una visión histórica como la de Ossio proporciona insuperable armadura de fe cristiana y humano aliento. A ello, el propio Fraga añade "el punto de vista español", apto para tal tarea, en cuanto España no ha sido envuelta en las locuras de Europa. Queda así delimitado el punto de arranque.

## II

Comienza a analizarse la crisis política abordando un tema archisobado: la crisis del Estado liberal. Si el autor lo trata, lo hace a sabiendas de que esta forma política, en cuanto tal, se halla agotada, pero también consciente de que "no pocos de sus elementos siguen en pie, como mitos o nostalgias o como residuos aprovechables; sobre todo, porque los Estados más aparentemente antiliberales de hoy son herederos legítimos del Estado liberal" (págs. 57-58). Actuando sobre el trasfondo sociológico de la burguesía, el legalismo y el mecanismo entero del Estado liberal, desemboca en la crisis, manifiesta en instituciones claves como el Parlamento representativo. Bien hecha está la observación de cómo la racionalización desemboca en la mitología (pág. 76) y cómo el "debate" desaparece ante la diplomacia y el ejecutivo de Munich, Yalta a Potsdam. Lógico es que, cumplida la evolución "desconfianza-escepticismo", se haya alcanzado el punto de desintegración del mundo liberal, sin que fueran remedios eficaces la experiencia de Weimar ni los esfuerzos teóricos de Preuss, Kelsen y Mirkine. Las sociedades de masas imponen la organización planificada, y al adentrarse en un "camino de servidumbre" aparece como evidente que declinan su responsabilidad ante la Historia.

Mas lo importante no es esto sólo. El título del libro cobra nueva justificación cuando, por el hecho de que el liberalismo buscara en el Estado garantía y protección del orden social capitalista, lo que no impidió a su vez que el comunismo se enrolara en la maquinaria misma del Estado nacional, éste acusa ahora su inevitable

quiebra. Es la crisis del Estado nacional la que hoy parece indiscutible, y son ésas sus implicaciones ideológicas, económicas e institucionales, las que W. Friedmann ha tenido más en cuenta para afirmar su relatividad histórica.

El tema, de todas suertes, no es desarrollado, al menos expresamente, con la amplitud que, a nuestro juicio, hubiera sido de desear. Creemos que ahora es más palpable que nunca la crisis del Estado en cuanto estructura determinada por el supuesto netamente moderno de la nación. Se registra, desde luego, un giro copernicano—a ello alude el profesor Fraga citando a Emery Reves, aunque con distinto sentido—en la economía, las comunicaciones, la concepción misma de los dispositivos de defensa y alianzas militares; la propia conciencia, en fin, de los pueblos de hoy acerca de una más real ensambladura, por encima de viejas fronteras nacionales. Y ello obliga a una profunda reflexión sobre la real subsistencia del Estado, en trance de quedar absorbido por superestados o *super-powers* de cualquier signo. El tema nos parece del máximo interés para el pensamiento político europeo, porque es el Estado nacional, producto típico de Occidente, el que ahora se encuentra sometido a cuestión.

El autor de este libro, repleto índice de resonancias temáticas, no ha dejado de hacerse eco de tal cuestión. Es reveladora, al efecto, su referencia al instante en que la *polis* griega, como forma política, falla por incapacidad, por inadaptación (pág. 82). También el último capítulo recogerá el problema. Notamos, sin embargo, cierta ausencia de planteamiento del mismo, con claro, concreto perfil. Sin duda que el estudio que comentamos se proyecta sobre la dinámica interna del Estado moderno; sin duda también que nadie ignora el resurgir de nacionalismos con tendencia "estatal" que parece irrefrenable, y que a la vez no están muy firmes aún los nuevos cuadros institucionales, ni puede decirse que han cuajado del todo fórmulas de Poder de envergadura supranacional, circunstancias éstas que, vistas por el autor de este libro, seguramente le habrán impulsado a no insistir más en la problemática del Estado actual desde esta perspectiva. Parécenos, sin embargo, que dicha problemática tiene su completo planteamiento en la cuestión precisa de si hoy, y cada día más, no deberán ser medidos a escala mundial y, desde luego, a escala ultranacional muchos conceptos y contenidos de la teoría política más o menos clásica y de si el verdadero alcance de su crisis no podría fijarse aceptando como un hecho irreversible la progresiva desaparición del Esta-

do como estructura de vida política sibisuficiente, soberana, territorial y jurídicamente perfilada y "distinta", en un mundo en el que la interdependencia de toda índole es ya su signo peculiar.

Mas sigamos analizando la línea expositiva de *La crisis del Estado*. Desde luego que el embate más serio que el Estado moderno ha podido recibir desde los supuestos generales de la modernidad proviene del marxismo. El capítulo III del libro de Fraga, seguramente el mejor construído de todo el volumen, examina la "crítica marxista y su teoría del Estado".

Destacado el marxismo como una *Weltanschauung*, en la que convergen las más variadas corrientes materialistas, económicas y políticas, se configura a sí mismo como una hazaña científica de primer orden que el hombre plenamente "naturalizado" consigue por obra de Carlos Marx, ese judío alemán clavado en la mitad del siglo XIX.

Por esto, más que su crítica del capitalismo, importa su teoría de la sociedad, montada sobre el materialismo y el determinismo históricos. Si se rechaza el primero, repitiendo argumentos y autoridades tradicionales ya, el segundo es analizado más profundamente. Liberarse hoy del impacto del historicismo, "cuya fiebre desatara Hegel", es tarea insoslayable. Y no puede reducirse a sustituirlo por una concepción de la Historia universal como Historia de los grandes hombres (Carlyle), ni vale tampoco el expediente simplista de establecer como única regla segura para el historiador el reconocer en el desarrollo de los destinos humanos el juego de los contingentes y de lo imprevisto (Fischer). El nervio del problema reside en el hombre mismo, ser social y antisocial muchas veces. Y aún mejor, en "la preeminencia y libertad del espíritu" junto con la visión providencialista del acaecer.

Aún queda un punto crítico: la compatibilidad del determinismo con el revolucionarismo. Por esta vía penetra la cuestión más ligada con la vida política: la realización del marxismo a través de la acción concreta de hombres y pueblos. Y, además, el problema siempre candente de la ortodoxia de tal realización. El pensamiento de Lenin y Stalin, por un lado; el Estado soviético ruso, por otro, son el material doctrinal e histórico con el que se trabaja en este estudio.

Con los dos jefes rojos, el marxismo se vive como un *dogma*, pero su desarrollo y aplicación (primero, en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias; después, en la de guerras mundiales, conflictos de razas y geopolítica) dan lugar a la *organización*. El

partido surge no solamente como depositario del dogma, sino también como una clase dirigente. Esta, titular única de la *coacción*, necesaria para pasar del capitalismo al socialismo, no hay inconveniente en reducirla a una sola voluntad. Recurrir, por exigencias de las circunstancias, al poder dictatorial personal, es perfectamente posible y ortodoxo en la mente de Lenin.

Por eso, al menos desde el punto de vista metodológico, nos parece bien centrado el estudio del régimen soviético ruso en el examen de la vida misma del partido. Una realidad sociológica que comprende, junto a la vastedad geográfica, en gran parte misteriosa, el entrecruzamiento de 577 razas y tribus y hasta 150 lenguas conocidas, sólo parece susceptible de ser sometida a esquema interpretativo y valorativo a través de lo que constituye desde 1898 y, sobre todo, desde 1917 su verdadera estructura política. La vida —y los trances agudos—del partido comunista soviético es, en definitiva, la vida del *complejo ruso* en lo que respecta a la Economía, el Derecho y el Estado. Nada en ellos tiene sustantividad propia; cabría decir que ellos *son* lo que el partido decide que sean.

Naturalmente, desde un punto de vista más profundo, creemos posible una visión más comprensiva de la Rusia contemporánea. Lo que hemos llamado el *complejo ruso* desborda el prisma del partido. Y no aludimos al Ejército, por ejemplo, cuanto a determinadas vigencias que, sin duda, han condicionado a su vez al partido mismo. Las vicisitudes de éste, el fenómeno ciertamente sorprendente y todavía falto de un verdadero enjuiciamiento por parte occidental de la llamada "autocrítica", las influencias recibidas por los soviéticos a través de sus contactos con las ideas, estructuras, nivel y género de vida de los pueblos de "más acá del telón de acero", con motivo de la guerra y la ocupación, todo esto y no poco más impiden, desde luego, cualquier unilateralidad o exclusividad "doctrinal", en la interpretación del marxismo como realización histórica.

De su examen del marxismo, el profesor Fraga deduce dos consecuencias importantes: se trata de una verdadera herejía y, además, de unos supuestos llevados a sus últimas consecuencias. En realidad, hay sistemas "occidentales" que encarnan similar peligro (Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Gentile, Croce), sólo que en éstos la *inconsecuencia* ha salvado los últimos resultados (pág. 125).

Por otra parte, la consigna de H. de Man: "Más allá del mar-

xismo" obliga a Occidente a una revisión crítica del "más acá". Y si el valor actual del marxismo es el de constituir una "luz espectral que, en sus propios errores, alumbra los ajenos" (pág. 129), se impone también aceptar parte de los planteamientos marxistas, como punto de partida al análisis político de las comunidades presentes" (pág. 131). Quizá el principal sea el de no poder entender las estructuras políticas sin entender la sociología básica del poder político. Los grandes temas de nuestro tiempo, prosigue el autor, "planificación y libertad, autoridad y bien común, democracia y clase dirigente, sólo con semejante metodología pueden de veras ser afrontados".

La pulcritud y seguridad con que el profesor Fraga se desenvuelve en este terreno, no olvidando nunca los supuestos filosóficos y antropológicos que el marxismo ignora o ataca, nos brindan la oportunidad de puntualizar, por nuestra parte, al margen del libro que comentamos, ciertos extremos que juzgamos de interés.

En el marxismo, en efecto, los métodos y la *Weltanschauung* andan indisolublemente unidos y, a nuestro juicio, todo aquel que juegue con los métodos marxistas, expuesto está a juzgar y valorar como discípulo directo de Carlos Marx. El "más acá" del marxismo no necesita verse "desde el marxismo", porque, tal es el rigor de esta "teología", peligro hay de verse sumidos en su seno. La innegable cualidad del sistema marxista, su coherencia lógica, conduce muchas veces al sorprendente hallazgo de que donde sólo se quiso aplicar su metodología se está palpando una impregnación de su *Weltanschauung*. Esta impregnación es involuntaria, digámoslo generosamente, pero tan evidente como la que suele percibirse al ver confundida, sin más, la realidad "social" con la económica; al ver sustraída la ciencia política a toda valoración ética; al ver, en fin, despreciados los argumentos de una filosofía tradicional y sus conceptos, como incapaces de enfrentarlos con los problemas políticos de nuestro tiempo y, concretamente, con el fenómeno total del propio marxismo y sus realizaciones. Y así, teóricos de la sociedad y de la política, nos sorprenden "silenciando" aquel juicio de Pío XI, que calificó al comunismo marxista de "intrínsecamente perverso", buscando en el terreno más "irénico" de la estricta "ciencia" motivos de condenación que, en su mayor parte, nos parecen productos de cierto *dilettantismo* que más parece buscar la "coexistencia" que el debido esclarecimiento de errores. Y todo ello sin percatarse de que el marxismo envuelve en la misma consciente ignorancia y desprecio a todos sus contra-

dictores "dogmáticos" o *dilettantes.* La única fuerza dialéctica capaz de oponerse al marxismo, como "explicación total" que éste es, no puede ser otra que la concepción del hombre y de su historia, establecida con sin par coherencia por el pensamiento teológico-filosófico del catolicismo. En tanto esta concepción no se enfrente de hecho y en todos los planos con el marxismo, las críticas contra éste no serán "lanzadas a moro muerto", sino a moro todavía vivo, y, además, "acorazado".

De aquí la importancia que tienen los puntos de vista fijados al principio de su libro por el profesor Fraga, para someter a un esquema seguro y profundamente arraigado fenómenos y doctrinas como los que, a través de sus páginas, van aflorando con un vigor que descalifica de antemano todo tratamiento rutinario y superficial.

## III

Después del examen doctrinal del liberalismo y el marxismo, los Estados contemporáneos precisan ser vistos en su realidad sociológica. Por eso resulta obligado situarse ante el fenómeno de la *masificación* y su impacto en los cuadros e instrumentos administrativos. Tal es el contenido del capítulo IV.

En definitiva, resurge el viejo juego del irracionalismo y la racionalización, sólo que ahora potenciado, dada la extensión e intensidad de la realidad social en presencia. Las técnicas de producción y control cobran, con ello, una consideración distinta. Son técnicas acerca de cuya eficacia y valoración ética—si esta última se quiere, como es debido, mantener—sólo se puede juzgar en función de las masas y del complejo de problemas vitales e ideológicos que ellas comportan.

Está bien aludida por el profesor Fraga la evolución económica, desde el capitalismo liberal a la economía dirigida, y esta mayor atención a los aspectos económicos resulta justificada, puesto que el curso evolutivo de las funciones del Estado guarda con aquélla una relación de paralelismo y aun de índole más íntima: no es sólo que hayan aumentado en intensidad tales funciones, es que, precisamente, el contenido de las mismas es, en gran medida, económico. Con otras palabras, nunca nos ha parecido más económica la acción política, y no sólo por su extensión a esferas económicas, sino incluso por la preponderancia del fin y los medios económicos en la propia actividad política.

Desde este punto de vista, calcúlese la distancia casi "abismal" que hay entre el Estado en el que pensaron A. Smith y los manchesterianos, y el Estado, más que intervencionista, empresario y productor, de hoy. En los términos tajantes en que muchas veces se expresa el autor del libro que comentamos, hay que concluir que "toda la teoría de las funciones y poderes del Estado tiene, pues, que ser renovada de arriba abajo. Nada menos que esto exige este tránsito contemporáneo del *État gendarme* al *service State* o *welfare State*" (pág. 154).

Pero el profesor Fraga, que admite la necesidad de la *planificación*, concepto no muy preciso ni realidad exclusivamente actual, se hace eco de la polémica del siglo: ¿Es o no conveniente la planificación; resuelve o agrava los problemas de tipo económico, político o espiritual? En cuatro apretadas páginas se resume dicha polémica: Hayek, W. Lipmann, Beveridge, por un lado; Manheimm, por otro, recelan de la planificación o la defienden y pugnan por concretarla.

El profesor Fraga puntualiza a su vez: "En lo tocante al Estado, la planificación es un hecho, pero deben superarse los experimentos y ensayos actuales y alcanzarse logros definitivos; el Estado de Derecho, en cuanto sistema de control y garantías, y en cuanto consagra la responsabilidad de la administración, no debe arrumbarse. Sobre todo, y esto es quizá lo más importante, la planificación ha de hacerse *desde* un sistema de valores, no que éstos nos vengan dados por aquélla" (pág. 162).

Surge ahora, sistemáticamente, una nueva cuestión: la de las clases dirigentes, cuestión que, a juicio de Fraga, supera en interés, en la actual situación de las ciencias políticas, a la tradicional de las formas de gobierno (pág. 175).

Si el medio, como ha dicho Burdeau, segrega a su *élite*, ¿cuáles son las características de las clases dirigentes de nuestro tiempo y de qué modo reflejan tendencias revolucionarias del mismo? Porque sin *élites* no cabe acción política. Hasta las revoluciones más igualitarias las han producido. Ahí está el partido comunista soviético, "una de las oligarquías más duras que se han conocido".

El análisis que de la materia ha hecho James Burnham—después de Mosca y Pareto—nos muestra el relevo de las clases dirigentes. Manheimm, por su parte, ha fijado las tendencias actuales de las minorías selectas después de la desintegración de las *élites* del siglo pasado. El tránsito se opera en todos los medios ideológicos. Los comunistas han pasado de *amateurs* en los tiempos

de Lenin a "especialistas rojos" en nuestros días. La experiencia laborista en Inglaterra, la evolución iniciada en Estados Unidos desde el New Deal y el Fair Deal a lo conseguido por un movilizador general como Ch. E. Wilson..., el proceso de una *managerial revolution*, parece indudable. Por eso, superando teorías maquiavélicas de la clase dirigente, como la de Burnham (pág. 179), es urgente una formación intelectual y moral de esas minorías rectoras.

Titulares destacados de ese *poder minoritario* (expresión acertada) de los Estados administrativos modernos son la burocracia y los partidos.

La primera, gigantesca ya, refleja un giro capital en las funciones del Estado. "La política del gobierno se realiza, más que legislando, administrando, ejecutando servicios, manejando dinero. Esto está en manos de funcionarios en muy buena parte" (pág. 181). Aún más, la política hoy ha de contar con la técnica, en cierta manera contrapuesta a la prudencia, nota clásica del político. No hay que temer, sin embargo, a juicio del profesor Fraga, un crecimiento desmesurado de la burocracia como *poder*.

Los partidos, las entidades políticas más efectivas en el Estado nacional moderno, según Wallas, y cuyo estudio constituiría "una historia de nuestra época", según Friedrich, experimentaron una trayectoria que el autor de este libro describe sobre la realidad de los partidos políticos ingleses: parlamentarios, electorales, clasistas. Ante todo, los partidos son una clase dirigente, son entidades políticas más que ideológicas, en las que, principalmente, cuando más viejas son, más predomina la máquina sobre el programa. Los sistemas anglosajón y el continental, como respuestas a la cuestión de dos o muchos partidos, descubren una vez más la existencia de verdaderos grupos oligárquicos que, lejos de resolver el problema de la representación nacional y cooperar a la unidad estatal, hacen de los parlamentos "cajas de compensación" y enmascaran en muchos casos guerras civiles.

Lástima que nuestro autor no haya insistido más en otras modalidades de estructuración como la basada en las "categorías sociales" y en el problema del partido único. De todas formas, un interrogante como éste: ¿Qué debe sustituir al sistema de partidos allí donde sus inconvenientes hayan predominado sobre sus ventajas?, sólo en hipótesis y a guisa de experimento puede contestarse hoy (pág. 192).

El libro que comentamos se adentra ahora en un problema

pavoroso (cap. VI). Ya se advierte al comprobar el equívoco de la palabra *libertad* y al tener que preguntarnos hoy, incluso, por su real existencia. Resulta obligado, y el autor no se sustrae a ello, acudir a la metafísica y a la moral. La respuesta es positiva. El quid está, como él dice, en los juicios prácticos sobre nuestros actos, y, además, en la visión del hombre como persona, no como individuo. Profesa, pues, un personalismo comunitario (Ch. de Konink y Palacios) y llega a concluir que el dilema libertad-orden no es radical. Evidentemente, las bases filosófico-morales de que se parte son de la más pura raíz tomista y desde ella queda descartado todo el trasfondo Reforma-Liberalismo, causa de la tragedia íntima del siglo XIX.

Hacer compatible la libertad con la planificación: he ahí la tarea de nuestro tiempo. Liberalismo y socialismo son estudiados ahora desde esta perspectiva, y la conclusión debe tener en cuenta que "la libertad no es un principio de organización política, sino una condición de la sociedad política bien organizada" (pág. 214). Y siendo la aspiración de nuestro mundo la seguridad social, urge conseguir la vigencia del orden cristiano, en el que la fraternidad predomine sobre los dos restantes términos del trilema de la Revolución francesa.

Viene como de la mano el tema de la democracia. ¿Estamos aún en el proceso de democratización general que observaron Tocqueville y Prévost-Paradal? ¿Qué significado tiene la extensión del sufragio universal que ha dado en Francia, por ejemplo, un cuerpo electoral de 26 millones de personas en 1946? ¿Es una realidad y, sobre todo, es una unidad sociológica ese pueblo así configurado? Parece que, ante la realidad de las masas, sólo cabe hablar de un *público* que, pasivamente, abraza una *opinión*. Prensa, radio y grupos de intereses: eso es lo que hay detrás del Parlamento, en vez de pueblo (Friedrich).

Entonces, ¿gobierna el pueblo o una facción? Y, aún más, ¿qué facción es exactamente la que de hecho gobierna?

El tema de la libertad y de la democracia ha merecido por todo ello una profunda revisión. Recapitular las posiciones más importantes al respecto es para el autor imprescindible, y así comprobamos que lo decisivo en la democracia es para W. Lipmann no tanto la *elección* como la *sumisión a la ley;* para Jennings y B. Wooton, la *posibilidad de criticar* al gobierno y *sustituirlo* sin recurrir a la violencia; para Levi, el respeto al *fair play* en política.

Una conclusión primaria es ésta: "La ciencia política tiene que desmontar el mito democrático, como una superestructura que ha oscurecido la mayor parte de las cuestiones vitales del Estado contemporáneo" (pág. 223). Y otra muy fundada, la que anuncia un concepto más profundo de la democracia, que el autor cree ver en Aristóteles, Suárez y Pío XII: "La forma mixta de gobierno, o mejor, un Estado moderado, eficaz y justo" (pág. 224).

Hablar de moderación es hablar de control. Y en cuanto el Estado liberal democrático asignó esta función al Parlamento, también es obligado hacerse eco de la agonía del parlamentarismo. El diagnóstico va desde Orlando hasta C. Schmitt. Si el Parlamento no es bueno para *legislar*, tal vez lo sea para *controlar*. Ambas funciones las perfiló Stuart Mill. Hoy, si la deliberación y la legislación la acaparan el Gobierno y la representación los partidos, el Parlamento está, al fin, en manos de éstos. Y desde luego ha perdido la supremacía política. La legislación delegada, los planes económicos-sociales de los Gobiernos, la disciplina de los partidos, fenómenos realmente actuantes, bastan para poder concluir que "el Parlamento como mito tiene que ser liquidado" (pág. 228).

La muestra más evidente de la incapacidad actual de los mecanismos constitucionales del Estado liberal consiste en la tendencia impresionante de nuestra época hacia la dictadura. Como decía Balmes, al referirse a la España decimonónica, "la excepción se ha elevado a regla". A la continuidad de la situación extraordinaria, corresponde lo ordinario de la dictadura. Esta, en fin, ya no es un recurso circunstancial, sino una *forma de gobierno*. Quizá su explicación es ésta: el punto central del equilibrio constitucional reside nuevamente en el Ejército.

El autor concluye: ¿No será posible otro recurso? ¿No podrán alumbrarse nuevas y adecuadas instituciones en que se articule la continuidad, la adhesión y la cooperación logradas o restauradas por el liderazgo de los hombres extraordinarios?

Se habrá observado, a lo largo de la línea expositiva del libro, que éste superabunda en *conclusiones* tajantes, cuando se trata de resumir el análisis de la situación actual de mecanismos y doctrinas del Estado moderno en sus últimas fases; y en *interrogantes*, cuando se trata de puntualizar tendencias o presentar soluciones para los problemas que ya existen. El carácter crítico de este estudio se revela, con ello, una vez más. Y también la "actitud" de su autor, condicionada sin duda por las múltiples realidades entre las que se ha movido. Con otras palabras, no le han faltado datos

y argumentos para diagnosticar la crisis. Tal vez, por ello, adolece de seguridad para prever y preconstruir "lo nuevo".

No se piense, sin embargo, que el libro que venimos comentando es meramente descriptivo, con ser ésta una de sus características más valiosas. También, repetimos, se ha enjuiciado, y en verdad desde supuestos firmes, autorizados, convincentes. Lo que ocurre es que el objeto de estudio acusa más que nunca su relatividad, y se han abierto mayores vías al conjunto de posibilidades y problemas que la política entraña. Por otra parte, las transformaciones sociales ni son tan rápidas ni tan uniformes como para lanzarse imprudentemente al bello malabarismo de las profecías y las construcciones de gabinete. El teórico de la política, en este mundo del siglo XX, cuenta ya con graves experiencias acerca de la suerte corrida por aventuras semejantes.

Sin que en ello queramos implicar al autor de este libro, fecundo y sugeridor, no nos resignamos a omitir una breve observación al hilo de cuestión tan decisiva como la apuntada. Y es ésta: lo que queda por saber es si las generaciones históricas de hoy y de mañana no considerarán excesivo el período hipercrítico de la teoría política que ha venido y viene juzgando al Estado liberal y al llamado Estado totalitario, y, si en vista de ello, no volverán definitivamente la espalda a quienes debieron aprestarse, con los innegables caudales de experiencia atesorados, a brindar a la humanidad, nunca agotada, siempre expectante, nuevas o no, pero mejores fórmulas de convivencia política y jurídica.

## IV

Hora es ya de recapitular. El análisis, según queda dicho, ha sido profundo y pocos matices escaparon a él. La cuestión final es obvia: qué sea el Estado y cuál su inmediato y previsible destino. El capítulo central de una teoría del Estado resulta aquí un punto de convergencia de los variados afluentes que hemos visto desfilar. Y, para ser sinceros, cuando el profesor Fraga aborda en el último capítulo de este libro el concepto del Estado, y para ello reproduce las clásicas definiciones de los manuales más acreditados, se echa de ver la franca debilidad que las mismas revelan. ¿Definir, esto es, *limitar* el Estado? Sólo parece posible destacar unas notas: la institucionalización del poder, el carácter de forma política determinada, la imposibilidad de su reducción a escueto fenómeno jurídico. Pero poco más.

Pero no fué menguada, antes bien decisiva, la "aparición" de la sociedad, como estructura viva y actuante, junto al Estado o frente a él. El máximo esfuerzo para la salvación del Estado moderno quiso ser el *totaler Staat.* Pero la crisis del Estado nacional hoy es manifiesta: territorio, población, soberanía, sus tres elementos esenciales, han abandonado el clásico álveo que para ellos trazaron la historia y la doctrina desde el Renacimiento hasta el principio de las nacionalidades. La teoría del Estado se siente conmovida en sus cimientos por la sociología...

Mas lo que de verdad acontece es que el propio objeto de aquella teoría, y de otras ciencias a ella vinculadas íntimamente, se les escapa irrefrenable hacia nuevas formas de poder, hacia nuevos sentidos del Derecho, hacia nuevas medidas y temperaturas de índole política.

La lectura del último capítulo del libro del profesor Fraga no revela pesimismo, revela fatiga y hasta temor. El análisis, desemboca en una actitud de expectación que resulta tímida... a la fuerza. El libro, con ser tan expresivo de la capacidad investigadora de su autor; con ser un auténtico arsenal de testimonios—más de mil citas consignadas en ciento trece páginas, apretadas tipográficamente hasta el máximo—; con ser, en fin, el más vigoroso intento de comprender el Estado moderno que hemos visto publicado en español en los últimos años, proclama su fidelidad al tema que lo motivó. Nosotros lo hemos seguido paso a paso, esforzándonos en hallar las líneas maestras que aquí quedan, a nuestro juicio, consignadas. Su hallazgo no fué tareá fácil, pero pocas, como ésta, nos han parecido tan convenientes y aleccionadoras.

En nuestra opinión, este libro es eco auténtico y bien localizado de una conciencia generacional que puede atribuirse a determinados teóricos contemporáneos del Estado. Mientras esta conciencia se hace cada vez más reflexiva, el Estado moderno sigue desbordando la realidad misma que las construcciones clásicas creyeron aprisionar. De la capacidad de los teóricos de nuestros días depende la arriesgada y subyugante empresa de encerrar en un sistema científico, que supere la línea crítica, los nuevos conceptos y los nacientes fenómenos de la vida y la comunidad políticas que el mundo ya registra.

Juan Candela Martínez.
Facultad de Derecho.
Universidad de
MURCIA.




ARTE Y PENSAMIENTO

# JEAN COCTEAU, EN LA ACADEMIA FRANCESA (*)

Decía Remy de Gourmont que la suerte, en Edmond Rostand, era una de las características del genio. Rostand fué transportado a este sillón por veloces hadas y en un batir de alas que evoca en torno del nacimiento de Henry de Bornier. Todas las puertas que se cierran ante los negros guerreros de las letras, de los que Kleist queda como ejemplo, se abrían solas ante sus armas blancas y su albo penacho.

Me imagino a un joven hechicero de Condorcet presagiando a los alumnos de mi clase, cuando Cyrano de Bergerac hacía volver todas las cabezas, que yo ocuparía un día, en la Academia, el sillón de su ídolo. El viejo colegio se hubiera derrumbado a carcajadas. Pienso, también, en los muertos que, desde entonces, han dejado vacante este sillón y en que sólo mi muerte sentará en él a un vivo; en que este vivo existe y que es probable que me cruce con él, que vuelva a encontrármelo, que le hable sin que él ni yo sepamos que ha sido designado por los astros para ocupar un día este lugar, en donde presumo que si me viera Jérôme Tharaud se quedaría asombrado. Y el brujo del colegio, sin remontarse al abate D'Olivet, ni a Condillac, ni a Sieyès, ni a Lally-Tollendal, hubiera podido decirme que el dramaturgo de *Cyrano* cedería su sillón a José Bédier, el cual, mucho más que Wagner, volcó en mí el filtro de Isolda y me hizo conocer la selva del Maurois, presagiando el nombre de un hombre inclinado tan a menudo sobre las obras célebres y que hoy me hace el honor de poner su mirada sobre la mía.

Sí; me parezco no poco a esos equilibristas situados en lo alto de una pila de sillas. Nada falta a esta semejanza con tal ejercicio peligroso, ni aun el tradicional redoble del tambor que lo acompaña.

Debe comprenderse, pues, mi temor por tener que mantenerme durante una hora en una posición incómoda y fingiendo desenvol-

---

(*) *Damos a continuación el texto del discurso de ingreso de Jean Cocteau en la Academia Francesa y la contestación correspondiente, a cargo del académico André Maurois, en versión castellana de José López y López.*

tura, ya que todo visible esfuerzo carece de estilo, y nuestra labor debe eclipsar siempre a nuestro trabajo y no ostentar jamás el gesto revelador de los esfuerzos que nos cuesta hacerlo.

Se me objetará que esta molestia fué la misma para todos. ¡Ay, temo que sea peor la mía! No obstante, confesaré en seguida hasta qué punto disimulo una torpeza nativa bajo una falsa actitud desenvuelta, y que todo lo que puede considerarse en mí como una danza no es más que un reflejo instintivo, una forma instintiva de hacer menos risible una interminable caída por la escalera.

Será preciso que emplee la franqueza y evite engalanarme con palabras, cosa hacia la cual nos empuja inconscientemente un lugar histórico y la intimidación de nuestro uniforme.

Es conocida la familia a la cual no se puede ni jactarse ni compadecerse de pertenecer, porque, lejos de ser un privilegio, supone más bien una fatalidad, que Verlaine llama maldición. Familia de artistas que, para no poner en estado de alerta a la policía del orden social, debe añadir un peso postizo al peso insuficiente que los retiene mal sobre la tierra.

En suma, los miembros de esta familia, un poco fantasma y transparente, se hacen artificialmente terrestres cuando se calzan botas de escafandra para alcanzar a toda velocidad no se sabe qué superficie misteriosa.

Ahora bien: a veces, alcanzando las del *no man's land,* donde su particularidad los coloca, algunos de ellos quieren que se les coja de la mano y se los entre en el baile. ¿Se compara lo que esta Compañía les ofrece—a la inversa del anillo de Giges, que hacía al individuo invisible—con un cómodo sillón de visibilidad?

Un fantasma siente siempre grandes deseos de participar en el reino de los vivos, y esto es lo que me ha empujado hacia el lector, un poco la envidia de un *en pie* por un asiento y la sed de un gitano de caravana por tener una residencia fija. Y ¡cómo satisface tener una espada propia para defender este lugar y esta residencia, espada que nos ofrecen nuestros amigos a fin de defendernos, sin duda, contra nosotros mismos! Y mi agradecimiento nace más que nada de haberme ataviado con insignias que me impidan flotar a la deriva.

¿A quién, pues, han dejado sentar a su mesa? A un hombre sin aureolas, sin papeles, sin morada. Es decir, que a un apátrida van a procurarle documentación; a un vagabundo, una vivienda; a un fantasma, un contorno; a un inculto, la pantalla del Diccio-

nario; un sillón, a un fatigado; a una mano desarmada, una espada.

¿Se recuerda aquella película de Charles Chaplin, en la que se pone una pantalla y se convierte en lámpara para escapar de la Policía?

Después de cuarenta años de huída en zigzag ante una cacería a caballo con las trompas sonando a mis talones, la indulgencia del público me inmoviliza en un pedestal con este aspecto de ser un poco estatua y también (me atrevo a confesarlo) un poco busto, en el cual los cazadores y la jauría se dejan prender.

Por otra parte, ¿quién conoce al verdadero autor de las obras de un poeta? Nadie, ni aun él. El verdadero autor es tanto más difícil de conocer cuando él exige que su negro firme en su lugar. He aquí una forma de embrollar la pista. Y todos éstos me parecen muchos títulos para expresar mi gratitud desde lo alto de mi pila de sillas, antes de balancearme peligrosamente.

Adivino el temor. Y es que a fuerza de evitar la rigidez de la fiesta, caigo en el exceso contrario y no eludo la pompa de un discurso para entretenerlos sin ton ni son. Pero cabe advertir en seguida que tantos rodeos van a conducirnos en línea recta a una de las figuras que fueron menos tortuosas: a Jérôme Tharaud.

Mi bastón era víctima de las aguas deformadoras del sueño. Por tanto, es imposible que yo duerma en pie, y, no atreviéndome a imputar a mis propios méritos lo que me acontece, me pregunto si no iré a despertarme en mi habitación Gros-Jean como antes, y si el honor que me dispensan ustedes no proviene de que este sueño es la forma bajo la cual toda criatura viva posee el derecho al genio, a sus extrañas fantasías, a sus magníficas extravagancias.

Por lo demás, conviene confesarles rápidamente algo que confirme este sentimiento de soñar que yo sufro: nunca hasta ahora había puesto mis pies en la *Coupole* (1). Es la primera ceremonia de este orden a la que asisto, y la situación que permite ser a un mismo tiempo actor y espectador, ¿no es clásica en el repertorio teatral del sueño?

Del Instituto sólo conocía las paredes, que, al anochecer, adquieren una irisación de perla; las paredes y el pedestal vacío, en donde me gustaría ver a Jean Jacques sustituir a Voltaire, por haber preferido siempre el ciervo al cazador y las torpezas del uno a la malicia del otro.

---

(1) Cúpula. Por antonomasia, la Academia.

Guillaume Apollinaire decía que el Sena corre alimentado por los libros.

Yo no conocía más que el casco del viejo navío anclado a la orilla de un río en donde reina una casta del espíritu distinta y maravillosa: la de los libreros de viejo.

¿Qué imaginaba yo tras esos muros? Algo así como una gruta submarina, una luz casi sobrenatural de acuario y, sobre gradas en semicírculo, cuarenta sirenas de colas verdes y voces melodiosas.

Conocido es el absurdo conformismo anticonformista de la juventud. El me predisponía, sin duda alguna, contra la Academia; y es, en primer lugar, la vergüenza de haberme dejado cautivar, en otra época, por esa idea lo que me ha convencido a presentar mi candidatura.

Desde hace mucho tiempo había renunciado ya a esa forma de ver las cosas. Dos circunstancias me abrieron los ojos. Una, que la cerilla que taponaba mis oídos ha cambiado de misión... Ulises se extrañaría al oír que ella sirve ahora para conservar las voces de las sirenas y para expandirlas a través del mundo.

La otra fué la aparición de Raymond Radiguet cuando yo alcanzaba mis treinta años, el cual, con sólo quince años, nos enseñó una forma completamente nueva del respeto debido a las instituciones que provocaban nuestra indiferencia o nuestros sarcasmos. Algunos de vosotros—y no los menos—pueden testimoniar que fué hacia aquí donde él los dirigió, demostrándoles que la audacia debía cambiar de método y no ser demasiado desigualmente visible.

Era la época en que reinaba la revolución, la anarquía del verbo. No solamente era moda injuriar a los vivos, sino escupir sobre las tumbas.

Radiguet hizo el descubrimiento de que no era suficiente contradecir las costumbres, sino que era menester contradecir a la vanguardia. En una palabra, ir más de prisa que la velocidad con una máscara de retroceso. Así nacieron su novela *Le diable au corps* y mis poemas de *Plain-chant.* Gide decía: "Los extremos me tocan." Radiguet probó que los extremos se tocan e hizo de una extrema derecha un refugio contra la extrema izquierda sistemática de los intelectuales. Negó la dulzura y la puso en entredicho. No puede imaginarse actitud más revolucionaria, audacia más grande. Yo las resumí en el título de mi alocución del Colegio de Francia: "Del orden, considerado como una anarquía." A él le encantaba que fuéramos sospechosos tanto a derechas como a izquierdas. Entre griegos y troyanos gozaba, tras su monóculo, de la sole-

dad de Calcas. Y declaraba: "La originalidad consiste en procurar hacer como todo el mundo, sin conseguirlo."

En esta escuela, mi línea de conducta se hizo sospechosa. Y aún lo es, por un gran número de cosas. Todas mis torpezas se llamaron maquiavelismos; mis faltas, astucias; mentiras, mi verdad.

Así, pues, señores, si yo ocupo hoy un puesto oficial, es porque lo encuentro revolucionario con respecto al miedo que tienen las gentes de no estar al margen, y que si esta rotonda no se asemeja a la gruta que yo imaginaba, si este traje no es suficiente para transformarme en sirena, no es menos cierto que el prestigio continúa en mí intacto, porque, aunque ellas no representasen ya lo que representaban antaño, persisto en que las cosas que me importan son las que yo quiero que sean, y nada me las marchita.

Con frecuencia se toma como una danza de campanario a campanario una marcha sobre el vacío, y se decreta que una malla de acróbata suprime el peligro. Sin embargo, es paso a paso y por encima de la muerte por donde camina un poeta, y es finalmente por este ejercicio, considerado como juego y arlequinadas, por lo que vuestra Compañía lo acoge.

Es probable que un artista, sugestionado por el deseo de descolgar vuestra corona, no la descuelgue jamás, y hasta se asombre de que la alcance una mala conducta.

Los escándalos literarios, si nacen de una fuerza y corresponden al mal humor de un público neófobo despertado sobresaltado, producen, a la larga, un vivo resplandor que oscurece los orígenes subversivos y lo transportan sobre la pintura gris de una buena conducta. Yo supongo que es esta especie de resplandor el que me ha hecho digno del favor del público, y también la razón de que tuviera vergüenza de jugar a los buenos alumnos, porque, en fin de cuentas, es un mal alumno el que triunfa. Sería tanto engaño como cambiar mi traje y pretender que ustedes me han hecho la ropa nueva, cuando ninguno de ustedes me ha pedido que sea tal y como él quisiera que fuese, sino que ustedes, deliberadamente, han abierto sus puertas a lo que soy yo.

He ahí, señores, que para defenderme, para explicarme, me dejo deslizar por esta pendiente que conduce al pronombre personal *yo, yo, yo,* del cual Mauricio Barrès se extrañaba que Jérôme y su hermano no hicieran nunca uso.

Yo me represento a Barrès tras su mesa de trabajo, bajo el retrato del gran Condé, que tanto se le parece, echando hacia atrás su rostro casi gitano, como para sostener en equilibrio un clavel

rojo en la oreja y la negra tinta de sus ojos. Lo veo, bajo el ala de cuervo de su mechón de pelo, abiertas las sensuales ventanillas de sus grandes narices y una vaga sonrisa en su boca, hecha para masticar el cigarro, considerando con sorpresa a este Jérôme y a este Jean, que respetan el *yo*, olvidándose del *su*, y quienes, lejos de rendirle culto, lo ponen humilde y enteramente a su servicio.

¡Cuánta distancia los separa! Pero, cual lazo que los une, qué armonía desacostumbrada, de una y de otra parte, entre especies de una raza habitualmente prisionera en sí misma.

De forma análoga, señores, ustedes adoptan a un poeta sin temer que les reprochen haber aceptado a un entremetido, a un hombre orquesta, a un Paganini del violín de Ingres, fórmula con la que me he puesto a traducir una ingenua idea de nuestra época, cuya prisa exige etiquetas, y que consiste en tomar por *touchatouisme* (1) este proceder innato en el poeta de analizar un mismo tema desde diferentes ángulos y con distintas luces, de tal forma que sólo una mirada atenta y que provenga del alma se dé cuenta de que aquél es único.

Es esa saña por no abandonar un tema más que después de haberle dado vueltas en todos los sentidos; es ese lugar fresco y lleno de lana que se busca en la almohada cuando el sitio en que se sueña está hundido y caliente; es ese cuidado en reemplazar un vehículo cuando se estropea, lo que nuestros jueces, distraídos, confunden con una veleidosa ligereza de espíritu, incapaz de profundizar y de tener en cuenta.

No hay nada más nefasto en nuestros dominios, señores, que la fantasía que corrientemente nos endosan so pretexto de elogio, y la frivolidad, sobre todo cuando toma un aspecto serio. Y ¡ay!, bajo este hábito es como ella predica con frecuencia contra la verdadera seriedad. Esta no hace ostentación. Podría parafrasear moralmente la respuesta de Brummel cuando se le felicitó por su elegancia en las carreras de caballos de Epsom: "No puedo ser elegante, toda vez que ustedes lo han notado."

Y éste es el problema. Yo quisiera hablar de poesía y no sé qué punto tocar, cómo aproximar un monstruo tanto más peligroso

(1) Sin duda para señalar mejor su entrada en la Academia, Jean Cocteau ha lanzado ese vocablo de *touchatouisme,* neologismo totalmente de su invención (que en español no tiene aún, por supuesto, traducción directa y correcta), derivado del sustantivo *touche-à-tout,* que puede traducirse por *tocalotodo, metomentodo, catacaldos, entremetido, camasquince,* etc. Si mi opinión vale algo, y por si los escritores franceses acogen el *touchatouisme,* estimo que en lo sucesivo podríamos traducirlo por *entremetimiento. (N. del T.)*

cuanto que se presenta, a veces, cubierto con los siete velos. Ese monstruo cautiva y atemoriza. Es Salomé o Medusa. Una danza o una mirada que matan. En ambas alternativas, se trata de cabezas cortadas. Además, si no me equivoco, Pegaso, según uno de los más oscuros símbolos de la mitología, era hijo de sangre de la Gorgona. Caballo salvaje y poco cómodo. Si se le doma, no tarda en lanzar al vacío al domador, en hacerle morder el polvo.

* * *

Señores, cuando admiro a un pintor, me dicen: "Bien, pero eso no es pintura." Cuando admiro a un músico, me dicen: "Bien, pero eso no es música." Cuando admiro a un dramaturgo, me dicen: "Bien, pero eso no es teatro." Cuando admiro a un deportista, me dicen: "Bien, pero eso no es deporte." (Esto lo oía después de cada combate de boxeo de Al. Brown.) Y así siempre. Pero, entonces, yo pregunto: "¿Qué es esto?" Mi interlocutor vacila, la mirada puesta en el vacío, y murmura: "No sé... Es otra cosa."

He terminado por comprender que esta *otra cosa* era, en resumen, la mejor definición de la poesía.

¿Cómo poner la mano, sin que se desintegre, sin que se evapore, sobre este niño de las bodas profundas de la conciencia y de la inconsciencia, sobre este *móvil,* sin soporte, que tiembla en el aire al menor soplo y, sin embargo, es más sólido que el bronce?

Sé bien que estoy mal situado para intentar el análisis de una esencia que escapa al análisis, y que sería estúpido que una pobre planta se pusiese a hablar de horticultura. Por lo demás, el papel de las obras de arte me parece que es muy sospechoso. No emplean, como las flores, estratagemas propias para ocultar un propósito que rebasa misteriosamente el de agradar o desagradar.

No es menos cierto que un poeta es el teatro de fenómenos inesperados, y que durante el entreacto le acontece sorprender algunos secretos de bastidores.

Así, señores, por el camino de los estudiantes y sin seguir la ruta nacional, caminaré hacia mi fin: explicar a ustedes los espejismos por mediación de los cuales me parece que los hermanos Tharaud habitaban una orilla extranjera cuyo idioma yo no hablaba y que jamás podría alcanzar.

El hombre es un enfermo, prisionero de sus dimensiones. Su

nobleza es haber admitido su enfermedad y ser a veces semejante a un paralítico que sueña en curarse.

Nuestra prisión no tiene más que tres paredes, y el prisionero se encarniza contra la cuarta, porque en esta cuarta pared invisible es en donde escribe sus sueños y sus amores.

Todo es prisión en este asunto, y el artista es una más él mismo, incapaz de salir de ella, salvo por las obras que pretenden escapar de la cárcel en que nos encontramos. Eso es lo que les da un aspecto sospechoso de presidiario que se evade, aspecto que explica por qué la sociedad lanza tras él sus policías, sus silbatos y sus perros.

Tentativas de fuga que, más secretas en el escritor, se convierten en sorprendentes cuando la vida de un pintor las ilustra. Ya en la desgracia, ya en la suerte, un Van Gogh, un Picasso, se encarnizan contra su prisión y contra sí mismos, escriben con un clavo y con su propia sangre, retuercen los barrotes del tragaluz por el cual se imaginan entrever una libertad ficticia que no es más que un sueño, puesto que los muros que los encierran se suceden hasta el infinito...

Yo oí un día a un cochero decir a su caballo, que había volcado su saco de avena: "¡Qué bestia eres! ¡No te falta más que hablar!"

Jamás he deplorado tanto como hoy que los hombres no tengan más que este débil medio de comunicarse.

Cómo me conmueve la insuficiencia de un discurso, cuando mi deseo sería, sin abandonar la entrega ni la brevedad, llegar por el verbo al ceremonial, que hace vuestras costumbres tan sólidas como las de la Corte de Inglaterra. Emplear, por ejemplo, algún método propio para magnificar el lenguaje sencillo, como sucede con los conciertos de Mozart.

Tal vez, si en lugar de considerar la poesía como un enigma, la considerase como una ciencia, ¿encontraría términos menos vagos y menos inadecuados para delinear su contorno? Porque la poesía es una ciencia exacta y la ciencia una poesía. Es también un signo de nuestra época el que sea difícil casar una de estas hermanas siamesas sin casarse con la otra. En lo que a mí se refiere, yo no sabría concebir la menor fantasía en nuestro sacerdocio. Y también, he de confesarlo, frecuento con más asiduidad el medio ambiente de la joven ciencia que el de las letras. Existe una raza nueva de sabios jóvenes que prefieren a la certeza del círculo cerrado las dudas del círculo entreabierto y que han cortado por

lo sano su cartesianismo del de Descartes. No consideran ninguna vergüenza el conocer las falsedades de las perspectivas del espacio y del tiempo. Procuran evitar el ridículo de un viajero que, al ver su casa a lo lejos, la creyese demasiado pequeña para poder entrar en ella. Reconocen, con Henri Poincaré, quien me lo confiaba en otros tiempos, que la poesía procede con frecuencia de la ciencia, porque no cuenta sus pasos cuando corre, mientras que la ciencia cuenta los suyos cuando camina.

¿Cómo nosotros, contra quienes el mundo intenta un interminable proceso socrático, no hemos de ser fraternales con los investigadores, a los que la Sorbona acusaría de buena gana de hechicería?

El poeta que busca descender en sí mismo, ¿puede desdeñar a los espeleólogos que el prefijo *para,* a falta de otro mejor, designa, y quienes socavan ese macizo llamado vacío, especialistas de una zona aún sin cultivar, que la ciencia oficial, según la excelente fórmula de uno de nuestros filósofos, desprecia como si se tratase de *partes vergonzosas del saber?*

A ejemplo de los niños y de los poetas, nuestros jóvenes sabios se adiestran en el olvido deseado de las relaciones normales, en unir de una manera insolente organismos distantes los unos de los otros y con los cuales nunca se pensaría en formar una pareja.

Palabras de niños, obras maestras del arte, descubrimientos de la ciencia... De estas bodas escandalosas nacen los admirables monstruos del pensamiento.

Pero ¿adónde voy? Dios sabe hacia qué me empuja mi predilección por las acepciones prohibidas. Hay entre nosotros, señores, un príncipe que no es solamente un príncipe de la ciencia, y lamentaría ofenderle, meterme en sus dominios, parecerme a esas personas que, cuando enseñan su jardín, pasan subrepticiamente a la propiedad vecina para ampliar sus terrenos. Sentiría tener que retroceder en mi camino bajo las rechiflas del guarda. Regresemos, pues, señores, a nuestro terreno firme, donde las semillas de los hermanos Tharaud me parecían demasiado fructíferas. Mi única excusa es que una aparente doctrina montaraz me ha conducido siempre hacia otra zona misteriosa en donde los sabios y los poetas se encuentran, en donde las cifras vuelven a recuperar su nobleza y se convierten en números.

De pretexto en pretexto, me encuentro, señores, con la espalda contra la pared. Elevo mis ojos a los de ustedes, que me dicen: "Usted no emplea más que sinuosidades. Jérôme Tharaud no se

integra en el sistema de usted. Pero ¿cuál es este sistema? ¿Posee usted alguno? Y ¿qué sabe usted del poeta, que sea capaz de convencernos?"

¡Ay señores! La franqueza me obliga a responderles: "Yo sé que la poesía es indispensable, pero no sé para qué."

Y agacho la cabeza, no sin haber visto que las miradas de ustedes se interrogan, se preguntan si, después de todo, creyendo honrar a la inteligencia, no han pecado de incrédulos y han abierto las puertas a la necedad. He ahí soltada la gran palabra. Y esto me permite, contra toda expectación, volver a alzar la cabeza, puesto que esta santa necedad es el único punto por donde la poesía se muestra digna de pretender el reino de los pobres de espíritu.

Si el hombre está hecho a la imagen de Dios, ésta debe de ser una imagen de Epinal, muy sencilla, muy ingenua y de colores muy infantiles.

El arbusto de nuestros jardines de la Costa, cuyas flores malvas y rosas llevan el nombre de *impacientes*, posee unas vainas verdes que, apenas se rozan, revientan y se transforman en potentes resortes que lanzan granos. Este prodigio sólo lo es a los ojos del hombre, quien, penosamente, trepa entre la causa y el efecto, entre el efecto y la causa. Si nuestros *impacientes* pudieran hablar, dirían: "No pienso, pues soy." Su comportamiento, divinamente idiota, no se entorpece por ningún estudio.

Se podría decir que, en el hombre, esta divina necedad se convierte en el fenómeno llamado genio y por el cual el pensamiento se convierte en acción, el verbo se hace carne, en una operación fulminante que resume la fórmula picassiana: "Primero se debe encontrar; después, buscar."

El *Gott ist dumm* de Lutero sería la blasfemia de las blasfemias, si no fuera la alabanza de las alabanzas. Lutero, por su célebre "Dios es necio", expresa que los hombres no pueden atribuir su miserable inteligencia a Él. Dios cede al diablo el papel de intelectual. (Es un pequeño burgués rebelde quien habla, no lo olvidemos. Lo que se atreve a decir de Dios, no osaría decirlo del diablo. Tendría miedo.)

Pero, a la larga, ¿es tan malo el demonio? La maldad, ¿sería prueba de inteligencia? Lo dudo. Mejor apostaría por la bondad, que, por costumbre, se toma por necedad. Por lo demás, tendremos que insistir sobre esta gran confusión.

Aunque se le llame príncipe de este mundo y se hable mucho de la belleza del diablo (más justo sería decir que él se enmas-

cara de encanto y belleza), me siento inclinado a creer que esta belleza no es tal, si no va acompañada de una profunda tontería, y que esta famosa inteligencia supera a la del intelectualismo, el cual no es otra cosa, en los hombres, que necedad manifiesta.

Nadie ignora que se puede ganar al diablo a los naipes y que con frecuencia huye con el rabo entre piernas. Me asombraría que Goethe no compartiese mi punto de vista, si juzgo el esfuerzo que su diablo lleva a cabo y la maquinación que prepara, con grandes gastos, para perder a una pobre muchachita alemana.

El diablo piensa mucho. Es probable. Pero yo no considero la cosa como Lutero, aunque apruebe que se defienda contra un intelectual lanzándole un tintero a la cabeza.

Me agrada también que Loeb y Leopoldo, dos jóvenes americanos que habían leído demasiado a Gide, dos jóvenes adeptos de lo gratuito, dos jóvenes asesinos intelectuales, se hayan hecho prender por haber olvidado un abrecartas al lado de una de sus víctimas.

Un tintero. Un abrecartas. He ahí, me dirán ustedes, las armas que ennoblecen nuestro ejercicio, nuestra profesión.

Señores, os lo confieso al instante. Según mi vocabulario un poco maniático, ninguno de nosotros pertenecemos a la raza de los intelectuales, en el sentido rigurosamente peyorativo en que yo empleo el término, muy próximo en mi espíritu a la palabra pedantería.

* * *

Al hablar de poesía y de poetas, no crean ustedes que me aprovecho de ello para esbozar una defensa de mi proceso. Me era indispensable insistir acerca de las preocupaciones que me son propias y que suponía a la inversa de las de mi predecesor. Aunque Jérôme y su hermano no expandiesen ningún otro olor a azufre, una reserva intuitiva me hacía temer que, a ejemplo de un gran número de burgueses desaburguesados, no fuesen intelectuales.

Me veía entre ustedes estúpido, incapaz de abrir la boca, como en una de esas pesadillas en donde el despertar nos libra de lo peor. "¿Qué diría de los Tharaud?" Los veía por el grueso cristal de los anteojos a una distancia incalculable y sin que pudiese distinguir el menor detalle de ellos.

Sólo el nombre de Tharaud me gustaba.

Representaba para mí a los hermanos, colocados en sentido in-

verso, como esas dobles figuras mitológicas de una baraja de naipes.

Pero, aunque ellos admirasen a Ravachol, confieso que al leer sus proyectos de trabajo, *Le Coltineur débile,* y el boceto de un *Orphée en Frioul,* no estaba lejos de considerar a este Ernest y a este Charles como una especie de Bouvard y Pécuchet de Angulema.

Convertidos ya en Jean y en Jérôme, se me aparecían como un sueño ingenuo de Charles Péguy, el apóstol y el padre de la futura ciudad socialista.

Una pajita de Limosín me ocultaba una gran viga parisiense. Hubiera debido decirme que vale mejor un modesto principio de provincia que aquel, muy poco modesto, al cual me condenaron el brío y el éxito de mi adolescencia, brío y éxito cuya factura pago aún, a pesar de haber pasado toda mi vida castigándome y tratando de merecer el perdón por ello.

Entonces fué cuando, al iniciar el borrador de este discurso, que las circunstancias han impedido a Daniel Halévy que pronunciara en lugar del que yo pronuncio, caí sobre una fotografía de Jérôme Tharaud.

Caí no es el término exacto. La fotografía me cayó de lo alto como un rayo, una de cuyas principales travesuras consiste, por ejemplo, en desnudar a un pastor de las Landas y en imprimir en sus espaldas el perfil de una muchacha. Yo no me la esperaba, de la misma forma que este pastor no podría esperar que encontraría sus vestidos colgados de una rama ni a esta joven inexplicable en sus espaldas.

Jérôme Tharaud lleva bicornio y un *trench-coat* sobre su uniforme de académico. Siguiendo una fórmula prohibida en los estudios cinematográficos, mira hacia el objetivo; es decir, nos mira.

La primera cosa que extraña es ese parecido con aquel cura de Saint-Maur que sirvió de modelo a Watteau para su Gille. El bicornio tiene el aspecto de un gorro de arlequín mal colocado, y el *trench-coat,* que disimula este negro uniforme, que parece verde a causa de sus bordados, reemplaza, no se sabe por qué, a nuestra capa y parece víctima de cualquier ventolera, de cualquier ráfaga, en que se revuelven las hojas ya marchitas. Un revolcón solitario. He ahí lo extraño de esta figura, que sería un poco diabólica sin la gracia alegre y perfectamente inocente de un ídolo adornado de cuernos y plumas, y vuelto hacia nosotros.

No sé quién haría esta fotografía. Pero podría decirse que no había sido hecha por nadie, que era más bien el resultado de un

experimento secreto, como surgida de una cámara de magia negra.

La silueta un poco loca, de fuego fatuo o de fuego de San Telmo en carne y hueso, me cautivó hasta el punto de que no podía apartar mis ojos de ella, esperando que desapareciera de la cartulina y dejara tan sólo su contorno y el vacío.

¿Estaba efectivamente allí este hombre de temas tan abundantes, este invitado a la fiesta de Carlomagno, este viajero de las suelas toscas? Era, más bien, un Ariel, un buenazo de Ampère, un corcho, un ludión, listo a saltar hacia las alturas.

Esta fotografía trastornaba todas mis ideas preconcebidas. Me rememoraba a mi ángel Heurtebise cuando permanece en el aire dentro de la casa de Orfeo. ¿Qué le dijo Eurídice? "No mientas, Heurtebise. Te he visto, te he visto con mis ojos. He sufrido todas las penas del mundo para ahogar un grito. No se trataba de una máquina. Era hermoso y atroz. En el espacio de un segundo te he visto atroz como un accidente y hermoso como el arco iris."

Si me cito, señores, si me atrevo a ello, es porque casi pensé las palabras de Eurídice ante esta fotografía, que interpretaba el papel de prueba en los experimentos físicos.

Gracioso, inestable, ridículo, real e irreal, humano e inhumano, tal se me aparecía este hombre, del cual me preguntaba, un minuto antes de comenzar a escribir mi discurso, por qué caminos llegaría a recordarlo.

"Veamos—me susurró una gran voz socarrona—: ¿se lleva uniforme o *trench-coat?* ¿Sombrero o bicornio? Y ¿para qué la espada, que levanta al impermeable?" Esta voz me evocaba voces ya oídas: "¿Para qué cristales en la espalda de un ángel?" Y vuelvo a mirar la fotografía y me acuerdo de otra. (¿Dónde la he visto?... Quizá en la televisión, tal vez en esa *revista de los tiempos pasados* que resucita la actualidad muerta.) Es la de un piloto que va a matarse a los pocos minutos. Antes de la catástrofe acaricia con la mano su gracioso aparato sin motor, de vuelo a vela, y se vuelve, con ese mismo gesto del que se mantiene mal en el suelo, adherido aún a él un poco por esa sonrisa terrestre dirigida al fotógrafo. Y, sin ir tan lejos, los jugadores de bolos de Pagnol, ¿no hablarían de un "parece una paloma", o, más bien, no se trataría de una de esas palomas de Venecia que vuelan sin cesar, de un lado para otro, y se posan con gran estrépito en el caballo y el león de la cornisa?

En suma, frente a una de estas instantáneas propensas a sorprendernos en falta, aligerada de su verdadero nombre, y a pesar

de la aparente amputación de la membrana que une al nómada Jérôme con Jean, el sedentario, un hecho se hizo claro en mí: que, consciente o inconscientemente, Jérôme Tharaud pertenecía a esta familia de la que yo le creía excluído; pero que, para completar el peso, como se dice en términos de pesaje, le era preciso ser dos.

Al tomar informes sobre Jérôme, este retrato me llamaba al orden, ya que el tema de este discurso es el elogio. ¿Sobre qué hierbas iba a caminar?

Los poetas no son más que los criados de una fuerza que habita en ellos, de un amo que los emplea y del que no conocen ni el rostro, el cual, tal vez, sólo es el suyo propio. Pero no desde el ángulo que ellos lo miran. Y si quieren, devorados por la curiosidad, ver, cueste lo que cueste, este rostro del amo, ¡que tengan cuidado! Pueden quedarse ciegos, como los chinos que se atreven a posar sus ojos en el emperador de China.

Pero, ¡ay!, no tenemos siempre la suerte de estar en el estado llamado segundo, que nos guía mejor que la perspicacia.

Despertado de esta pequeña sesión de hipnosis, cortado el hilo que la prueba tendía entre nosotros, me encontré ante unos cuarenta libros con títulos que me recordaban un catálogo de turismo: *Fez ou les Bourgeois de l'Islam*, *Marrakech ou les Seigneurs de l'Atlas*, *Rabat ou les Heures marocaines*, *L'an prochain à Jerusalem*, *Le chemin d'Israel*, *Vienne la Rouge*, *Le Chemin de Damas*, *Vieille Perse et Jeune Iran* y *Espagne cruelle.*

Le pereza que precede a mis viajes y que impediría decidirme a las gestiones que ellos imponen, si amigos fieles no asumiesen la carga de ellas; la fatiga, más fuerte que la curiosidad; el temor del pintoresquismo, del cual Max Jacob me escribía: "El viajero cae azotado por el pintoresquismo", todo eso que me anonada desde el momento en que debo despegar de donde me encuentre, me consternaba tanto como si esas lecturas me impusieran la tarea de hacer y cerrar maletas, ir a las agencias y embajadas; en suma, de franquear los obstáculos que me impedían casi siempre emprender la marcha. Pero era necesario hacerlo. ¿Disimular? ¿Fingir haber leído y no leer? Nunca me aventuraría en uno de esos esfuerzos extraordinarios que se me atribuyen y del que me sentiría avergonzado, aun admitiendo que fuese capaz de ello.

Leería. Primero, acompañaría a Jérôme Tharaud por los territorios del corazón. Comencé por un librito que trataba de una encantadora fiesta en la que François Porché le ofrece su espada en nombre del grupo de sus íntimos, y a Jean una Minerva.

Y poco a poco se iluminaría mi linterna. Porque en todo lo referente a los Tharaud, los ritos de la amistad adquieren un sesgo casi sagrado, recuerdan los cambios de sangre de los colegiales y de los salvajes, reconstruyen profundas ceremonias de una sociedad secreta, me evocan la oficina de los hermanos Ruggieri, el laboratorio de Oxford en el que la sangre envía a una cámara fotográfica imágenes confusas y, sin embargo, legibles de su memoria. Estos terribles arcanos surgieron, de buen o de mal grado, del encanto de los hermanos Tharaud, y el término *encanto,* en sí mismo, no sobrepasa el significado superficial que se le atribuye.

Una brasa ardiente recalentaba una obra que yo sospechaba debía de ser tibia.

Max Jacob me reprochaba siempre el no comprender nada de la camaradería: "Tú no tienes—me decía—más que el sentido insoportable de la pasión." Y ésa era la causa de que fuera tan cómodo. Todo se me hizo claro de repente. Cierto, me era preciso viajar; pero viajar con un amigo. No me encontraba ya solo ante una tarea que dejaba de ser tal para convertirse en un ocio. Iba a procurarme inútilmente mucho mal, a cometer la tontería de tomar a un turista como guía. Y mi prejuicio se desvanecía en humo ante el descubrimiento de que nadie me pedía amar a Jérôme Tharaud con la cabeza, puesto que no se trataba más que de admirarle con el corazón.

* * *

"¡Desgraciado de mí, cuán variable soy!" Este grito de Nietzsche es un grito profético, y yo no hablo de estos matices que Mauricio Barrès renuncia a estimarlos incompatibles con la auténtica línea política. Muchos perdieron en ella sus plumas. Barrès no se atreve a masticar el amargo laurel de estos matices de Nietzsche. Contra los tres colores de Déroulède trueca las irisaciones de Venecia y de Aguasmuertas. No, señores; este grito de Nietzsche significaría en 1955: "¡Desgraciado de mí, soy débil, soy neutral, vacilo ante el alistamiento!" En esto es en lo que se transforma, mal comprendida, una gran idea de Sartre con la que apaleaba a la absurda torre de marfil y (sin olvidar el alistamiento baudelairiano hacia sí mismo) ponía al ejército de las letras en servicio activo.

Comprender mal es, ¡ay!, en primer lugar, culpa de la velocidad, o, para ser más exacto, de la precipitación.

¡Ah señores!, ¿qué es, pues, esta velocidad que nos sacude las orejas y que en el terreno espiritual es tan risible como en el

terreno de la carretera? Todo el mundo se vuelve a encontrar al rojo vivo o en el hospital. Además, en otras épocas se iba más de prisa que ahora. César conquistó la Galia en seis días, y Benjamín Constant, al no encontrar a madame de Staël en Moscú, se fué a Londres a reunirse con ella, no sin asegurarse antes en Italia de que había dado una vuelta por Florencia.

Este culto a la velocidad determina un vocabulario deportivo. En nuestro camino abstracto, una inmovilidad vertiginosa no obliga a nadie a adelantar a nadie. Así, pues, se conviene hoy en decir que *se adelanta* o que *le adelantan.*

Paradójicamente, este vocabulario y este culto obligan a la juventud a hacerse conservadora de antiguas anarquías. He visto a jóvenes abrazar tan estrechamente una idea nueva y correr tan rápido con ella, que no la sentían envejecer entre sus brazos. Este culto es una verdadera trampa para los jóvenes. El muchacho avanza por el borde de la gran carretera, salpicado de lodo, de luces insolentes. Se consume de fiebre, de cansancio, de vergüenza. ¿Qué hacer? Y se entrega a la pantomima del *auto-stop.* Monta en un coche desconocido. Adopta una velocidad desconocida. Imitando la frase del rey del egocentrismo, piensa: "Me he equivocado en esperar." Y añade: "Estoy salvado." Y lo que está es perdido.

Una particularidad considerable nos emparenta, señores, a pesar de nuestra disparidad. Ninguno de nosotros se ha dejado jamás seducir por el fantasma de la precipitación, y todos los de aquí, cualesquiera que hayan sido sus fines, hemos hecho el camino a pie. Esta particularidad, ¿no es la que sorprende cuando se observa a Jérôme? Con fraternal estimación compruebo que, a pesar de sus vagabundeos, Jérôme Tharaud ha recorrido valerosamente su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, al igual que Goethe recorría el camino entre Weimar y Roma.

En 1916, cuando llegué a la liza, palidecía el amable período de los neoimpresionistas. Después de las perillas y los sombreros de paja, de los trajes vaporosos en los jardines moteados de sol y sombra, vino la época llamada heroica, la nuestra, la del cortejo de las fieras, de los grandes brujos del arte negro, de los príncipes negros del torneo cubista, de los caballeros armados con chapa y papel de periódico. Señores, no se extrañen ustedes si hablo aquí de pintores. Los pintores han sido siempre el cartel anunciador de su época. Y, por otra parte, ¿no es normal que para hacer la pintura de una época apele a sus pintores?

Acabaron las meriendas campestres. La época heroica iba de

naturaleza muerta en naturaleza muerta, de tribunal en tribunal, de purga en purga. Epoca tan inhumana, que si me preguntan: "¿Qué hacíais?", podría contestar con la respuesta de mi antecesor Sieyès: "Vivir."

La pureza, señores, no está en la forma que adopta un objeto, sino en la materia de que se compone. Está en un bloque y no tiene defectos. Era lo que permitía a Jacques Maritain decir: "El demonio es puro porque no puede hacer más que mal." La pureza de Jean y de Jérôme no provenía de que secundaran las buenas causas; era la materia de sus almas. Se la reconoce más en la esencia misma de su tinta que en lo que escriben. Testimonia un artesanado que debieron de aprender en el buril de los *Cahiers de la Quinzaine,* en donde Péguy imprimía humildemente al igual que se repara una silla de paja. No deslumbrar con falsas apariencias. Lo que cuenta es el trabajo a mano.

¿Me atrevería a decir que fueron salvados de las fuerzas del mal, que se ligan a la verdadera pureza, por un cierto aspecto de pureza convencional? Esta pureza de superficie, de la cual hubiesen sido las víctimas, ocultaba a la otra, a la verdadera. Eran dignos de ser mártires, y si no lo fueron debióse a que su superficie estaba tranquila. Me recuerdan a ese pescador del cuento árabe que tenía a un genio prisionero en una botella. El genio no hacía más que prometerle la fortuna, pero él rehusaba. No porque él dudase de que el genio no fuese a cumplir sus promesas, sino por el modesto temor de perder la cabeza y emplear mal su tesoro.

La botella permanece cerrada. El pescador continúa pobre. El genio sigue cautivo. Nadie lo duda. Pero el genio está allí.

Es posible, en virtud del mecanismo de los nudos y de las ondas, que la juventud, fatigada de monstruos y de un concurso de gestos (confundidos demasiado rápidamente con los gestos del dolor de un Van Gogh y los magníficos insultos amorosos que un español dirige a un rostro humano); es posible, repito, que la juventud reinvente un duro encanto y se convierta en víctima de un nuevo empleo de lo que nosotros llamamos, según nuestros grupos y nuestras aptitudes, superrealista, paranormal, más cierto que la verdad, y otros términos que designan el realismo irreal de los poetas. Entonces, esta juventud, al descubrir que la maldad desenvuelta ya no se estila, se dará cuenta, al mismo tiempo, de que ciertos valores despreciados no eran ya despreciables y saludará, quizá, a los Tharaud como a unos encantadores precursores.

Señores, siento gran temor por las personas que no saben reír. Siempre me han gustado estas risas locas que muestran el alma grande y abierta. Cierro los ojos. Oigo risas locas. Un árbol, sacudido por la risa, se desprende de sus frutos y de sus pájaros. Estamos sentados en los escalones que conducen a nuestras habitaciones de campaña, en casa de madame Simone, entonces esposa de Claudio Casimiro Périer. Péguy, Alain Fournier, Claudio, Simone y yo, nos reímos hasta perder el aliento. Nos reímos hasta caer enfermos. Pero otro clisé se revela. Estamos tumbados sobre la alta hierba, al borde de un riachuelo que atraviesa el parque. ¿Puedo dudar, bajo este funesto sol de 1913, que tres de los reflejos que veo sonreírme a la inversa van a ser transportados por el agua corriente a Dios sabe dónde?

Un donador de su obra, arrodillado a cada lado de ella; un santo laico que me presentó a Juana de Arco como una anarquista y a Antígona como una santa; un padre atormentado por el bautismo de sus propios hijos, bautiza a Ernest y a Charles. Ellos sacan a Jean y a Jérôme de un agua lustral en donde la misma imagen se refleja muchas y diferentes veces.

Todos ustedes, señores, conocen *Victor Marie, comte Hugo*, la carta de Péguy a Daniel Halévy después del proceso Dreyfus. Este proceso los alejó al uno del otro. "¿Quién te recitará, de ahora en adelante, a Víctor Hugo de memoria?"

Este texto admirable ilumina, sin una sombra, la escuela de la amistad donde Jérôme y Jean hicieron sus primeros estudios.

Y he aquí, señores, una escuela diferente donde no es ya un maestro obrero quien enseña el socialismo, sino un gran señor las hermosas formas del alma.

El mariscal Lyautey estaba revestido de una envoltura ingrata. Porque este hombre, que se negaba a que lo tratasen como militar y escribía de sí: "Yo no soy un militar, soy un soldado", poseía, esculpida a hachazos, una cabeza grande, en donde, excepto la mirada, todo era irregular. Pero Francia, señores, ha creído siempre que la igualdad consiste en acortar lo que excede. La gran cabeza de cabellos cortados a cepillo era muy tentadora. Se igualó porque ella dominaba firmemente el gorro de los jugadores que disputan la partida en el café del Comercio. Porque un fuego soberbio alimentaba este esqueleto engañoso. El Islam caía en ruinas. Louis-Hubert-Gonzalve Lyautey no reparaba ruinas. Las reconstruía. Y con el mismo sentido en que el Islam fué construído, casaba por amor a dos civilizaciones, a dos contrastes. Fué preciso ver a este hom-

brecillo, cubierto de oro y de la única púrpura que vale—la manchada de la sangre de quien se envuelve en ella—cómo abandonaba a su pueblo en lágrimas a bordo de un *dread-nought* ofrecido por la escuadra inglesa. El mariscal Lyautey habría dado su sangre por el Islam.

En 1916, después del interés despertado en él por la lectura de *La Fête arabe,* el mariscal Lyautey invita a Marruecos a los hermanos Tharaud y los une a él. ¿A título de qué? Los adscribe a su puesto de mando como escritores. "Ustedes actuarán a su conveniencia", les dice. Lo que significa: en lugar de sacrificar a ustedes, les daré lo mejor de ustedes mismos.

He ahí el estilo de esta alma ejemplar que supo comprender demasiado bien la diferencia que existe entre respetar a una raza y reducirla a la esclavitud, entre la colonización y el colonialismo.

Queda aún la escuela de Barrès. Me intriga. ¿Qué pueden aprender en el prudente, en el voluptuoso Barrès, que cuida su línea, que busca y encuentra excusas a sus placeres? ¿Qué pueden aprender en el magnífico *dilettante,* que no abandona su ventana para no dejar de ver las *corridas* (1) del mundo, un nómada, un Don Quijote, siempre dispuesto a volar a la menor llamada de socorro? Y ¿no es extraño ver al defensor del pueblo judío convertirse en secretario particular del polemista de *Leurs figures?* En la defensa de este pueblo, dos movimientos conducían a Jérôme. Primero, su alma, que sangra de la herida del siglo. Después, porque el suicidio de uno de sus jóvenes alumnos judíos personaliza esta enorme herida, la limita, da un rostro a la miseria de una raza, excita al reflejo defensivo a un hombre que presentaría de buena gana la otra mejilla y que soporta los insultos con tal que ellos no atañan más que a él. Esta facultad de conmoverse por medio del sufrimiento ajeno, este desprecio de los suyos, que oculta con pudor, asombra mucho a Barrès. A él no se le ocurría que los escritores viajasen por el solo interés del viaje, sin ligarlo a los suyos propios. Y si Barrès puso su emoción sobre la Acrópolis, en el preámbulo dramático de una jovencita aplastada, el suicidio de un joven judío dará lugar a que Jérôme sienta con mayor sensibilidad el insulto lanzado contra los innumerables hermanos de la víctima. No se aprovechará de ello, ni se prodigará sino más adelante.

He tenido la suerte de conocer bien a Péguy, al mariscal Lyautey y a Barrès.

---

(1) En español en el texto.

Mas en lo que se refiere a Jérôme Tharaud, nuestro único contacto fué breve. Yo acababa de publicar las *Visites à Maurice Barrès*. Este, olvidando las que él había hecho a Ernesto Renán, había tomado muy a mal la cosa. Fué Jérôme quien le reprendió severamente. "Es justo—le dice—que los jóvenes se afilen los dientes y que los hombres célebres les sirvan de pantuflos." Barrès se rió. Jérôme me informó de la escena, y Barrès me escribió en seguida: "Si existen nuevas piezas de mi proceso, mándemelas; las leeremos juntos."

Gracias, pues, a la bondad aprendida en la primera escuela, a la elegancia obtenida en la segunda, el alumno, poniendo en juego las suyas propias, calma al maestro de la tercera. Y era preciso que yo fuese muy joven e insoportable, para atreverme a jugar al mago de los *Déracinés* y de *La Colline*, como él había jugado en tiempos pasados al de los *Origines du Christianisme.*

Pero miro mi reloj. Sé muy bien, señores, que el tiempo es un fenómeno de perspectiva, pero ello no me obliga menos a obedecerle según la premura que él nos impone. De verdad, soy muy dichoso de que esta premura me dispense de la obligación de juzgar una obra. Siendo de la raza de los acusados, me es imposible pretender alcanzar la de los jueces; sobre todo, la de esos jueces a quienes un célebre inmoralista amigo mío, canonizado por Jean Paùl Sartre, censura por inclinarse amorosamente hacia el acusado.

Por lo demás, nada mancha a una obra blanca como la nieve. Denuncia a un justo que no necesita abogado. El alma de Jérôme Tharaud se asemeja a Friné. Se muestra completamente desnuda y se mete en el bolsillo al Areópago.

De *Dingley* al *Petit Navire* se extiende una música, parecida a la gran llanura árabe cortada por las trompetas y los tambores de la Legión. En resumidas cuentas, Jérôme trata de huir, por el agua, de una tierra demasiado ávida de la sangre de los hombres.

Y helo sobre un vaporcito de Bretaña, que me trae a la memoria de nuevo la fotografía de la que he hablado a ustedes hace unos instantes. Y ¿no es su bicornio, puesto del revés, el barquito de papel que la infancia deja a la deriva al borde de las aceras?

En este juguete del cuento de Andersen, señores, en esta mariposa de mayo rimbaldiano que se aleja, es como vimos frecuentemente al vagabundo Charlot alejarse y empequeñecerse hasta convertirse en la palabra FIN de una de sus películas; en este pequeño navío hecho de una hoja blanca en donde fueron escritas tantas

cosas nobles, es donde yo debería acabar mi discurso. Pero eso sería conocer mal a un mediterráneo, aunque haya nacido entre el Sena y el Oise. "*Allez, au revoir.*" ¡Célebre frasecita veinte veces repetida! ¿No es ésta la frase tipo para nosotros, vagabundos del Sur, cuyo interminable adiós tanto divierte a los nórdicos? Este "*allez, au revoir*" es como el preludio de varias salidas falsas, comparables a las triquiñuelas con que se adornan los regateos en todo comercio oriental. Una oferta en que no se practicara esa especie de minué del "Yo te lo compro, yo te lo niego", una venta segura, no presentaría ningún encanto. Y yo he visto en Egipto a comerciantes, con los que pretendía terminar cuanto antes, arrojarme literalmente su mercancía a la cabeza.

Romper a lo occidental representa para el mediterráneo un perfecto desconocimiento de los usos.

"*Allez, au revoir*", y se retrocede, y se alarga el hilo que relía al que parte y al que queda. Todos los pretextos servirán para retrasar el instante fatal en que el ascensor baja, en que la guillotina cae. "En el hotel—decía George Sand—sucede que, después de haber dejado a sus amigos, hay quien no se consuela ante el espectáculo de ver sus zapatos delante de la puerta."

Y bien, señores, ¿no es lógico que yo busque la forma de retrasar el final de una aventura sorprendente que ustedes me han permitido vivir? ¿No se acuerdan ustedes de lo sabias que eran nuestras familias cuando, para evitar los empujones de las mañanas de los domingos, nos arrancaban del palco de Châtelet antes de la apoteosis final? Aún me parece verme con el cuello vuelto hacia las candilejas y el brazo metido en una de las mangas del abrigo.

Los días siguientes a los festivos son terribles, y si he bebido alguna droga magnífica, si alguna delicia exalta esta miserable sed de halagos que cada uno de nosotros conserva en un viejo rinconcito de su persona, ¿no es normal que yo retrase el minuto en que monsieur Jourdain, Sancho Panza y el pobre dormilón de *Las mil y una noches* se convierten de nuevo en lo que jamás han dejado de ser?

No vayan a creer, señores, que cuando ustedes me conceden el más alto honor a que puede aspirar un escritor, voy a considerarlos capaces de imitar las intrigas de Covielle, del duque y de la duquesa o de Haroum-Al-Rachid. Pero, ¡ay!, recelo el afán de poner, a veces, en movimiento este archipampanismo que halaga la vanidad de los hombres, y de divertirse un poco a expensas suyas.

* * *

Pues bien, señores: no quisiera considerarlos como traidores. Me quedan dos añadidos que coser al extremo final de este discurso.

Uno, que haré en forma de ruego.

Otro, en forma de excusas.

Primera salida falsa: se aproximan los tiempos en que ya no se sabrá leer ni escribir, en los que algunos mandarines se susurrarán los secretos al oído. Expreso el ruego de que la Academia francesa proteja entonces a las personas sospechosas de individualismo. Yo soñaría con que nuestras puertas se abrieran ante el singular que el plural persigue. ¡El Instituto puede un día convertirse, a ejemplo de las iglesias medievales, en lugar de asilo donde encuentre refugio el culpable del crimen de inocencia!

Prometo, señores, no olvidar jamás mi labor, a saber: ayudarles con todas mis fuerzas para que el sistema "que gana pierde" no nos ciegue frente al del "que pierda gana". ¡De qué esplendor aditivo se estrellaría nuestra Academia al anexionarse estos astros oscuros cuya luz no se manifiesta más que a la larga.

Ustedes conocen al ex abrupto de Paul Valéry después de su elección. "Necesito ahora lograr que entre la canalla." Por canalla entendía la posteridad de François Villon. Estoy seguro, señores, de que les pesa no poder reparar la falta de haber rechazado a Balzac. Y ¿cómo repararemos esta falta sin vivir atentos a la raza de los sublimes y malos sujetos que hacen de Francia el asombro del mundo y que murieron de soledad y de hambre, unos en el hospital y otros suicidándose?

Los cojos. Los artistas dignos de batirse con un ángel. Ellos salen de la lid cojos como Jacob; es decir, con una forma de andar especial, conmovedora, sagrada y fácil de reconocer entre todas.

¿No es Francia el eterno terreno de lucha entre el buen sentido y el ángel de lo incomprensible?

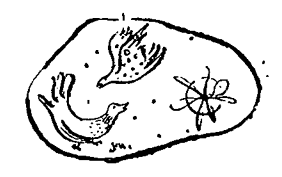
¡Ojalá que el buen sentido francés pueda salir un día cojo, divinamente cojo, de esta prueba! "*Allez, au revoir*"...

Segunda salida falsa:

Señores: Me faltan aún algunas excusas que presentar. Aparte de las visitas, que vuestro código desaconsejaría muy pronto, pero hacia las cuales me empujaba mi gusto por el ceremonial, yo me esperaba la altivez y el ser tratado de forma eminente. Tal vez mi temor procedía de las novatadas con que, en otros tiempos, era costumbre empañar estos discursos de recepción. Por el contrario, a cada una de mis visitas una gentileza, una cortesía, una perfecta sencillez, hicieron que me preguntara si esto no estaba bajo de tono

y carente de sentido. Acostumbrado a la grosería de los jóvenes, me preguntaba si la ola de autocrítica y de complejo de inferioridad de nuestra época escolar e inculta no habría rodado hasta este cenáculo para hacerlo repugnante. Me equivocaba. La altivez hubiera sido un fracaso de vuestros preceptos, mientras que la buena gracia era un renacimiento del estilo inicial. La prueba de ello la encontré en el discurso académico de Voltaire. Este nos enseña que los orígenes de vuestra Compañía no fueron de orden intelectual, sino de orden amistoso. Un círculo de amigos: he ahí cómo empiezan las cosas. Y si yo me incrusto en él es porque quería saludar una tradición que amenaza perderse, y que coloco por encima de todas; una tradición que ilustra la vida de Jérôme Tharaud y en la que vuestra actitud, respecto a mí, me demuestra que se encuentra intacta: la de la afabilidad.

No teman, señores, una tercera salida falsa. Me resigno. Imposible estirar, fuera de lo conveniente, la oportunidad excepcional que se me ha ofrecido en este día. Como en esas sinfonías que no acaban de terminarse, es preciso lanzar el último acorde. En contra de mi corazón, lo confieso.



# DISCURSO DE ANDRÉ MAUROIS

*(Contestación a Jean Cocteau.)*

Con frecuencia, usted ha buscado en el circo una escuela de trabajo, de fuerza discreta y de valor. Los acróbatas son los artistas más serios, porque ni el trapecio ni el alambre mienten. Al ver a usted actuar bajo esta cúpula, en lo más alto de una pila de sillas, hemos sentido algunas veces vértigo. Pero sus brillantes y peligrosos ejercicios han terminado, como es justo, con una sonrisa y un saludo. "El tacto de la audacia—ha escrito usted—es saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos." Habiendo ido hoy bastante lejos para permanecer fiel a usted mismo, ha sabido quedarse en la parte de acá de lo que nos hubiera asombrado. Su discurso se inscribe, sin deformarla, en la curva de su vida. Aun convertido ya en académico, no se ha transformado en un académico.

Señor, nuestra Compañía lo eligió desde su primera candidatura. Esta pronta acogida, bastante rara en esta Casa, ha sorprendido a algunos augures. No creían en el éxito de usted. Ni usted tampoco lo creía. Usted pensaba que todo verdadero poeta es un niño y que existe temeridad por su parte al intentar sentarse entre las personas mayores. Pero las personas mayores aman a los niños y a los poetas. Usted ha hecho que sus visitas resultaran otras tantas obras de arte. Su conversación, paradójica a fuerza de sentido común, le ha conquistado más de un sufragio rebelde. Hubiera podido transformarse en monólogo sin que sus interlocutores se lamentasen. Ha tenido usted la coquetería, además, de mantener el intercambio, y hubiera podido decir, como aquel rey de Inglaterra a uno de sus cortesanos: "Procure, pues, contradecirme de cuando en cuando, a fin de que seamos dos."

Usted es, señor Cocteau, buen público, y ha recibido en estos encuentros, según parece, tanto placer como ha proporcionado. En ellos, usted nos ha hablado con el entusiasmo de Sócrates, al describir a sus jueces en la *Apología*, de la dicha que iba a experimentar al conversar en los Campos Elíseos con Hesíodo, Homero, Pa-

lámedes y Ayax, hijo de Telamón. Esta constancia, que a pesar de la victoria sobrevive en usted, nos emociona, no es corriente. "La Academia francesa—escribió Voltaire—es el tema secreto de las plegarias de los literatos, es una amante para la que se componen canciones y epigramas hasta que se han obtenido sus favores, y a la que abandonan o desatienden desde el momento en que la han conquistado." Usted acaba de probarnos que la posesión no ha disminuído el ardor de sus sentimientos.

Esperamos que usted no se desalentará. Esta Casa, tan vieja, tiene sus debilidades. Usted ha evocado algunos de sus pasados errores. Los lamentamos como usted; pero ¿cómo no los iba a cometer? "¿Una compañía literaria infalible?—decía Renán—. Casi la tendríamos miedo. Los académicos no tienen la pretensión de poseer la regla de una justicia absoluta." ¿Quién la posee? Y ¿qué crítico, por muy fino que sea su gusto, no se equivoca, a veces, al juzgar a sus contemporáneos? Las afinidades naturales, las simpatías y las antipatías desvían siempre los elogios. Son muchos los que no se cansan de citar a algunos grandes hombres que faltan en la Academia francesa; pero se olvidan de añadir que sus felices osadías fueron más numerosas que sus timideces. La Academia ha recibido a Lamartine y a Víctor Hugo, en plena juventud; ha honrado a Valéry cuando el público lo ignoraba; ha rodeado a Bergson de admiración y respeto; hubiese acogido a Proust si éste no hubiese muerto prematuramente. Entre los hombres de talento no hay, hoy en día, ninguno que se aparte de ella; no existe tampoco ninguno al que la Academia desee descartar. Se afana, no sin dolor, en desbrozar para ellos el camino del Quai Conti. La pronta acogida que ella dispensó a usted, prueba que no teme a los malos alumnos cuando son buenos escritores.

Al acogerle entre nosotros nos sentimos guiados por razones más fuertes que el encanto de su obra y el resplandor de su inteligencia. Usted es, señor, un prodigioso animador, y ha modelado, con formas artísticas muy diversas, a su época. El poeta Coleridge decía: "Yo no creo en los fantasmas; he visto demasiados." Usted tendría que decir: "Yo no sigo las modas; he hecho demasiadas." No se cuentan ya los escritores, pintores, músicos, cineastas, actores, que deben a usted su renombre y que lo merecían. Sus elegidos de ayer son hoy, en el mundo entero, los clásicos de todos. "Vuestro gallo, con su pico infalible, ha picoteado, antes que las perlas falsas o las sobras, el verdadero trigo" (1). Al alejarse la moda con

---

(1) Claude Roy.

una velocidad mayor que la del tiempo, usted ha conservado, gracias a ese movimiento, el contacto con la tradición. Le place a usted que ésta asegure la continuidad de un pueblo, de un idioma, de una institución.

Por eso, usted nos pertenece ya. Antes de tomar parte en nuestros actos, usted poseía el gusto de nuestras ceremonias. Usted escuchaba con delicia el redoble del tambor que anunció, hace un momento, su peligrosa voltereta. Usted se había dado cuenta de que un juicio, instintivo y colectivo, había diseñado esta cúpula, estos uniformes, estas espadas. De la misma forma que el narrador de Proust veía resurgir las imágenes vivas de su infancia desde el momento que pudo engarzarlas a las sensaciones presentes: pequeñas magdalenas, suelos desiguales, cartera raída, así también las naciones, por el brillo resucitado de las más antiguas ceremonias: guardias, cortejos, baterías, encuentran, en su edad madura, su perdido pasado. La coronación de Westminster, la peluca de los jueces, las universidades medievales, forman parte de las fuerzas de Inglaterra. Esta cúpula, estas estatuas, este orden de majestad, son útiles al prestigio de una asamblea tres veces secular. Un hombre es tanto más libre de espíritu cuanto más regulados están sus gustos por un ritual, y la elección de sus palabras por una sintaxis rigurosa. Nadie sabe, señor Cocteau, esto mejor que usted, y su valiente repulsa del conformismo anticoformista era un mérito para nuestros sufragios.

En fin, y sobre todo, nosotros le hemos elegido porque amamos su talento. Para demasiada gente, el estilo es una forma complicada de decir cosas sencillas. Para usted, es una forma muy sencilla de decir cosas complicadas. Es cierto que en Francia existen dos grandes líneas de estilistas. Albert Thibaudet las llamaba *la del vizconde* y *la del teniente.* La primera, procedente de los retores romanos a través de Bossuet y Massillon, floreció en Rousseau para extenderse a Chateaubriand y a Barrès; la segunda, cuyos lejanos orígenes son griegos, tuvo su período ingenuo con Amyot y Montaigne; su período incisivo, con Voltaire; nosotros le debemos al teniente Henry Beyle y la prosa de Valéry.

Aunque usted prefiera a Rousseau y apenas le guste Voltaire, usted, señor, pertenece por su estilo a la segunda corriente. No es el azar quien le ha hecho que remozara tan bien los mitos helénicos. Lo trágico de las pasiones, aliado a la sencillez de la expresión, es el secreto del arte griego; ése también es el suyo. Usted no teme ni a la luz fuerte ni a la precisión implacable. Como los

filósofos de Grecia, tiene el gusto de las fórmulas breves y cargadas de misterio. Como ellos, limpia la frase de todo adorno; la prefiere enjuta y musculosa. En suma, usted es de la línea del teniente. No dudo, sin embargo, que el artista que vive en usted limita a veces el placer del gran oleaje a las frases ondulantes, a los cobres sonoros y a los violonchelos que hacen cantar la descendencia del vizconde. Era a ésa a la que pertenecía su predecesor.

Señor Cocteau, nosotros hemos querido mucho a Jérôme y a Jean Tharaud. Por tanto, no puedo separar en el elogio a los que tan estrechamente unidos marcharon por la vida. Usted nos ha confesado su temor, cuando el azar de una elección le hizo sucesor de Jérôme, de hallarse muy alejado de él. Esta ansiedad nacía de una causa muy sencilla: es que usted no conocía apenas su obra. Usted nos ha dicho, y ello es cierto, que se habla más justamente de un escritor *sintiéndolo* que leyéndolo. Yo no estoy muy seguro de eso. Los escritores tienen la debilidad de gustarles que los lean. A veces, el propio Jérôme nos contaba que, teniendo que recibir Maurice Barrès, de quien entonces era secretario, bajo esta cúpula, a Jean Richepin, le propuso que fuera a buscar en la buhardilla, donde se acumulaban las obras sin abrir, *Miarka, la fille à l'ourse.* "¡Ah!—dijo Barrès—. ¿Qué hacemos con ella?" "Déjela en su carromato." Usted ha dejado a Dingley en su granja sudafricana y a los burgueses del Islam en sus tiendas de Fez. Los hermanos Tharaud se lo habrán perdonado, porque eran la bondad misma; sin embargo, ellos tenían de común con usted mucho más de lo que usted se cree.

Jérôme, como usted, fué un amigo perfecto. Del aula de Santa Bárbara a la Escuela Normal, de los *Cahiers de la Quinzaine* al Estado Mayor de Lyautey, tiernos lazos jalonan su vida. Todos sus compañeros admiraban la encantadora sencillez de sus maneras y esa risa bondadosa e ingenua que brotaba, irresistible, hasta en nuestra sala de sesiones. Jamás ningún escritor fué más generoso, menos envidioso que los Tharaud. He aquí que, a pesar mío, vuelvo a hablar de ellos en plural. Por un fenómeno extraño y raro, no formaban más que un solo ser con dos voces y dos rostros.

Recuerdo haber preguntado un día a uno de ellos si había leído cierto libro. "Yo no lo he leído—me respondió—. Nosotros lo hemos leído." Este *nosotros* era para ellos un personaje distinto y real. Podría haberse dicho que tenían necesidad de completarse el uno con el otro. "Sus frases no se respondían: se juntaban, se

sobreponían y formaban un todo coherente. Se comprendía, al escucharlas, que este doble escritor era más sensible que lo hubiera sido cada una de sus mitades."

Estos dos hermanos siameses no se parecían. Jérôme, más rechoncho, la tez más roja, el cráneo rapado, tenía una voz potente, que, en los momentos de apasionamiento, detonaba. Jean, más alto, más tranquilo, hablaba con una voz más cálida. Se interesaba por las casas, por los objetos, por las cosas amadas que se poseen. Jérôme, espíritu desprendido de toda materia, Ariel de rostro un poco achatado, había conservado del aula rosa y de las conversaciones con Péguy el gusto por las ideas puras y por las síntesis extensas. "Nómada, aventurero, estaba siempre dispuesto, ante una noticia de periódico, a coger el barco, el tren, el avión, sin llevarse ningún equipaje, para ir a ver, en el lugar preciso, lo que sucedía" (2). No podía hartarse del espectáculo de un universo tan grande y vario. Su curiosidad, su inteligencia y casi su infantilismo, recuerdan los de Kim, el personaje de Rudyard Kipling. Enemigo de la introspección, aficionado a los cuadros y a los seres nuevos, hubiese dicho de buena gana: "El único y verdadero mundo interior es el verdadero mundo exterior." Y, sin embargo...

Y, sin embargo, sentimientos fuertes y constantes calentaban su mundo interior. De la calidad de sus afectos podrían hablar bien Daniel Halévy, Jean-Louis Vaudoyer, Emile Henriot, Simone Porché. El más querido testigo de su vida ha descrito sus viajes errantes y sus regresos a la casa de Versalles, en donde le esperaban su esposa y su hermano. "En él—decía aquélla—la menor chispa encendía una llama, un fuego, que no podía apagarse más que con el viento de la huída. ¿Apagarse? No, aplacarse sólo por una temporada. El regreso de Jérôme me ha producido siempre el efecto de un suspiro de alegría. Su forma de sentarse parecía decir: ¡Al fin! Miraba a su alrededor, tendía una mano a uno; la otra, al otro. Nosotros éramos los sólidos anillos que aún se ven en las casas antiguas, adosados a los muros para atar los caballos. Estos sólidos anillos estaban allí. Soltaba nuestras manos, se frotaba las suyas, una contra otra, como para mezclar sus deliciosos calores." En su afectuosa y cálida alegría, ¿Jérôme no le ha hecho pensar a usted, señor, en los héroes de algunos de sus dramas, quienes al regresar pálidos de la muerte reencontrada, de algún mundo misterioso, encuentran de nuevo, con inefable afán, a su esposa, sus libros, su habitación familiar?

---

(2) Emile Henriot.

Otro rasgo común entre los Tharaud y usted: su infancia los había modelado para siempre. La habían pasado en una provincia secreta: el Limosín. Con frecuencia han evocado en sus novelas este país húmedo y repleto de arbolado. Los castaños cubren las pendientes de las colinas, en la cima de las cuales pequeñas casas solariegas, de puntiagudas torretas, albergan halcones ocupados de la caza, de la recolección y de las sombrías querellas de familia. De esta infancia rústica, los dos hermanos habían conservado el gusto por el espacio libre, abierto. Detestaban la vida mundana y las pasiones que ésta engendra. Lo que les interesaba era el hombre en acción, el trabajo. Al igual que usted, no pedían al viaje un documento, sino una música, como decía Barrès. Más allá de las apariencias, intentaban alcanzar una realidad poética, que es la única realidad.

Como usted, pensaban que el artista no confunde la vida de las formas con las formas de la vida. Sin duda, la vida es necesaria al arte, porque le provee de una arcilla que modelar. Pero es el escultor, el pintor, quien, del caos de los seres y de las cosas, obtiene un mundo inteligible. Jérôme, en Jerusalén, en la mezquita de pedrerías, de dulces destellos rojos y azules, o ante el muro de las Lamentaciones, en donde el roce secular de frentes, labios y manos ha dejado su pátina, hace esfuerzos para comprender y para amar. Mezcla, con las imágenes percibidas, los recuerdos de su inmensa cultura y su presente emoción. No es un turista, recuérdelo usted, sino un poeta. Cuando medita, al lado del muro de miseria, sobre dos mil años de fe y de esperanza, es a Péguy a quien se dirige con todo su corazón: "Péguy—decía—ha dejado en cada uno de nosotros el reflejo de oro de su imaginación, y en lo que unos y otros hemos podido hacer de bueno, hay una parcela, frecuentemente desconocida de nosotros mismos, que recuerda a Péguy. Todos nosotros, cuantos hemos dado vueltas con él por el patio rosa, poseemos fragmentos de su ensueño."

De este ensueño, de esta noble amistad, no han desertado jamás los Tharaud. Toda su vida han buscado la forma de agrandarla. Han pasado de Péguy a Barrès, a Lyautey, del patio rosa de la Santa Bárbara a la casa blanca de Neuilly y al jardín azul de los Oudaïas. Tocado con boína, un bastón de madera de cerezo en la mano, Jérôme ha ido con frecuencia en peregrinación a casa de sus vecinos de Bretaña: Lamennais, Chateaubriand. No era indigno ni de su estilo ni de su pensamiento. Jérôme y Jean han sido trabajadores infatigables, que pulían y repulían sus obras sólo

por amor hacia las cosas bien hechas, puesto que, aún después de recibir el premio Goncourt y del éxito adquirido, volvieron a escribir *Dingley* unas tres veces, como por un ejercicio de honor.

Cincuenta años han arrastrado, codo con codo, bajo el yugo del estilo, su arado. Luego murió uno de ellos, y hemos visto a Jérôme herido, desesperado. No sobrevivió mucho tiempo a su hermano. "Apenas han tardado en reunirse el tiempo que tardaban en colocarse, vivos, al regreso de un viaje, alrededor de su mesa de trabajo... Fué precisa la muerte para dividirlos, y ha sido ella también quien los ha reunido (3). Tenemos la esperanza de que, si los dioses son justos, los dos hermanos trabajarán juntos, por toda la eternidad, en un bosque de olivos sagrados, en algún libro invisible, sobre una mesa invisible.

En cuanto a nosotros, que fuimos sus camaradas y sus amigos, creemos ver aún posados sobre esta asamblea sus ojos de niños cándidos y graciosos; nos parece oír el dúo de estas voces fraternas y complementarias. Durante mucho tiempo, sus espectros unidos frecuentarán esta Casa que tanto amaron, como en el cielo dos estrellas gemelas evocan una fraterna amistad al soñador tendido en la oscuridad, y, en lo que nosotros, unos y otros, hayamos hecho de bueno, frase pulida con amor, página rehecha por escrúpulo de conciencia, amistad salvada por un acto generoso, habrá siempre una parcela, desconocida de nosotros mismos, que pertenecerá a los Tharaud.

* * *

Y llego a la parte más difícil de mi recorrido. Se trata de encontrar, de seguir y de recoger, a lo largo de toda su obra, el hilo rojo que une tantas formas diversas de su talento. Usted es, señor, un hombre muy célebre y casi desconocido. Usted lo sabe, usted sufre por ello y dice, de usted mismo: "Oculto, yo vivo oculto bajo un manto de fábulas." Una inoportuna leyenda le envuelve, le enmascara y le aflige. Esa leyenda hizo de usted, ante todo, un príncipe frívolo, iluminado por los vivos colores de los proyectores de Diaghilev; después, un mago, cuya prodigiosa facilidad hizo nacer, de un golpe de varilla mágica, poemas, novelas, dramas, *films, ballets,* dibujos, frescos y pasteles. El verdadero Jean Cocteau, grave y laborioso, detesta esta personalidad, odia a este personaje. Usted lo evita como la peste; usted no quisiera ni estrechar-

(3) Emile Henriot.

le la mano. Por huir de él vive usted lejos de París. No hay sitio en la misma ciudad para ustedes dos.

Conviene confesar que este doble fabuloso tiene apenas rasgos comunes con usted. El daño que todo esto le produjo a usted es completamente absurdo. Eso le sucede porque usted tiene múltiples dones para cambiar de vehículo, pero claro es que sólo para poder transportar las mismas verdades. Una botella puede contener tan pronto licores blancos como rojos, ya verdes, ora negros; ello no cambia para nada su forma. Usted ha pedido a todas las Musas permiso para contarles sus penas y sus trabajos. Pero usted no ha abandonado a ninguna de sus hermanas hasta después de haber conseguido de ellas todo lo que podían enseñarle. "Si escribo, escribo—dice usted—; si dibujo, dibujo; si me inclino hacia la pantalla, abandono el teatro; si abordo el teatro, dejo a un lado el *film*, y el violín de Ingres siempre me ha parecido el mejor de los violines."

Poema o novela, *film* o drama, a través de todo lo que usted ha hecho corre fielmente ese hilo rojo que es su marca de fábrica. En sus infinitas combinaciones, permanecen invariables los ingredientes de su alquimia de usted; ángel, rosa, gallo, estatua, teatro, caballos, mármol, hielo, nieve, tiro, bala y cáscara de huevos danzando sobre el chorro de agua. En el tapiz abigarrado que es una obra, Henry James se complacía en buscar la figura misteriosa que se oculta bajo las redecillas de los arabescos. En todo gran autor existe esta figura. Bajo el desorden aparente de los colores, de los motivos y de los tornasoles, se adivina un rostro inmutable y secreto. Usted ha escrito siempre la misma comedia, ha compuesto siempre el mismo libro, ha expresado siempre los mismos sentimientos. ¿Cuáles son y quién es usted, señor?

Ante todo, usted es poeta y con razón da a esta palabra un sentimiento infinitamente más extenso que el de "autor de obras en verso". Usted dice: poesía de novela, poesía de crítica, poesía de teatro. Para usted, un poeta es, como para Paul Valéry, un creador de mitos que, por sus encantos, aclara más allá de toda apariencia el misterio de la belleza del mundo. Por los ritmos, por la elección de palabras, por la claridad con que presenta los detalles ante él invisibles, por la alianza íntima de la más concreta realidad con lo suprarreal, el poeta vuelve a crear el universo. Cuando este poeta lo es, como usted, de pies a cabeza, de todo corazón, vuelve a crear también su propia vida. Su casa de Milly, ordenada, o más bien, desordenada, por un gusto infalible, llena

de objetos escogidos donde sobreviven, como la ninfa de Combray prisionera en el árbol, amistades o recuerdos, además de casa, es un poema. Usted ha puesto en su existencia tanto estilo como en sus escritos.

Pero el mundo real acepta mal las formas que le impone la poesía. Monstruos, vulgares y poderosos, buscan la manera de degradar toda pureza. Su jauría, cubierta con cascos, se lanza a la caza del poeta. Por eso en usted existe un sentido agudo de la soledad en que se debate el individuo, de la imposibilidad de encontrar enteramente lo que se ama; en suma, de lo que usted llama *la dificultad de ser*. Los que juzgan con arrebato los cohetes de su espíritu imaginan mal las negras varillas, que sobreviven sólo a los encantamientos cuando la noche envuelve a la explanada donde se realizan los fuegos artificiales. La vida del poeta parece una danza; pero es, como la del acróbata, una danza en el vacío. Un error se paga con un accidente mortal. Usted no concibe, como Baudelaire, un tipo de belleza en que no exista alguna parte de dolor. De la idea, muy gustada de nuestros románticos, que el poeta escribió con su sangre, usted ha hecho una película memorable. Usted ha escrito estos dos versos tan hermosos:

*La tinta de que yo me sirvo es la sangre azul de un cisne*
*que muere, cuando es preciso, para estar más vivo.*

Muy pronto, en vuestra vida, el hilo rojo ha cercado la figura de la Muerte. Usted la ve como una joven muy bella, vestida con bata de enfermera y guantes de goma, que habla de prisa, con voz seca y distraída. Motociclistas vestidos de negro, sus ayudantes, escoltan su largo carruaje. La Muerte es más horrorosa, en su rigor administrativo y esterilizado, que los esqueletos de las danzas macabras. Y porque esta fúnebre operadora arrancó a usted, cuando era muy joven, seres que usted quería, muchos de sus poemas superponen, en contrapunto, las líneas melódicas del Amor y de la Muerte. Usted no tenía aún treinta años cuando ya había escrito:

*Veo a la muerte descender, en esta bella edad*
*en que me encuentro, ¡ay!, en mitad del viaje;*
*la juventud me arrebata y está en mi cuerpo.*
*Se lleva riendo mi corona de rosas;*
*Muerte, a la inversa de nosotros los vivos, compones*
*la trama de nuestro tejido.*

Contra la muerte y el dolor no ha encontrado usted ninguna defensa eficaz. No sólo ha sido usted fatalista, sino que cree en

una conspiración, contra el hombre, de las potencias nefastas. El drama de Edipo ha tocado en su corazón. De ahí que con una terrible seriedad usted lance, como prólogo, la dura advertencia: "Observa, espectador, remontada en bloque, de tal suerte que el resorte se desarrolla con lentitud a lo largo de toda una vida humana, una de las máquinas más perfectas construídas por los dioses infernales para el aniquilamiento de un mortal." Tantas alabanzas, tantos afectos y, desde hace hace algunos meses, tantos honores no le han librado a usted jamás de la obsesión de la máquina infernal.

Sin embargo, es necesario seguir viviendo. Usted tiene para esto sus recetas. La primera es la invisibilidad. Su personaje protege a su persona. Los que creen herirle, hieren a un extraño. Cuando clavan agujas en la estatua de cera que han modelado para representarlo, no le producen ningún daño porque ella no se parece a usted. Usted cree que toda obra maestra está hecha de confesiones secretas y de extrañas adivinanzas. Usted guarda sus secretos, porque los que no se guardan dejan de ser secretos. El adversario, cuando tira a usted, falla el tiro, porque usted no está allí donde él creía verlo.

Su segunda línea de defensa es el divertimiento, en el sentido pascaliano de la palabra. Algunas frases de usted evocan las ilustres *Pensées*. Usted escribe: "Si debo durar cien años, son algunos minutos. Pero poca gente quiere admitirlo, y quieren que juguemos a las cartas y ocupemos un expreso que rueda hacia la muerte." Sólo que usted no saca de ahí las mismas consecuencias que Pascal. Usted mismo, en ese rápido que desgarra a la noche, juega a las cartas. Porque yo sé que usted viaja, amuebla casas, preside festivales y corridas, organiza exposiciones, goza de una comida de amigos, interpone cientos de imágenes entre usted y el abismo que se abre a sus pies. "¿Qué hacer—pregunta usted—, contra este temor al vacío? Me agota. Es preciso olvidarlo. Me esfuerzo en ello. Voy hasta el extremo de leer libros infantiles. Evito los contactos que me producirían la sensación de la huída de las horas." Pero la diversión, el recreo, no ofrece, bien lo sabe usted, más que un escudo frágil y endeble.

En realidad, el único blindaje sólido contra el bombardeo de las partículas nocivas en que se desintegra un pensamiento es para usted el trabajo. Usted duda de la vida, y de los dioses, y de todos, pero usted tiene una certeza, que es la de su vocación de poeta. Señor, desde la adolescencia usted ha luchado denodadamente con

las palabras. El servicio de las musas no es lo que creen los profanos. Estas jóvenes diosas inspiran el deseo de escribir; pero no guían la mano del escritor.

*Ellas conducen hasta el fin a aquel que las ayuda*
*y se pone a su lado;*
*aunque tenga miedo, aunque encuentre fea*
*su terrible belleza.*

*Por tanto, yo, que tan bien secundé su fuerza bruta,*
*trabajé tanto y tanto,*
*que, si debo morir en el próximo minuto,*
*puedo morir contento.*

Paul Valéry, cuando tuvo que llenar en un cuestionario de empadronamiento la casilla "profesión", escribió: "Artesano en su hogar." Señor, nosotros le rendimos este testimonio: usted ha sido un perfecto artesano de las letras. Usted se ha hecho cada vez más rápido, cada vez más económico de palabras y de imágenes. Usted ha buscado, como usted mismo dice, "dar en el blanco" y no errar el tiro. Usted se ha impuesto un rigor que se ha hecho, con el transcurso de los años, más exigente. La parte del ángel ha crecido.

Este ángel que reside en usted—"ángel de hielo, de menta, de nieve, de fuego, de étèr"—es un soldado de las Nueve Hermanas. Es una parte de usted, la mejor, la que a la hora de la creación toma posesión de todo su ser; un extraño, más usted que usted mismo, y contra quien su *Yo* consciente intenta en vano defender su paz; un mensajero, que comunica su mundo visible con los reinos sombríos del ensueño y de la muerte. No es sorprendente que el mito de Orfeo le haya inspirado a usted una de sus mejores películas. Usted es, a la vez, Orfeo y el ángel Heurtebise; una mitad de usted conduce a la otra a los Infiernos para salvar a la Eurídice de vuestra imaginación que se encuentra allí. Este ángel le ha hecho daño, lo tortura. "Yo quiero vivir—dice—, ¡qué importa si tú mueres!" Pero este atormentador es también el único consolador, y usted se hace "el guardián de su ángel de la guarda". Por la parte de abajo, usted se halla ligado, como todos los hombres, a sus zapatos de barro; el ángel lo coge y lo arranca "del lodo humano y tierno". Le ayuda a vencer sus dones. Formarse no es fácil; reformarse lo es aún menos. La victoria que la exactitud de usted ha obtenido sobre la facilidad fué la del valor y la del

trabajo, señor. Usted tiene derecho a ser feliz por ello. Nosotros tenemos derecho igualmente a sentirnos orgullosos por la misma causa.

* * *

Ahora quisiera trazar la curva de su vida. Usted ha tenido una suerte formidable: una infancia protegida. Su familia, perteneciente a la vieja burguesía parisiense, amaba las artes, pero con un eclecticismo que excluía todo juicio. Pintura, música, poesía le han acompañado en sus primeros pasos. Sus años felices aparecen bañados en la luz, roja y dorada, del manto de Arlequín. Usted observa cómo su madre se viste para las funciones de ópera, para la Comedia Francesa; usted espera embarcarse, cuando le llegue la vez, en el río de los terciopelos y conocer los grandes salones dorados y prohibidos.

Usted es, como Marcel Proust, como Jérôme Tharaud, de esos individuos cuya infancia los ha marcado para toda la vida. Es, a la vez, fuerza y debilidad. Fuerza, porque la sobrevivencia en ellos de la magia los defiende contra el endurecimiento de la edad; debilidad, porque, no pudiendo desprenderse de los paraísos perdidos, sufren más que los otros de las crueldades del mundo adulto y sueñan, hasta la vejez, con una habitación en donde, cálidamente acurrucados en el calor materno, podrán de nuevo reunir sus juguetes y sus amores.

Sus jardines edénicos, señor, habían sido parisienses: "Yo he nacido en París—dice—; hablo en parisiense, pronuncio en parisiense." Su rapidez de espíritu, su gusto, su seguridad, no en verdad de corazón, sino de formas y de lenguaje, se los debe usted a París. Usted es de los que han conocido el *Nouveau Cirque, Footit et Chocolat;* el Châtelet, *Philéas Fogg* y *Michel Strogoff;* las *matinées* clásicas del Teatro Francés y la intensidad poética de los "monstruos sagrados". Como Marcel Proust, usted ha hecho sus estudios en el liceo Condorcet. Allí, entre el pasaje del Louvre y la calle de Amsterdam, se ha encontrado con los *enfants terribles,* ese cáncer prodigioso y mítico: el alumno Dargelos y la terrible raza de diamante que raya la raza de los cristales. Sus poemas, sus novelas, sus películas se hallan obsesionados por las imágenes de caballeros con escudos de cartapacios, con una bola de nieve asesina y con un hilillo de sangre que brota de una nariz infantil.

Usted ha sentido, desde muy joven, el deseo de escribir: "La

poesía es una calamidad nativa." Como todo adolescente que posee una vocación, usted desea romper con los gustos, por otra parte inciertos, de cuantos lo rodean; pero usted tropieza con un gran obstáculo a causa de sus admiraciones. Su juventud, loca por el teatro, había sido dominada por estas dos grandes figuras: Sara Bernhardt y Max. Me acuerdo, tan bien como usted, de este trágico que, a pesar de su acento rumano y de sus exageraciones, alcanzaba con frecuencia la grandiosidad. Su perfil de mascarón de proa se prodigaba en todas las paredes de nuestras calles; sus disonancias cantan aún en nuestra memoria.

Un camarada del Condorcet condujo a usted a casa de Max. "Este gran corazón—dice usted—, entre otras faltas de gusto, comete la de admirar mis primeros poemas y propagarlo." Organizó, en el teatro Fémina, una sesión consagrada a sus versos, que presidió Laurent Tailhade. Querido Cocteau, usted no había corrido jamás mayor peligro; pero su familia estaba extasiada. Amaba las letras y no tenía la más ligera idea de lo que era un drama escrito. Con gentileza y valor, sus familiares le impulsaron a que publicara usted poemas que pronto iba a considerarlos dignos del mirlitón. Usted ha hablado con desesperación y severidad de esta adolescencia: "Como era natural, se me adulaba. No ofendía a nadie. Llegaba a seducir con ello a un público bastante numeroso y a ocultarme mis errores. No hay duda alguna de que esta pendiente me hubiese conducido en línea recta a la Academia."

¡Qué mal conocía usted entonces, señor, el camino de esta Casa, a pesar de haber nacido en París! Hoy, mejor instruído por la experiencia, confiese, se lo ruego, que una pendiente muy diferente, y más escarpada, es la que le ha conducido a ella. Pronto, sin embargo, se avergonzaría usted de sus poemas juveniles. Eran, respecto de toda su obra, como *Les plaisirs et les jours* es a la de Marcel Proust. Antes de encontrarse, un principiante pertenece a su época. Después, como esas moléculas que, de choque en choque, siguen trayectorias imprevisibles, el joven se ve lanzado, por los azares de las circunstancias, en direcciones inesperadas, de las que un nuevo maestro, un nuevo amigo, le apartarán mañana. Hacia 1910, los *ballets* rusos de Diaghilev salpicaban París de tonos puros y vivos. Inmediatamente le deslumbraron, despertaron su espíritu y se transformó en familiar del que los animaba. Diaghilev dió a usted la palabra clave que decidió su carrera y que iba a hacerle entrar en la historia literaria: *Asómbreme.*

¿Era un sabio consejo? Así lo creo. El asombro es un elemento

esencial de la emoción artística. Un tratamiento de choque ayuda a abrir las almas y los ojos. *Hernani*, en 1830, produjo un escándalo que en aquella época era necesario. Los pintores impresionistas, los expresionistas, los cubistas, los abstractos, chocaron, cada cual en su momento, con las generaciones de entonces. Mas los efectos de un choque, si no son mortales, se atenúan. "Lo que envejece más rápidamente en el mundo es la novedad", decía Valéry. Las admiraciones son breves. Un arte vanguardista se convierte muy pronto en una vulgaridad. El ojo y el oído se acostumbran. Los espíritus vuelven a su adormecimiento. Una escuela que intenta durar yendo siempre más allá en el mismo sentido parece parodiarse a sí misma. De ahí la necesidad, si se aspira a despertar constantemente el interés, de atacar los puntos más inesperados y de renovarse sin cesar.

Durante algunos años ésa fué su táctica y su juego, señor Cocteau. *Le Potomack* y *Le coq d'Arlequin* produjeron en los espíritus sacudidas necesarias. Usted hizo entonces estallar deliberadamente algunos escándalos, que sirvieron a todas las artes, al dejar sitio limpio y desocupado para reconstruirlas. La batalla de *Parade*, la de *Mariés de la Tour Eiffel*, abrieron en las filas, no de la tradición, sino de la vulgaridad, una brecha por la que iba a pasar toda una generación de poetas, pintores y músicos. Erik Satie, Braque, Picasso, Stravinsky fueron consejeros para usted; pero usted había ya hecho mucho para su bien merecida fama. Porque usted tenía el sentido de la magia poética; usted sabía que, al *denominar* un grupo, se le crea. Al de los *Seis*, que reunió los mejores entre los músicos jóvenes de su época, usted le proporcionó el nombre y, en parte, la existencia.

*Auric, Milhaud, Poulenc, Tailleferre, Honegger:*
*he puesto vuestro ramo en el agua del mismo vaso,*
*y os he enroscado amorosamente por la base*
*para que, libres, escojáis vuestro camino por el aire...*

Cada uno de estos talentos "ha rodeado de otras estrellas su constelación". Todos están de acuerdo en atribuirle a usted el honor de ser "el guarda nocturno del haz".

La estética de usted tomaba forma y su influencia crecía. En el extranjero, los mejores jueces se interesaban por vuestros experimentos. Acostumbrados desde hacía mucho tiempo a encontrar en Francia ideas nuevas, veían con entusiasmo triunfar vuestra joven temeridad. Los peligros que, entonces, corría usted eran la embriaguez del éxito, la adulación de los *snobs*, la búsqueda delibe-

rada de lo extraño y de la ruptura. "Es preciso quemarse vivo para renacer", había dicho usted, y eso estaba muy bien. Pero era necesario que la quema no se convirtiese en un ejercicio cotidiano. Un fénix demasiado frecuente está en peligro de no volver a nacer. Max Jacob, a quien tanto admiraba usted, escribía en aquella época: "Nunca se hará lo suficiente para sacar el nombre de Jean de estos círculos parisienses en donde con frecuencia se le comprende tan mal... Jean tiene la desgracia de ser un hombre espiritual. Unos, no se lo perdonan; otros, fingen no ver en él este encanto... Al mundo le es muy cómodo aprovecharse de este deslumbramiento para ocultar sus virtudes, su talento y sus dones. Por tanto, es preciso decir la verdad. Y la verdad es que Jean es un gran poeta."

Sí, usted era en aquellos tiempos un poeta considerable; pero llegaría el momento en que usted cambiaría para llegar a ser usted mismo. Ustedes, usted y sus amigos, habían tenido demasiado éxito. La victoria había sido tan completa, habían ustedes puesto tan a las claras los errores de monsieur Prudhomme (4), que éste ya no se atrevía a confesar sus repugnancias. Había llegado a decir con humildad: "Puesto que no lo comprendo, es que debe de ser hermoso." ¿Quién, entonces, se atrevía a reírse de lo que escandalizaba? Usted había vapuleado con tal energía a los padres nobles, que éstos confesaban cualquier cosa antes que exponerse a ser de nuevo zarandeados. "De eso resultaba una apatía deplorable y una especie de malestar, que se comunicaba por todas partes... El público, tan frecuentemente abofeteado, aplaudía sobre sus propias mejillas." Las balas de usted no atravesaban ya ningún muro. Los primeros disparos habían sido demasiado cortos; los demasiado largos pasaban ahora por encima del objetivo y caían en terreno baldío. Para usted, que le agradaba hacer blanco, importaba mucho corregir el tiro.

* * *

En esa actitud vióse usted auxiliado por un acontecimiento y por un amigo. El acontecimiento fué la guerra de 1914. Aunque considerado por los médicos como "no apto para el servicio militar", usted estaba decidido a hacer la guerra, peligrosamente, con un convoy de sanidad civil. Acoplado a un regimiento de fusileros de la marina, usted vivió en Dixmude, bajo un cielo constelado de

(4) Personaje simbólico francés, equivalente al Perogrullo español.

cohetes blancos y de astros; voló con Roland Garros. La guerra se hizo cómplice de su genio naciente. En la vida cotidiana, toda campaña trae consigo una parte de magia. Rompe ligaduras, anuda otras. Sus trincheras se hundieron en la tierra y en el agua. Los proyectiles "punteaban el fin de sus parábolas sedosas con una pasta negra de rayos muertos". Allí conoció usted el sufrimiento, y la Muerte formó parte de sus íntimos. Sobre la guerra ha escrito usted, después de un cierto y necesario tiempo de gestación, una de sus mejores novelas: *Thomas l'imposteur*, en un estilo duro, con una sequedad completamente stendhaliana.

El amigo fué Raymond Radiguet. Usted ha dicho lo que debía a este niño genial, que le condujo a desconfiar de lo nuevo si tenía aspecto de nuevo y a tomar lo contrario de las modas de la anteguerra. Con él, usted ha buscado modelo en los maestros, no para hacerse juicioso, sino por afán de profundizar. "No hay pensamientos más que en los pensadores", decía Alain. Un novelista, como un pintor, aprende su oficio copiando las obras maestras. La originalidad no se da a los que la cortejan: se da, en aumento, a los que trabajan sobre el objeto. "El héroe en el combate, el creador en el trabajo, el santo en éxtasis, no tratan de ser originales, sino más bien de reunir, en una especie de belleza superior, los temas más sencillos de la humanidad común" (5). El estilo, que es la garra de un temperamento sobre la materia, no faltará jamás a los que son dignos de él. Cuando Corneille copiaba a los españoles, seguía siendo Corneille. Cuando Picasso copió a Delacroix, continuó siendo Picasso. Radiguet no fué nunca más Radiguet que al imitar *La princesa de Clèves*, y si usted mismo, señor Cocteau, pensó en *La Chartreuse de Parme* al componer *Thomas l'imposteur*, sus lectores, aunque nombrasen a Stendhal, reconocerían a Jean Cocteau.

Con Radiguet, y gracias a él, tomó usted un viraje difícil. Lanzado como un bólido, en el momento de encontrarse con él, hacia los paraísos artificiales, decidió frenar de repente y elegir, en la bifurcación, la senda clásica. Esto significaba para usted colocarse en una postura peligrosa. Tanto a la derecha como a la izquierda, el escándalo.

*¿Qué? ¿Escribe usted el* Cap? *¿*Vocabulario*?*
*¿Escribe usted esto? No puede usted gustarme.*
*El hombre ama lo uniforme y que nada se cambie.*

* * *

---

(5) Emmanuel Mounier.

Usted se ha atrevido a cambiar. Usted ha comprendido que existen batallas literarias lo mismo que combates militares. Un mando puede, por medio de un brillante golpe de mano, conseguir un éxito espectacular. Su victoria no será eficaz y duradera más que si tiene detrás de él a todo un ejército. Los maestros bastante fuertes para sostener su gloria fueron los que la habían edificado sobre un extenso y sólido conocimiento de los hombres. Cada nueva lectura de Shakespeare, o de Balzac, o de Tolstoi, reserva en este plano sorpresas nuevas. Para llegar a ser inmortal es preciso comenzar por ser humano.

He ahí lo que usted había comprendido cuando la muerte de Radiguet lo dejó sin timón y sin vela durante cierto tiempo. Más que hombre de mundo, usted dependía de sus amigos. "Sin ellos —dice usted—, mis balas se pierden. Sin ellos, mi llama baja. Sin ellos, soy un espectro." En este terrible juego de creación constante que es el suyo, usted tiene necesidad del sostén de los demás. Su amigo Sartre dice: "Los otros son el Infierno." Para usted, algunos otros son el Paraíso. Usted no sabría vivir sin cambios. Cuando le faltó un solo ser, vuestra desesperación fué tan honda que sintió miedo a perder las fuerzas. Pero, una vez más, el trabajo lo salvó.

* * *

Lo que usted ha realizado, desde hace treinta años, tiene algo de prodigio. Enumerar sus obras sería monótono; pretender, en breves minutos, hacerles justicia sería una locura. En fin, es preciso decir, por lo menos, que en estas tres décadas usted ha escrito algunas de las novelas diamantes mejor talladas de nuestra época, hermosos poemas, ensayos notables, hasta que el teatro le embarcó, al fin, en su río rojo y dorado. Representado en la Comedia Francesa, usted ha creído ver en esa mansión de mármol, frecuentada por las grandes sombras de su infancia, al niño que usted fué, conducido a su butaca del jueves "por una acomodadora vestida de rosa y con bigotes grises".

La curva de su teatro reproduce, como conviene, la de su obra poética. En los tiempos de la *Machine infernale,* de *Antigone,* de los *Mariés de la Tour Eiffel,* de *Orphée,* usted ha debido de marcar violentamente la ruptura con el teatro llamado del Bulevar. Con un salto retumbante, usted ha franqueado el muro de las costumbres. Obsesionado por el tema de la Fatalidad, ha encontrado usted un asilo para su desesperación entre las columnas destroza-

das de los templos, y ha rejuvenecido los mitos griegos al marcar con gestos sus ojos sangrientos. Usted ha vuelto el teatro a sus orígenes, en donde tan pronto era desfile como tan pronto ceremonia. Después llegó el día en que el innovador comprendió que había llegado el tiempo de renovarse a sí mismo y de buscar, siguiendo la frase de Stravinsky, "un lugar fresco sobre la almohada". Entre la escena y el patio de butacas, entre el autor y el público, necesitaba usted restablecer la corriente, "escribir grandes obras sutiles y tentar a los grandes actores con grandes papeles". Usted ha ganado las dos partidas: la del teatro de vanguardia y la del teatro de masas, y es que ambas no eran contradictorias. En arte, las verdades, que son eternas, toman formas sucesivas. Los dioses no cesan de ser dioses, pero suelen disfrazarse para aparecer con rostros diferentes.

Después tentó a usted el arte de la pantalla. También triunfó en él y es uno de los dominios donde su aportación fué incomparable. Usted ha sido uno de los primeros escritores que han comprendido que el cinematógrafo, como el teatro y la novela, puede engendrar obras de arte. El cineasta escribe "con tinta luminosa", pero las leyes del estilo son las mismas para él que para todos los artistas: una rigurosa sencillez, un ritmo, una modesta obediencia a las necesidades del oficio. Si la cámara y el carril entorpecen el paso, tienen, en cambio, sus propias ventajas, que el gran artista utiliza, al igual que Miguel Angel, de un defecto del mármol, obtenía sus más raras bellezas. Usted ha querido ser, en el cine, no un poeta que condesciende, lamentándose, con una técnica, sino un técnico que realiza valerosamente en el escenario todos los oficios. "Mi método es sencillo—ha escrito usted—. No embrollarme de poesía. Esta debe surgir por sí misma. Sólo oír pronunciar su nombre me enfurece." El misterio, como la poesía, no se deja apenas domesticar. A quien lo busca, se niega. Pero se entrega a usted, que lo espera, agazapado entre sus trabajos y sus recuerdos.

Usted ha realizado, así, algunos de los más bellos *films* de poesía y de misterio. *Le sang d'un poète, La Belle et la Bête, L'Eternel retour, Orphée,* son, en todos los países del mundo, clásicos, y se quedarán entre los clásicos. Como los grandes humoristas ingleses, usted ha comprendido que, cuanto más extraña parece la historia contada, más importa que el narrador sea realista. La credulidad no puede surgir más que si el autor sumerge el misterio en la vida diaria. Swift se impone una rigurosa precisión

cuando describe los mundos extravagantes por donde pasea a Gulliver. Usted rodea la muerte de motociclistas, semejantes a los de la Prefectura de Policía; usted reemplaza los jueces de los infiernos por burócratas de levita; usted recibe en código, por telegrafía sin hilos, mensajes del más allá. Usted obtiene también algunos de estos efectos de belleza, soberana y secreta, que sólo producen las grandes obras de arte, las cuales no pueden ser explicadas, pero se manifiestan por su sola presencia.

Usted se acordará de aquella frase de un hombre del siglo XVIII, al cual decía una mujer: "Os amo porque..." "¡Ah señora—le respondió—, si usted sabe por qué, estoy perdido!" A un comentador que intentase traducir en lenguaje claro su *Orphée,* usted le respondería, estoy seguro de ello: "¡Ah señor: si usted comprende lo que yo he querido decir, es que lo he dicho muy mal!" Esté tranquilo, señor Cocteau: sus misterios permanecen opacos, y usted está a salvo. Nosotros salimos de sus películas con el sentimiento confuso de que los mundos singulares creados por su imaginación tienen, como todo este vasto universo, un sentido sublime y oculto. Usted ama lo sobrenatural; pero usted sabe que la Naturaleza es sobrenatural, y el milagro, permanente.

Usted ha dado prueba de gran audacia al proponer temas fantásticos al público francés, cuya lúcida severidad los acepta difícilmente. ¡Cuántas veces, señor, ha debido usted de recurrir al sentido común! "En Francia—dice—, si un fantasma sale de un espejo, éste no puede ser más que el de un armario con espejo." Usted está mejor informado, sí. Usted sabe que los fantasmas y la muerte viven en un mundo líquido más allá de los espejos. Nosotros hemos visto, como usted, cambiarse, a lo largo de los años, en estos reflejos, nuestro rostro y transformarse en espectro, bajo los asombrados ojos del niño que continúa viviendo en nosotros.

¡Ah señor, si se pudiese poner un espejo ante nuestra alma, cuánta juventud reflejaría! Un gran actor me dijo un día: "La juventud es cuestión de composición." Usted ha compuesto la suya con embeleso. La juventud no se mide por años, sino por el gusto de vivir, por necesidad de crear. ¿Quién, más que usted, conserva intacto el poder de renovación? Si, algún día lejano, usted se decide a envejecer, estoy tranquilo por usted y por nosotros: usted atravesará con una lanza a la vejez. Y eso será muy agradable.

Usted también tiene el atrevimiento más temerario que todos los de su adolescencia de prescindir de la bondad y de desridiculizar la dulzura. Eso es remar bravamente contra la corriente de la

moda. La maldad se lleva mucho en nuestra época. Pasa por inteligencia; mas sólo es facilidad. En realidad, es más fácil destruir a los demás que construirse uno propio. Usted rehusa esta arma envenenada; usted se divierte sin ser feroz. Usted sabe que nuestros amigos necesitan más de nuestra ternura que de nuestra dureza. Era usted muy joven aún cuando ya escribía: "Sobre todo, sobre todo, sea indulgente, vacile en el umbral de la blasfemia. No se conocen jamás las razones, ni la envoltura interior del alma, ni lo que hay en las casas, bajo los tejados, entre las gentes..."

Mi sentimiento, sobre ese particular, está de acuerdo con el de usted. Ser bueno no es una empresa absurda. Es una tentativa para modelar nuestra vida con lo que encontramos en nosotros de mejor. A lo que los pesimistas responden diciendo que el propio diablo es quien nos dicta esta loca confianza en la naturaleza humana. Señor Cocteau, ellos no le convencerán a usted ni a mí. "Todo lo que es misantropía es falso" (6). Nuestros más famosos maestros, aunque maravillosamente lúcidos, no eran ni misántropos ni malvados.

Con frecuencia ha afirmado usted que todo progreso del artista es un progreso moral. La modestia, la seguridad de juicio, los dones del corazón forman también la pureza del estilo. Yo creo que Víctor Hugo hubiera escrito: "En el virtuosismo hay virtud." Usted dice: "Si me fuera posible, me gustaría abrir un Instituto de belleza para las almas; no es que la mía sea bella, ni que yo cuente con hacer milagros, sino a fin de que el cliente cuide su línea interior." En efecto, es la línea interior la que curva la línea exterior. Una obra es siempre el retrato del que la ejecuta. Las últimas obras de usted revelan un dominio creciente, que es dominio de sí. Más sujeto, en lo sucesivo, al rigor que a la sorpresa, usted busca la perfección por la sencillez, porque sabe que la verdadera elegancia se burla de la elegancia.

Y he aquí, señor, que sus virtudes de hombre y de escritor le han conducido al palacio Mazarino. Es un desenlace inesperado, pero feliz, de su drama. Lo pensaba usted ya cuando escribía:

*Cuando mis sucesores vean mi aventura,*
*los muelles y los vaivenes de mi hermoso coche,*
*se maravillarán de tan noble recorrido.*

¿Era esto una profecía? ¿Premeditación? No lo creo. Durante toda la vida usted ha realizado su número sin red. Usted no es

---

(6) Alain.

hombre que repare, desde lo alto del trapecio, en un punto acolchado que atenúe su caída. Intrépido, usted ha volado de imprudencia en imprudencia hasta la cúpula. He tratado de probar que, a pesar de las apariencias, su vida presenta una unidad notable. ¿Deliberadas sus alternativas? ¿Oportunas sus actitudes? ¿Hábiles sus gestiones? ¿Qué crítico honrado, después de haber releído su obra, se atrevería a sostenerlo, cuando toda ella, desde la adolescencia y con una constancia trágica, expone y reanuda los mismos temas?

Usted continuará, señor, a pesar de esas palmas, de esos faldones, de ese bicornio, de esa espada, tratándolos con toda libertad. Nosotros le hemos elegido no para transformarle, sino para tenerle a nuestro lado tal y como usted es. Cuando Disraeli, después de haber dominado en la Cámara de los Comunes, pasó, al fin, a la de los Lores, alguien le preguntó sus impresiones. "Estoy muerto —respondió—. Muerto, pero en los Campos Elíseos." Nosotros esperamos que en nuestra compañía se sienta usted bien vivo. En el frontispicio de este palacio no está escrito: "Vos, que entráis aquí, dejad fuera vuestra independencia." Muy al contrario. De buena gana, le diríamos como Diaghilev: *Asómbrenos.* Usted me contó, hace algún tiempo, una historia agradable. Los padres de una de sus sobrinitas acababan de comunicar a ésta que un ángel le había traído un hermanito. "¿Quieres verlo?", le preguntaron. "No—contestó la nena—. Quiero ver al ángel." Nosotros somos como su sobrina, señor. No queremos ver a un académico más; queremos ver al ángel Heurtebise.

* * *

He terminado. Al director de la Academia, que debía recibirle (y que no le recibió porque Luis XV se negó a aprobar la elección), Pirón decía: "Mi discurso está hecho y el suyo también." Me levantaré, me quitaré el sombrero y diré: "Señores, les agradezco el honor que me han dispensado de admitirme." Usted se levantará después, se quitará el sombrero y me responderá: "Muy bien, señor. En conciencia, no vale la pena agradecerlo." Su actitud es muy diferente. Usted es demasiado agradecido para despreciar lo que tanto ha deseado. Usted será, y así lo esperamos, un académico asiduo y fiel. Usted ha recordado que en la época de su nacimiento esta Compañía sólo era un grupo de amigos. Usted gozará, como todos nosotros, con encontrarse cada jueves, en el

más bello decorado del mundo y al borde de un río cargado de historia, con algunos hombres que le estiman. El trabajo del Diccionario interesará al erudito en palabras que usted es. Asimismo nos ayudará a designar a sus futuros colegas. Tal vez cometerá usted errores. Nuestros modestos conclaves no confieren la infalibilidad. Pero su seguro instinto de los valores poéticos nos será de un valor infinito. Usted desea llamar aquí a los mejores. Ese es también mi anhelo, y si usted nos consigue un François Villon, yo le prometo votar por él con tal que haya escrito el *Petit Testament.*

"Y bien. Quisiera abandonaros en seguida." Yo sé que usted detesta los andenes de las estaciones y esos últimos momentos tras las ventanillas bajadas, donde no se encuentra nada que decir, porque ya se ha dicho todo. Pediré mi salida a Colette: "He aprendido a respetar a Jean Cocteau antes de aprender a quererle. Cuando la pereza me dominaba, me volvía con consideración hacia este joven inmaterial que siempre trabajaba como por placer, y de quien las obras no están escritas a la ligera." Ahí se encuentra reunido todo lo que importa decir en el momento en que el tren se pone en marcha: el afecto por el hombre, la admiración por una obra que no está escrita a la ligera, pero a quien la velocidad permite volar por encima de su época y le respeta por un trabajo infinito. Como Vermeer y Bergotte, señor, usted se ha pasado la vida puliendo un lienzo de pared amarilla, un estilo, unos sentimientos. ¿Por qué todas estas obligaciones, que, como decía Proust, parecen pertenecer a un mundo diferente, fundado en la bondad, el escrúpulo y el sacrificio? Porque usted piensa, como él, que lo que merece vivirse, merece estar bien vivido, y que lo que merece escribirse, merece estar bien escrito. Usted, de ahora en adelante, va a trabajar a nuestro lado por placer confesado y por deber secreto. Sed bien venido.

# CINCO SONETOS (*)

POR

CARLOS SALOMON († 1955)

## I

*Quisiera no pensar en lo que pienso;*
*decirlo, sin pensar de qué manera*
*lo podría decir para que fuera*
*más justo lo expresado y más intenso.*

*Quisiera no pensar; estar propenso*
*no a la mejor palabra, a la primera;*
*que la primer palabra que dijera*
*me tornara sin dudas, indefenso.*

*Sin defensa posible cada día,*
*quisiera que mi verbo se encontrara*
*para que el corazón diera su fallo.*

*Para que, sin pensar, la poesía*
*surgiera como fuente de agua clara,*
*como soplo de viento y luz de rayo.*

## II

*Cuando en la noche, silencioso, elevo*
*los ojos y contemplo las estrellas;*
*cuando mi soledad sube por ellas*
*y a ser feliz y a no esperar me atrevo.*

---

(*) En memoria y homenaje al poeta montañés, recientemente desaparecido, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS se honra en publicar cinco sonetos inéditos de Carlos Salomón, como anticipo de un estudio amplio de su obra poética, de nuestro colaborador Marcelo Arroita-Jáuregui.

*Cuando con las estrellas traigo y llevo,*
*y pronuncio sus nombres de doncellas;*
*cuando las cosas bellas son aquellas*
*de siempre, pan que como, agua que bebo...,*

*me detengo a pensar, pienso que acaso*
*pudo ser de otro modo la partida,*
*diferente el dolor, distinto el caso.*

*Que hubo un tiempo en que tuve la medida*
*dentro del corazón, lleno mi vaso,*
*presta la libertad sobre mi vida.*

## III

*La realidad es ésta. No me resta*
*nada. Solo quedé. Todo lo he dado.*
*Dentro del pecho llevo abandonado*
*el corazón, y dentro, su protesta.*

*Como el agua cogida en una cesta,*
*la dicha se me fué que había soñado.*
*He aquí mi dolor y mi pecado.*
*Porque soñé: la realidad es ésta.*

*La realidad es que mi vida es vana,*
*que intento, pero no, que en vano intento,*
*que escucho sin cesar pasar el viento,*

*que siempre es noche desde mi ventana,*
*y que en mi soledad, alojamiento*
*hay para toda la amargura humana.*

## IV

*Hoy, doce de septiembre, considero*
*las horas, los minutos, cada día.*
*Dolor tras alegría, cuenta mía:*
*poco dolor, poca alegría, cero.*

*Pero surge un dolor más verdadero.*
*Detrás, más verdadera, la alegría.*
*Su luz, siempre más luz, más todavía,*
*que tanta luz para tal sombra quiero.*

*Considero las cosas que han pasado,*
*para bien, para mal, cuánto tuviera*
*que dejé de tener, y en este estado*

*de consideración, por dondequiera,*
*siento en mi corazón que fué creado*
*todo para acabar de esta manera.*

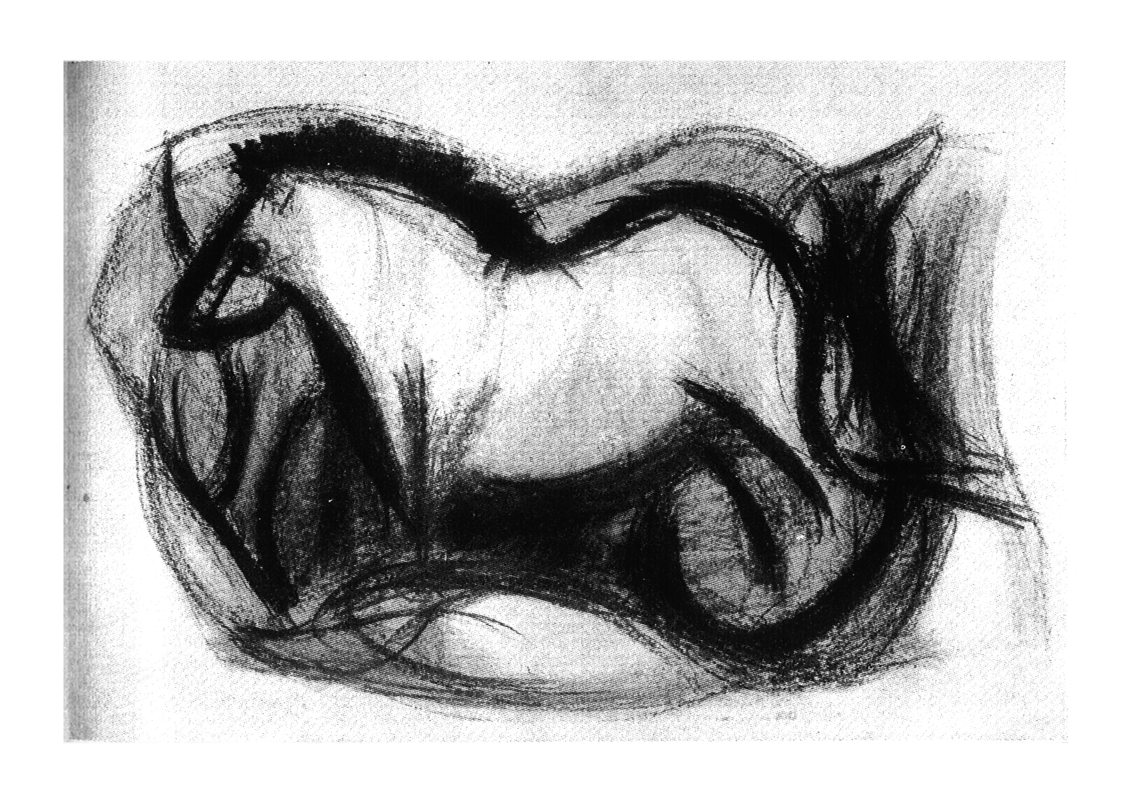
V

*Puedo decir que el mundo es un engaño;*
*que el bien es, como el mal, sólo espejismo;*
*que el dolor y la dicha son lo mismo;*
*que todo es como es y me hace daño.*

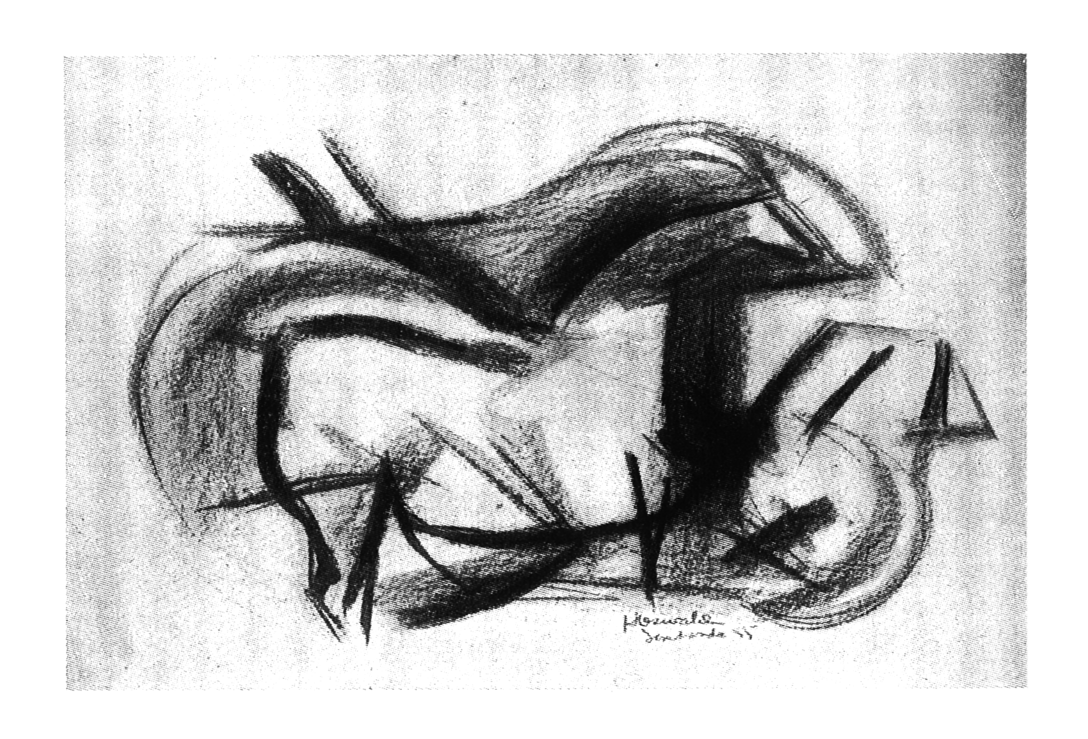
*Puedo decir que estuve, año tras año,*
*marchando por el borde de un abismo;*
*que quise la verdad, ese guarismo,*
*tal trozo de carbón o tal de estaño.*

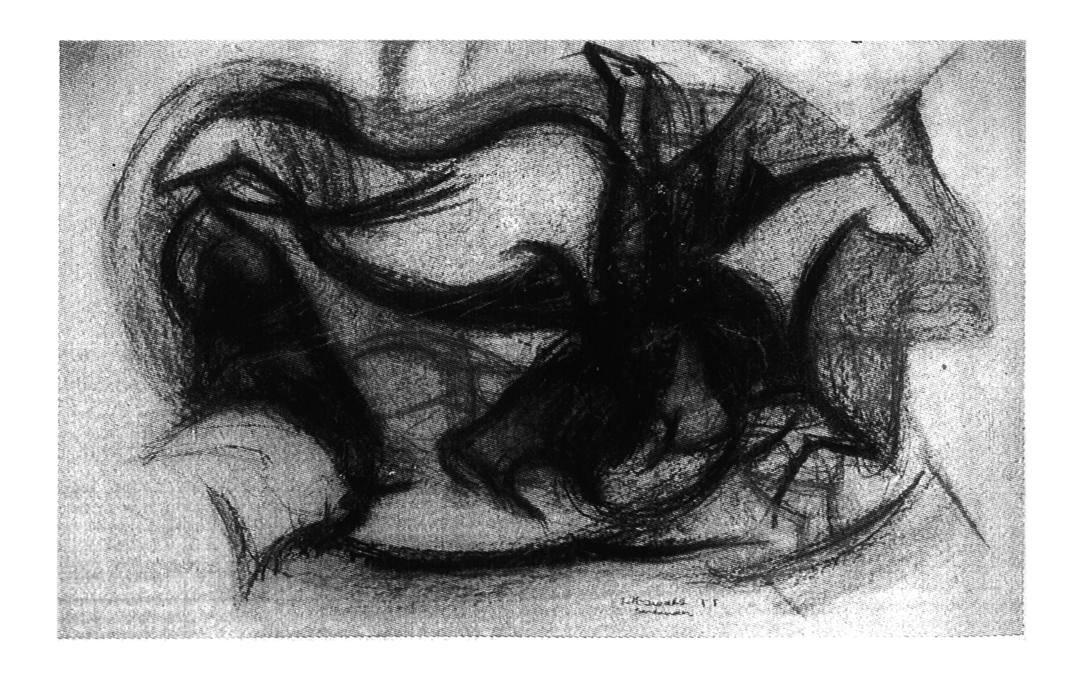
*Puedo decir que la verdad no pido,*
*no quiero la verdad, ni la quimera*
*quiero, ni aquel recuerdo, ni este olvido.*

*Que marcho en soledad, a mi manera,*
*y sé que estoy perdido, suspendido*
*por un hilo, al azar de una tijera.*



*CABALLOS*, de H. Oswald.





# POSIBLE ORIGEN DE LA PINTURA FIGURATIVA

POR

HENRIQUE OSWALD

Entre los museos de arte de Europa, o sea los lugares donde se puede ver lo que los hombres hicieron antes y mejor que nosotros, nunca dejé de incluir las cuevas prehistóricas con pinturas, en España, que son museos tan buenos, tanto o mejores que los demás.

Ahora que las he visto, me gustaría hacer tres preguntas, las mismas que hacía en Brasil antes de haber visto cuevas prehistóricas, y que nadie me podía responder con seguridad:

¿Se pueden considerar como origen del dibujo figurativo los trazos que completan y retocan accidentes naturales en forma de animales, hallados en las cuevas prehistóricas del Norte, o sea las más antiguas?

¿Se puede considerar como origen de la superstición que relaciona la posesión de la imagen de un animal con la posesión del propio animal, en sucesivas coincidencias entre el descubrimiento de un accidente natural parecido a un animal y la muerte del propio animal, en tiempos anteriores al primer dibujo?

¿Se habrán los trogloditas aprovechado, para dibujar, de las sombras en la peña, del mismo modo que se aprovechaban de los accidentes?

Según la hipótesis más corriente, el hombre no ha empezado a dibujar la Naturaleza por placer, ni tampoco por impulso artístico, sino que lo hizo por una necesidad tan imperiosa como el hambre, movido por una fuerza tan importante como la fe.

Sin embargo, no se puede comprender que, sintiendo hambre, inventase, sin más ni menos, una religión, en la cual, dibujar un animal equivaliese a cazarlo. Y que se pusiese, por consiguiente, a grabar figuras de animales.

Pindal, Altamira, Castillo, La Pasiega, Monedas, Hornos de la Peña, Covalanas y Hoz de los Casares, enseñan, quizá, no sólo la razón por la cual el hombre prehistórico pintaba, sino también cómo comenzó a hacerlo, cuáles fueron sus primeros trazos, por qué los daba, lo que lo guiaba y por qué creía que dibujar un ani-

mal correspondía a lo que para nosotros parece absurdo, o sea cazarlo.

En estas cuevas del Norte, las más antiguas del mundo con pinturas, hay una gran cantidad de accidentes naturales de la piedra cuya forma recuerda ciertas partes de un animal. Son ranuras, hendiduras, concavidades y protuberancias, que semejan cabezas, pescuezos, gibas, ancas, colas y piernas.

El hombre paleolítico cazaba constantemente, y veía todos los días, en su cueva, los accidentes en la peña, parecidos a animales. No han sido, probablemente, pocas las veces en que veía uno de esos accidentes, y en seguida abatía al animal correspondiente. Tales coincidencias solían impresionar su espíritu primitivo tanto o más que nos impresionarían a nosotros hoy.

El no podía dejar de establecer, más tarde o más temprano, una correspondencia definitiva entre ver o poseer la imagen del animal y poseer o cazar el animal.

Sucedió, seguramente, en una estación en que la comida era escasa y se hacía necesaria una providencia.

De tanto ver configuraciones semejantes a caballos, bisontes y ciervos, y de tanto matar los caballos, bisontes y ciervos reproducidos, estos dos hechos, probablemente, se impusieron en el momento de necesidad.

Y entonces debe de haber habido otra coincidencia, porque los hombres prehistóricos, apelando afligidos a sus dioses, deben de haber visto una figura en la roca, parecida a un animal, y haber salido, confiados, para cazarlo y haberlo cazado.

Esto es muy posible, porque esos accidentes raramente recuerdan un animal completo. Representan partes del cuerpo, que tanto pueden pertenecer a un cuadrúpedo como a otro.

En aquel momento, los trogloditas debieron de ver una señal, que pudo ser adaptada al animal que cazaron en seguida. Y aquello, para ellos, fué un mensaje divino.

La misma providencia debe de haber sido tomada otras veces, y seguramente debe de haber resultado bien.

Creóse una clase de magia, y, lo mismo que cuando la caza era abundante, se creía que la existencia de la imagen del animal era un indicio cierto de que el mismo sería abatido.

Los hombres pasaron a buscar los accidentes que les convenían, halláronlos, y los usaron tal como estuviesen hasta el día que quisieron un mensaje más especificado.

Querían, por ejemplo, comer un caballo, y, por más que bus-

casen, hallaban solamente una figura parecida a la pierna de cualquier cuadrúpedo.

Podían, en ese caso, hacer algo, y sin duda lo hicieron, o, más probablemente, lo hizo un sacerdote, ya que se trataba de un aviso del cielo. Trazos o indicaciones sobre la pierna aquella, retocándola y completándola con lo que faltaba del cuerpo de un caballo, para que quedase bien en claro la calidad de la carne que comerían.

Todos los accidentes que he visto en las cuevas del Norte semejantes a pescuezos, piernas, ancas, colas, etc., están retocados y completados de tal manera, que en cualquiera de ellos se puede reconocer un determinado animal.

Esas indicaciones, esos trazos que el hombre prehistórico hizo, eran el principio del dibujo figurativo.

Al mismo tiempo que se aprovechaba de los accidentes, el troglodita podía aprovecharse de las sombras de los accidentes. Sólo quien estuvo en una cueva sin iluminación se puede dar cuenta de los miles de formas fantasmagóricas que produce en las peñas una vela encendida. Son monstruos gigantescos, elefantes, bisontes, caballos y todo cuanto se puede uno imaginar. Debe de haber sido muy grande la impresión que causaba al hombre de las cuevas tal juego de luz.

Muy posiblemente, los primitivos hacían grabados sobre los contornos de las sombras en forma de animales.

Hay indicios de esto en la cueva de la Hoz de los Casares, que ha sido la única que he visto a la luz de una vela. Ciertos grabados que representan caballos y ciervos sólo pueden ser vistos cuando la llama está colocada en determinada posición. Algunas partes del cuerpo de esos animales están formadas por las sombras proyectadas de las rocas.

Cuando todos los accidentes habían sido ya retocados y completados, y cuando ya se había aprovechado de todas las sombras adaptables, sólo restaba al hombre un camino a seguir.

Sintiendo necesidad de imágenes propias a la caza y no hallando más, el hombre las hizo.

Hizo, por así decirlo, una de aquellas señales sinuosas, uno de aquellos accidentes que la Naturaleza no le daba ya, y lo completó en forma de un bisonte, de un caballo o de un ciervo. En otras palabras, empezó un dibujo y lo completó como completaba los accidentes.

La finalidad de sus trazos en los accidentes era determinar una

especie de animal. Por consiguiente, tan pronto se reconocía el animal, los retoques eran interrumpidos.

Acostumbrados con ese sistema, los trogloditas raramente terminaron sus pinturas, lo mismo después de prescindir de los accidentes. A excepción de los de Altamira, son pocos los grabados y pinturas que representan un animal completo. Casi todos están sin terminar, aunque sean extraordinariamente elucidativos.

El momento en que el hombre, con sus dedos, con una punta de hueso o de pedernal, con carbón o con tierra roja, trazó la primera línea, retocando o completando un accidente natural para transformarlo en la imagen del animal que iba a cazar, ha sido el momento en que nació la pintura figurativa.

Henrique Oswald.
Embajada del Brasil.
MADRID.



# UNA MUJER EN LA PIEDRA

POR

CARMEN CONDE

*Dentro de Amelia.*

## I. INVIERNO DEL RECUERDO

*En este tiempo, en mi campo, empiezan a prepararse los almendros su despertar de flores. Yo hice muchas bellas fotografías de la extensa población que moraba frente a mi casa de Levante. Esta estaba en una calle orientada a la salida del sol, sin terminar de urbanizar; por lo cual había frente a mí un dilatado hueco rasgándose hacia la anchurosidad del campo, del campo mismo labrado que encerraba entre el maizal, la cebada y la huerta, al molino de enormes velas latinas. Hasta él servía de ordenado acceso una callecita de granados cuyas dos orillas orlaban las mazorcas en sus días. Pues más allá de esta tierra, pero muy cerca siempre, se estiraba la adolescencia de los almendros. En enero hace por aquellas tierras un tiempo azul y caliente, en el cual hasta el sol huele a gloria. A la redonda se extiende todo el campo llano, cercado por las montañas que lo separan del resto de la Península. Parece clara la decisión de la Naturaleza por lo que se refiere a esta parte suya: montes por detrás y montes por delante. Los unos, la separan de la tierra; los otros, del mar, dejando sólo un pequeño espacio entre dos muy altos para que las naves puedan recogerse y descansar. Los almendros, que son árboles crispados durante el breve invierno, súbitamente se cubren de botoncillos estremecidos, de los cuales se precipitan menudas rosas blancas. La tierra rojiza y mollar, el cielo puro con su sol inmarchito y, en medio, la algarabía de nácar. Es tan exquisita su delicadeza que no es posible tocarla ni con el pensamiento. El viento salado, al llegar allí "abaja" su prestancia para que al suelo no caigan hojas de tanto precio. ¿Quién pensaría que del botón saltará un frutillo de valor fabuloso? Todo lo que no sea un pasmo de maravilla está lejos. Los almendrales son tan divinos que faltará tiempo en el mundo para elogiarlos*

*hasta alcanzarlos en su belleza. Frente a mi casa, ¡qué estilizada su nieve esbeltísima!*

*Enero allí y enero aquí. Desde que empezó, nieva. Todo el pueblo es un almendral en flor. Los árboles que arañaban el cielo seco de Castilla se perlaron; luego se cargaron de nieve que, de tanto llegar a pesar, al fin cae; fruto denso sobre el cielo elevado media vara de su nivel normal.*

*Grises arremolinados, ventisca que trae de los inminentes montes henchidos de nieve turbonadas de sofocante violencia. El Monasterio, inimaginable de hermosísima luz nívea. Los tejados, alisados y vueltos a alisar de nieve copiosa, tenaz. El pueblo es todo de nieve; heladas están sus calles, y sobre los estanques helados sigue cayendo la nieve, resbalan las piedras sonando el misterioso sonar del agua helada.*

*¡Pinos, fresnedas, robledos de ensoñación delirante! Las figuras pardas y míseras, las bestezuelas hambrientas y errantes, el viento empujando aludes, silbando enjambres de yelos chiquitos... Sólo la piedra es noble y poderosa, pese a todos los embates.*

*Frente a mi casa orientada a Mediodía, unos árboles desesperados, el Monasterio, la llanura, los montes... Y en estos árboles sobreagudos, que se parecen hoy que están nevados a aquellos almendros tan distantes, se despiertan rosas pardas: pájaros a centenares que nos piden el pan de Dios. ¡Remolinos de avecicas, de breves esferas de viento, que van y vienen de las ramas de almendros de nieve a nuestro balcón piadoso y enamorado suyo!*

*Yo pienso: se han vuelto morenas las flores del almendro. Y miro las piedras que transforman mi vida; escucho el silencio de la siembra blanca.*

## II. INVIERNO FUERA DE MÍ

*Hace ya doce o catorce días que vino la nieve a alojarse en el pueblo. Sin conocerlo no es posible imaginárselo así habitado. En las calles pinas y antiguas hay más de un metro de espesa blancura. Todos los tejados relumbran con el ligero rayo de sol, y la nieve sigue su vuelo menudo, etéreo, que apenas es polvillo y que sin cesar eleva el nivel helado del suelo. Ventiscas raudas incorporan a la que cae vertical su oblicua aportación volatilizada. Los caminantes se hunden hasta la rodilla; los perros se revuelcan con gritos de gozo; vienen los pájaros grandes y los muy chicos a pedirnos pan desde los árboles en esquema, cuyas ramas contienen*

*profusa nieve. Sobre todo, "perenna" la nieve en el Monasterio. Sus pizarras grises y brillantes sueltan, de cuando en cuando, los aludes que chascan y luego estallan al llegar abajo. Caen también las campanas, y como no hay horizonte nada sabemos fuera de todo esto.*

*Por las calles hay veredas de nieve apisonada, color avellana, helada y resbaladiza. Llevan difícilmente al Monasterio. Las Lonjas son dos llanuras de blancor sinfín e inabordable. Con lento paso seguro atravieso la de Palacio. Está lleno de nieve el portalón y el patio primero. Las viejas paredes dejan el opaco fulgor de estalactitas que resbalaron desde los tejados. El corredor que lleva a la iglesia, los patios que a él concurren, tienen gran altura de nieve. Hay el silencio que parece súbita sordera nuestra, por el que sólo andan los latidos de la sangre. Al llegar a la puerta principal de la iglesia, apenas si puedo avanzar entre la nieve. ¡El Patio de los Reyes cubierto con la más pura vegetación del cielo! Salgo hasta su centro, y las grandes figuras, cuyas cabezas veo desde mi casa, aprueban mi inmersión en la solemnidad del momento.*

*Está cerrado el templo y abierta una puerta a la izquierda, que traspongo sin saber adónde lleva... A muchos sitios debe de ser, no los recorro todos. Ando despacio por un anchísimo corredor que concurre, con otros más, a un salón con pinturas en el techo. Al fondo, en la sombra, cae y cae de una fuente el agua fría del encierro. Hay en este salón otro corredor adyacente, y de él son muchísimas ventanas a un patio cuadrado, con su fuente en medio. Pequeñas ramas sobrenadan de arbolillos que se engulló la nieve. Todo él está poblado de blancura, y apenas si sus muros, arcos y ventanas asoman el rostro cetrino de la piedra.*

*¡Qué silencio, qué secreta vida la que habrá, donde la haya, aquí! Nadie podría caminar, perderme; ir por esa escalera hecha en los muros, por esa galería gris y con verdín entre sus losas; pero ¿adónde? La vaguedad que a mi cabeza latina da la temperatura bajo cero, no impide que mi voluntad recupere la salida a la Lonja de Palacio. Nadie. Tolvaneras como brisas ciegan mis ojos y mis pasos. Un arco de piedra que une dos edificios sobre el medio punto de una callecilla da al aire su lejanía retrospectiva.*

*Andar, andarlo todo. No queda casi pueblo sin mis pasos. Tengo calor. Pienso, ya, en cuantos vivieron aquí antes que yo. ¿Verían así esto? ¿Sentirían la embriaguez de la nieve copiosa mirando esa fábrica de eternidad que es el Monasterio? Sin viento, sin frío no es tan hermoso. Su marco es la tempestad.*

*¡Qué lejos mi mar, y cuánto amo este país! Traje el alma desparramada en exaltaciones; lírica era mi voz, arrebatada. Ahora, aquí, toda me estoy transida de una intimidad que no podría desembocar en exclamaciones.*

*Esta asimilación de mi sentimiento estético del paisaje, ¿abre o cierra una creación?*

*Ahora no nieva. Sobre los montes sigue el plomizo color del cielo, pero el horizonte se ha vuelto dorado y alivia las sombras. Todas las torres, el cimborrio, las portadas severas y esas medias estatuas reales que yo veo desde mi balcón; el extenso panorama de tejados y buhardillas cegadas de nieve tienen deslumbradora luz.*

*¡Cómo estarán los cuatro estanques del Jardín de los Evangelistas! Y el estanque de la Huerta de los Frailes, ese al que vuelca un ala el edificio soberano para hacer ángulo diedro con la realidad...*

*¡Qué fragancia de ningún olor en el aire de la Herrería! Y arrecia la caliente claridad tras el Monasterio, acercándose a Madrid, mientras un airecico levanta a los pájaros que se arrebujaron en mi balcón.*

*Sí, amo este mundo. Cada una de las ventanas del Monasterio es para mi imaginación estancia abrigada, humilde, pero buena para mi vida.*

*¡Qué bien entona el verde de sus maderas con el tostado de la piedra! Arriba, el gris apretado de las pizarras. Abajo, el blanco en lo blanco de la nevada continua.*

*Pienso que si viviera yo en una de las estancias de aquellas ventanas no vería el Monasterio. Prefiero vivir aquí, donde gozo de su figura.*

*¡Toda la llanura helada; apenas asoman las grandes malezas, y mediados se ven los pinos!*

*Y no deseo el mar. Bate allá dentro de mí como una caracola recordada. Quiero esta liturgia telúrica, quiero este silencio, este abandono, esta distancia que agranda la nieve, del mundo.*

*Vivir aquí no es estar en el mundo. Es andar en sueños. ¿Cuánto no habré yo soñado la nieve, la isla, el silencio, no tener prisa, poder mirar enfrente un paisaje trascendental?*

*El cielo recobra su color. Azules súbitos prorrumpen. A la noche, con la luna, desvariaremos amantes El Escorial y yo.*

*El Jardín con su geométrica perfección. Desde fuera, apoyándose en la tapia que limita su mundo con el de la plazuela donde se abre la universidad agustina, el Monasterio crece en el estanque que provee a la rica huerta. Arriba de todo, el edificio; a su costado de Mediodía, el Jardín; a los pies de éste, la huerta. Categorías. Y como una gran zona divina e intermedia, el agua. Náufrago glorioso que suma vuelos de cigüeñas a la suavidad de los nadadores del estanque, el Monasterio alinea parte de sus tres mil ventanas en un crucero de fe pétrea. Dentro del Jardín, sentarse en uno de los bancos, junto a la borda que es el muro; o al resguardo del boj oloroso y húmedo.*

*Discurren paseantes; casi todos son enfermos que abrigan la esperanza de reponerse en el clima frío y tonificante. Otros, los más, son extranjeros que pasan breves horas dedicadas al conocimiento, a veces a la admiración, del Sitio. Algunos hay que, como Amelia, vinieron a descansar y a dialogar con el silencio que se le hizo dentro.*

*Un ángulo recto forman las tapias que limitan el Jardín trazado a Oriente y a Mediodía. Dos planos de las alturas y distancias consideradas desde el Jardín, y de las fuentes y lugares de excursión, campean en el ángulo de la borda. El Mediterráneo, a 1.029 metros por debajo. Madrid, a cincuenta kilómetros, enseña con limpieza sus grupos de edificios que al atardecer suelen mostrarse rosados...*

—Yo no comprendo estarse quieto en una habitación. Hay que andar. Hay que hacer músculo.

—Efectivamente. Sin embargo, ella prefiere no moverse.

—Pues es una gran equivocación.

—¡Naturalmente!

*Sigue el grupo de paseantes. Son una mujer aún joven, con abrigo suelto azul marino y zapatos deportivos. La acompañan dos jóvenes, muchacha y muchacho, entecos y grises.*

*Sentada sobre la tapia de Mediodía hay una señora gruesa y charlatana. Tiene un auditorio de solteronas francamente aburridas, a las cuales exhorta:*

—Se está pero que muy bien. Yo pago veinte pesetas diarias y tomo tres platos en cada comida, uno de ellos de carne; postre y dulce casi siempre. La ropa es limpísima; el trato, amable...

—A nosotras no nos va tan bien, ¿cuál es su pensión?

—Pues...

*El límite oriental del Jardín está atravesado por un muro que tiene dos hornacinas; en una de ellas se sienta una lindísima jovencita rubia, con gafas oscuras, pañuelo de seda a la cabeza... Se defiende del sol. Su madre, en un banco próximo, hace punto mientras conversa con un oficialito palidísimo, muy pulcro, que a quien dirige sus palabras es a la doncella, distraída o buena simuladora. Cerca anda el viejo, vetusto guardián del Jardín.*

—Hoy hace un sol hermosísimo. Falta hacía, porque el invierno ha sido crudo.

*Sentado en el pretil sobre la huerta, rozando un suntuoso magnolio, hay un mocetón imponente: cuidadoso, guapo, pretencioso... Se calza con botas claras de montaña, de grandes clavos, y viste de gris. No lleva sombrero nunca. Lee, o mira, dejándose mirar con desgano. Una Fräulein con los niñitos de la Embajada habla con un señorete que practica el germano. En la Herrería, los toros recortan sus figuras contra el cielo nuboso y ligero.*

*Es un navío. La llanura lo tiene anclado. ¡Pero esta terraza del Jardín es un navío! Suena la una en el invisible reloj del Monasterio.*

—¡Hay que irse, voy a cerrar!—grita el guarda viejo y derrotado—. ¡Voy a cerrar!

*Por el Jardín avanza una esbelta figura decidida. No atiende al guarda, porque ni le oye. Sigue con prisa por llegar al pretil de Oriente. La respaldan, o la siguen, los pinos de la Horizontal. A su izquierda corren las 296 ventanas, en algunas de las cuales hay jaulitas de pájaros, macetas con jeráneos, mientras que de otras cercanas a la Galería de Convalecientes salen acentos velados, pero vehementísimos, de armonium y violonchelos...*

*Imprevistas palomas descuellan su blancor en el aire.*

*A la derecha de la que camina resuelta, avanza también la huerta con sus frutales rosados por las flores que los calientan. Va sola esta mujer, y parece que la acompaña el mundo. No saluda a nadie, pero todos los que se iban se detienen como si respetaran su paso.*

*Amelia piensa: "Llega tarde, no podrá quedarse ya", y se dirige a los arcos de la puerta lejana.*

*La desconocida sonríe, parpadeando. Mira el libro que Amelia lleva en la mano izquierda. Las cigüeñas pasan en vuelo tendido, muy cerca de ellas, mientras los hijuelos picotean estruendosamente el viento.*

*—Espere usted Amelia. ¿Verdad que sí es Amelia? Por otra parte, ese libro que lleva es de mi casa...*

*—¡Paloma! ¡Ha llegado usted ya, Paloma!*

*El guarda suena sus llaves, indeciso.*

*—Es que es la hora de cerrar...—se excusa.*

*Y ellas salen entonces calladas, despacio, como dos seres que se recuperaran después de mucho andar perdidos, el uno del otro, por el mundo. Paloma corta una ramito de boj, lo huele, se lo prende en el pecho. Amelia sonríe, aunque está pálida y no es muy firme su andar.*

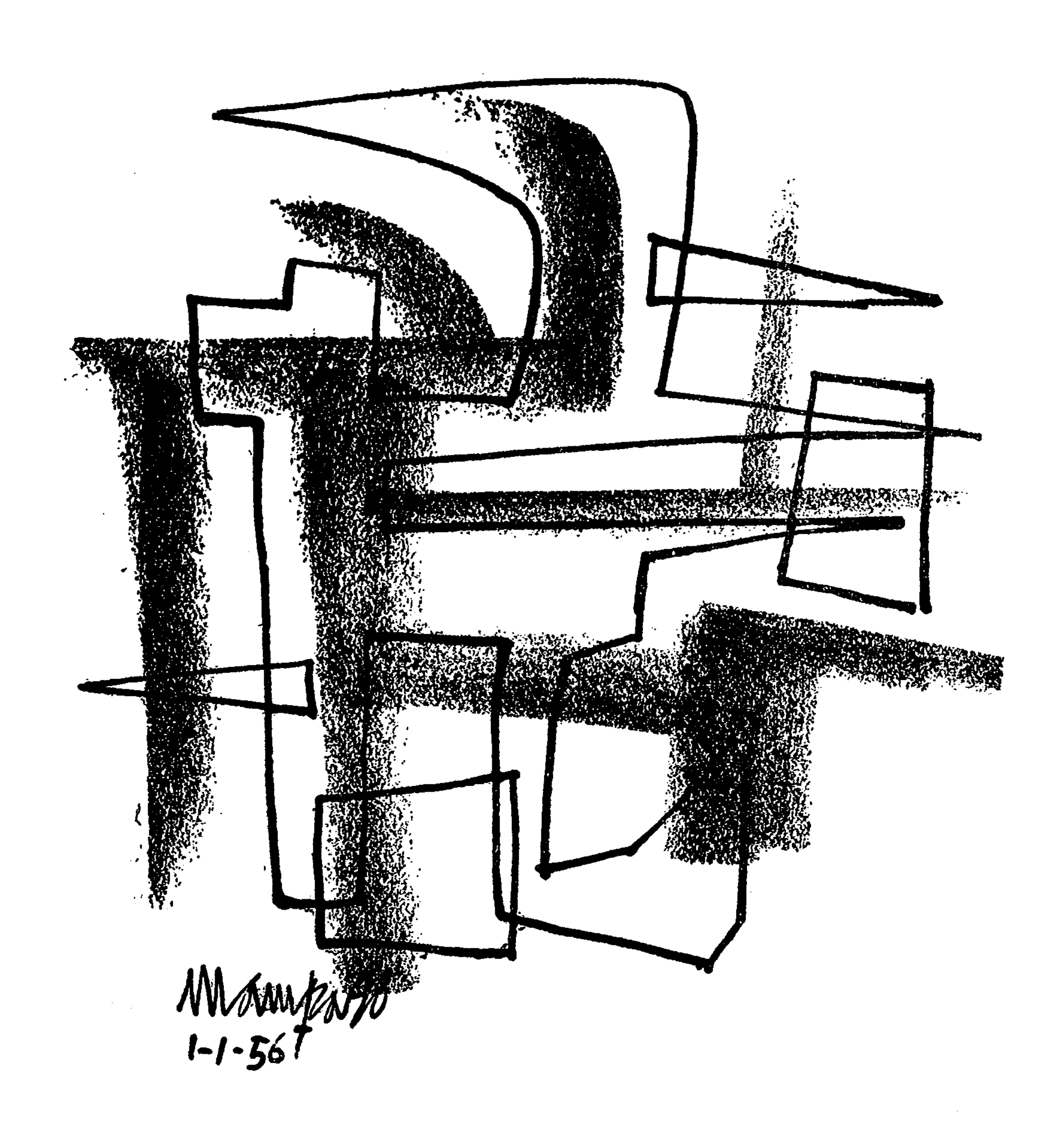
*—Es la una solamente. En casa se come a las dos. ¿Seguimos paseando?—pregunta.*

*—Sí; vamos a la Casita de Arriba.*

*Una yunta de bueyes se cruza con ellas. Juegan los colegiales a la puerta de la Herrería, bajo la mirada de un joven agustino. Los albañiles comen sobre el campo, con sus mujeres. La carretera del rey está lisa, perfectamente asfaltada, pero sin coches que la sigan. Por los huecos de la tapia rota se ve a las vacas, a las inocentes terneras, a las yeguas recién nacidas, en la Herrería. El verde está esponjado, los arroyos deliran por recorrerlo todo.*

*Un mediodía ancho llena los montes y navega la llanura.*

**Carmen Conde.**
**El Escorial, 1941.**




## BRUJULA DE ACTUALIDAD

# JUAN R. SEPICH (*)

Nació Juan R. Sepich en Buenos Aires en 1906. Algunos datos ayudan a situarlo. Por vía paterna (Román Sepich) desciende de croatas y por vía materna de alemanes (Juana Lange). Es sacerdote y doctor en Filosofía y Teología. Esos datos hubieran servido a un positivista para aclarar los caracteres de la prosa de este escritor y hasta su adensado y particular modo de pensamiento. Sería error atribuir exclusivamente esos rasgos a la herencia y al hecho de haber nacido alrededor del puerto. De hacerlo no explicaría precisamente el carácter que lo destaca: el tener una personalidad vigorosa. Lo cierto es que parece que no siente la necesidad de la belleza literaria, y que su pensamiento es, en casi todo, cosa suya. No es un escritor, en el sentido francés de la palabra; pero es un pensador vigoroso y original. No es dentro de su promoción el que escribe mejor, si por esto entendemos el dominio de la sintaxis y la sustancia del idioma, aunque por momentos se expresa con animación y colorido. Nunca es opaco si se sabe leer su pensamiento, aunque casi siempre es difícil por la misma dificultad de los temas que desarrolla.

Otros datos ayudan a situar su formación. Estudia en el Seminario Pontificio de Buenos Aires, donde obtiene el doctorado en Filosofía en 1926. Después viaja a Roma y estudia en la Universidad Gregoriana. A su regreso estudia Teología en la Facultad del Seminario antedicho, y se doctora en 1930. Inicia poco después sus actividades docentes (1932) allí mismo, dictando, hasta 1935, Historia de la Filosofía y atendiendo luego a Comentario de Textos Filosóficos (1933-34), Metodología Filosófica (1934) e Historia de la Filosofía (1936-39). En los Cursos de Cultura Católica enseña Teología desde 1932 hasta 1935; Introducción a la Filosofía Griega, en 1939. Tres años después ocupa la cátedra de profesor adjunto de Historia de la Filosofía Antigua y Medieval en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Posteriormente actúa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo (1934-44, 1947-48), y desde 1950 es titular de la cátedra

(*) *La figura intelectual de Juan R. Sepich es bien conocida como colaborador de nuestra Revista, a cuyos sumarios ha contribuído repetidas veces desde los primeros números de* CUADERNOS. *Para completar este conocimiento traemos a nuestras páginas una nítida semblanza del pensador argentino, debida a la pluma del rector de la Universidad de Tucumán, doctor Diego R. Pro, con autorización de la revista* Humanitas, *de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán.*

de Etica de la Facultad de Humanidades de Eva Perón. Esos datos hablan de la formación y de la dilatada labor docente cumplida por Sepich. Su formación reposa en un firme conocimiento del pensamiento griego, medieval, moderno y contemporáneo, cuyas fuentes maneja en sus lenguas originales. Y va desde las cuestiones teológicas y metafísicas hasta las prácticas de orden ético, social o político. Su rigor metódico es extremo. Sus clases son buenas; difíciles de seguir por lo severas y enjutas. Fuera de la cátedra es un hombre llano, de buen ánimo, de una simpatía fácil, de maneras y lenguaje criollos.

Su obra se puede clasificar en dos grupos: las teológicas y las filosóficas. Entre las primeras incluímos: *La Eucaristía* (1933), *La teología de la fe cristiana* (1937), *San Juan de la Cruz, místico y poeta* (1942), y los *Comentarios de los cuatro Evangelios.* El segundo grupo abarca obras de filosofía teórica, de filosofía práctica y de historia de la filosofía. Entre las de índole teórica figuran su *Lógica formal* (1940), sus *Lecturas de Metafísica* (1946), sus notas a *El ente y la esencia,* de Santo Tomás (1941), *La filosofía de ser y tiempo de M. Heidegger* (1954). Entre las de carácter práctico están *Estructura de lo social* (1940), *Introducción a la Etica* (1952), *Del hombre y su convivencia* (1953). Entre las de carácter histórico y crítico hay que mencionar su trabajo históricoexegético sobre el *Parménides,* de Platón (1948). A esas obras se agrega su *Introducción a la Filosofía* (1942), sus traducciones de *El ente y la esencia* (1941), *El espíritu del hombre y la verdad,* de Teodoro Häecker (1941), *El valor sacramental del universo,* de Johann Pinsk (1947), sus ensayos y sus numerosos artículos publicados en revistas argentinas, americanas y europeas.

* * *

Procuremos ahondar en la evaluación de su obra, ya que no en la exposición de su doctrina, que excedería, quizá inútilmente, el carácter de esta nota. Su *Introducción a la Filosofía* es un libro original de concepción y organización. Hay muchas maneras de escribir una obra así. Sepich lo ha hecho con criterio nuevo, que tiende a dar, además del contenido de la filosofía, "el plano para tomar orientación y ayudar a un examen de la vocación filosófica, en cuanto pueda constituir una forma de vida en el horizonte de la propia existencia". Articula el libro en dos partes: una, donde estudia los límites, la estructura y el contenido del saber filosófico;

otra, segunda, donde se ocupa de la realidad del filósofo, su vocación, su tarea y sus medios. El agua freática de un pensamiento vivo circula por todas sus páginas. Su cauce es una lengua tajante, enjuta, que serpentea entre versicular y aforística. Desde luego que no se trata de una obra didáctica al modo de las introducciones corrientes, que a la postre no introducen a nada. Quien pase por ella adquirirá la capacidad filosófica, que es lo que importa, y una suma grande de saber, que tampoco es despreciable, y que permite abrir la obra por cualquier parte. Sus *Lecturas de Metafísica* son lecciones de un filósofo genuino. Es obra de síntesis, de zumos, de resultados, los de quien ha subido, ha medido y ha explorado en persona las cimas del saber metafísico. Contienen el estudio de los temas introductorios de la metafísica realista y analítica: delimitación y alcance de la disciplina, indagación metafísica del ser trascendental. Son lecciones largamente elaboradas y poseen carácter investigativo. Su *Lógica formal* es un buen vademécum de enseñanza universitaria, que sigue los caminos de Aristóteles, de Santo Tomás y, sobre todo, de Juan de Santo Tomás. *La filosofía de Ser y Tiempo de M. Heidegger* y el ensayo sobre *La situación de M. Heidegger en la Filosofía,* sus dos trabajos más recientes, se complementan y apoyan entre sí. Uno expone en forma de doctrina la analítica existencia del "ser ahí", y el otro rastrea el sentido y la significación históricofilosófica del pensamiento de Heidegger. Encontramos en ellos, por una parte, al expositor objetivo, penetrante, con el prurito de la perfección y la exactitud, que no le deja trampear, y, por otra, al ensayista capaz de descubrir las distintas líneas de significaciones teológicas, filosóficas e históricas que concurren en la filosofía existencialista. En las disciplinas de carácter filosófico práctico cae su estudio *Estructura de lo social.* Allí confronta el universalismo del pensamiento social cristiano con el sentido individualista y el sentido comunitario del pensamiento moderno y contemporáneo. La verdad no tiene color local, pero las verdades sociales revisten algunos caracteres propios, que las hacen, no esquemas fríos y librescos, sino verdades que llevan el sello del país que destiñe en ellas. Queremos decir con ello que Sepich ha estudiado los fenómenos sociales de la Argentina y que tiene de ellos conocimientos hondos. Su *Introducción a la Etica* es un libro bueno y difícil; trata en él de la estructura de la conducta moral, de su norma, de la imperatividad, la obligación y la sanción, del dinamismo de la acción moral y del pensamiento moral. Es una obra de investigación, donde se

confrontan los resultados de la ética tradicional con otras posiciones modernas y contemporáneas. Está llamada a perdurar en el tiempo. Su penetrante ensayo sobre *San Juan de la Cruz, místico y poeta,* es el mejor trabajo que se ha hecho en el país sobre el santo de Avila. Su época, su mística, su teología y su actividad poética están estudiadas en sus páginas. Después vienen sus obras históricofilosóficas, entre las que se distinguen sus notas sobre el *Parménides,* de Platón; y sobre *El Ente y la Esencia,* de Santo Tomás. Finalmente, hay que recordar sus artículos breves, circunstanciales de oportunidad, pero no de doctrina.

A lo largo de toda esa vasta labor se advierte unidad de pensamiento y agudeza y rigor de análisis. Ello revela que hay en Juan R. Sepich un filósofo y no simplemente un escritor de filosofía. Se puede pensar que tal unidad de doctrina le viene de la corriente en que está colocado, y que se remonta hasta Aristóteles, Santo Tomás, Juan de Santo Tomás, para no mencionar filósofos realistas modernos y actuales. Pero es el caso que no se asiste en Sepich a una pura reiteración de contenidos ya elaborados. Hace obra renovadora, gana a veces las mismas orillas, pero saliendo de puntos distintos, y en muchas ocasiones logra hacer avanzar la reflexión filosófica hacia terrenos inexplorados. Ha incorporado las verdades básicas de la filosofía tradicional, las ha revitalizado y repristinizado, haciéndolas pensamiento vivo y actuante; ha repensado las corrientes del pensamiento moderno y contemporáneo, dando resultados que nacen de una cabeza especulativa cuya actividad depende de sí misma y no de circunstancias externas. Eso aclara la unidad interna de toda su obra, que va desde la teología y la metafísica hasta la ética y la política. No estamos frente a un escritor de filosofía, más escritor que filósofo, que escribe ensayos desligados de una teoría profunda. Su mente es arquitectónica, trabaja en los grandes problemas de la filosofía; pero al mismo tiempo es sutil y muy inteligente en la visión y solución de los detalles y pormenores doctrinarios. Sepich es, por denso y vigoroso, uno de los espíritus más interesantes de su promoción. No así, en cambio, desde el punto de vista literario. Además, es un pensador que está atento a todo lo que pasa en el mundo, como se observa en sus artículos breves. Viaja mucho, para que el mundo pase por su espíritu y su espíritu por el mundo.

DIEGO F. PRO

# RETORICA Y VACIEDAD

El creciente empleo peyorativo de la palabra "retórica", gratuitamente zarandeada por conversaciones de café y comentarios impresos, nos ha de forzar a ciertas constataciones divertidas y evidentes: todo el arte nacional del Siglo del Oro es, en principio, pura retórica; la porción más considerable de la poesía del Petrarca, de las de Lope y Góngora, de la de Rafael Alberti, no admiten una identificación más inmediata que con la agredida retórica, usando ahora el concepto en su más convencional y vulnerable sentido; retórica es la pintura de Reynolds (y, por supuesto, la de Pablo Picasso); la música de Vivaldi, casi toda la de Mozart, las de Tschaikovsky y Rachmaninoff, la de Joachim Kuprian hoy, son, antes que nada, una retórica viva, inmediata, palpable. Hemos hablado, eligiendo casi al azar, de autores (Picasso, aparte) cuya varia, pero incontrovertible positividad no dificultaría a una bogante inconsciencia abocar especialmente el carácter de su obra a los arbitrarios terrenos hacia los que los graves apóstoles de un amorfo y presunto "vitalismo" apuntan su difunta artillería de tópicos. Realmente, no es necesario recurrir a ejemplos en que, tan típicamente, se tiende a confundir huevos con ajos, retórica con mentira, belleza y estilo racionales con "vaciedad ideológica", "innecesariedad funcional" y demás birretillos a la orden del día. Pues ¿no son retóricas también, cada cual a su especie, la poesía indigenista de César Vallejo, la plástica conmoción regular de un Raoul Dufy, de un Paul Klee, la concentrada química de Igor Stravinsky, el dodecafonismo, las aportaciones mismas de Anouilh, Kafka o Hemingway?

Conviene aclarar humildemente, sin intención dogmática y a quien tenga la salud y la suerte de entenderlo, el hecho, perogrullesco de enunciar, de que no se ha hecho hasta ahora en arte nada que merezca la pena sin que esté sostenido por un básico esqueleto de retórica, en lo que la palabra comporta de manierismo imprescindible y fecundo, de procedimiento en marcha, de caliente inquietud *viva.*

FERNANDO QUIÑONES

# EL CREPUSCULO DE LA SABIDURIA

La gente no se ha cansado de discutir todavía acerca de lugares comunes, tales como "decadencia de Occidente" o "crisis", sin aceptar, al mismo tiempo, ningún remedio o solución para resolverlas y sin percatarse de que estos mismos conceptos que nos acongojan, desde hace más de medio siglo, se encuentran a su vez en decadencia o, si se me permite decirlo, en crisis. Desde la poesía hasta la arquitectura, desde la religión hasta la pintura, desde la novela y el teatro hasta las *élites,* todo parece haber atravesado un tremendo período de aflojamiento interior, implícito en la noción de decadencia, como en la crisis; pero, sin embargo, ninguna de las artes, de las categorías sociales o intelectuales, de las técnicas consideradas en agonía ha seguido en la línea lógica del decaimiento ni ha desaparecido en la nada. A veces, al contrario, como es el caso del espíritu religioso, o de la novela, se encuentran en pleno auge y, en lugar de haberse extinguido, florecen con más fuerza que nunca.

Según Gabriel Marcel, también la sabiduría está decayendo. En un libro titulado *Le déclin de la sagesse* (Plon, París) el filósofo existencialista, de matiz cristiano, parece verdaderamente asustado por la huella que el impacto de la técnica ha dejado en el rostro no sólo del arte de pensar, sino en este ápice del cosmocentrismo humano que él llama sabiduría. Este impacto llevaría consigo consecuencias cuyas siluetas trataremos de esbozar más adelante.

Para mejor acercarnos al pensamiento de Marcel, nos vemos obligados a hablar de las dos actitudes antipódicas alrededor de las que se concentran los hombres de nuestro tiempo. La primera es el *antropocentrismo práctico,* típica de los que pertenecen a la civilización occidental, a la soviética y, en parte, a la humanidad del extremo Oriente. Esta actitud reniega de cualquier trascendencia y sólo se preocupa por la solución inmediata de los problemas cotidianos y corporales. La segunda es el *cosmocentrismo,* y presupone la humilde integración del ser humano en el ritmo de la Naturaleza. Es la actitud que lleva a la sabiduría y a la que pocos hombres de hoy siguen siendo aficionados. Pues una de las consecuencias inmediatas del antropocentrismo práctico es, sobre todo, entre las *élites,* la caída en el espíritu de abstracción. Cada vez más alejados del sentimiento de la vida y de las realidades vivientes, los hombres conquistados por el espíritu de abstracción se ofrecen a sí mismos como terrenos aprovechable para las ideologías

totalitarias. Sin lugar a dudas, muchos hombres de ciencia occidentales, encerrados en el horizonte limitado de sus investigaciones, están dispuestos a aceptar el comunismo como una conclusión lógica de la estrecha perspectiva a la que los obliga el estar alejados de la vida como totalidad. Es evidente, por el otro lado, que el totalitarismo (comunismo o nazismo) excluye el espíritu de tolerancia y practica el fanatismo, que es lo contrario de la sabiduría.

"Todo pasa exactamente como si el hombre, entorpecido por el peso de sus técnicas, supiera cada vez menos cómo enfocar a lo que es de importancia y a lo que no lo es, a lo que es de alto valor y a lo que es despreciable."

Opuesta a esta actitud dictada por el desarrollo de la técnica, es la de una ascética, inspirada, en los más de los casos, en las prácticas iniciáticas del Oriente. Basta pensar en la evolución espiritual del novelista inglés Aldous Huxley, cuya obra empezó por ser una crítica de nuestra civilización y acabó casi en el yoga. Este doble aspecto del espíritu occidental, observa Gabriel Marcel, es característico también de las corrientes filosóficas de nuestro espacio cultural. En efecto, el tecnicismo está representado por el neopositivismo lógico-matemático, que ha triunfado en los países anglosajones, mientras las doctrinas de inspiración metafísica, existenciales o no, dominan en Francia, Alemania, Italia, España y en la mayoría de los países hispanoamericanos.

Ningún problema es tan grave, según Marcel, como el de las relaciones entre cristianismo y sabiduría. También aquí el espíritu técnico está corrompiendo el enfoque cristiano de la sabiduría. Esta corrupción tiene dos matices, bien visibles entre nosotros: en primer lugar, los defensores del espíritu cristiano están tentados, por el avance mismo de la técnica, a aceptar el historicismo, fuertemente contaminado por el marxismo, como base de su posición religiosa y política. Marcel cita el caso de un famoso sacerdote francés, amigo de los comunistas, el cual, al reprochársele su actitud de simpatía a pesar de que comunismo quiere decir también campos de concentración y genocidio, contestó: "Y ¿qué es todo esto en comparación con lo demás?" Es una respuesta típica de un hombre enceguecido no sólo por el espíritu historicista, convencido de que el comunismo sigue fielmente el sentido de la historia, sino también por la manía de los números. Esta clase de cristianismo es, según Marcel, una aberración. "Es extremadamente interesante observar que, en este caso, pecar en contra del sentido común es, al mismo tiempo, pecar en contra de la justicia y la caridad."

En segundo lugar, este delirio historicista lleva consigo un peligro tan grave como aquél: el de un *antidelirio* integrista que consiste en querer volver a las fórmulas más apolilladas y anquilosadas de la teología. "Nada más alejado (como este retorno) de una sabiduría digna de este nombre."

Como se ve la crisis de la sabiduría define, quizá mejor que cualquiera otra (si es que existen siquiera crisis *parciales*), la situación del hombre actual frente a su propia creación. Si está por triunfar la voluntad de poder y si el mundo amenaza con transformarse en un campo de trabajo, preferentemente forzado, entonces la sabiduría amenaza con derrumbarse, y con ella el hombre. La conclusión, aunque paradógica, de Gabriel Marcel, es que, en esta perspectiva, "el problema práctico y el problema metafísico tienden a confundirse". Esto quiere decir también que, en el plan de una posible salvación, no basta con exhumar algún principio o algún santo para encontrar el justo camino. Se trata de saber vivir *con* este principio y *con* este santo, actualizándolos y transformándolos en fuente de vida.

Pero, en este caso, la decadencia deja de ser absoluta. Si cada uno de nosotros, o cada una de las sociedades vivientes, tiene la posibilidad de encontrar, hasta en el pasado, la luz que necesita para salvarse, es incorrecto plantear el problema de Occidente (desde el aspecto cultural, político, social, artístico, religioso, etcétera), según el punto de vista de la muerte. Toynbee nos enseña que las civilizaciones no son mortales. En este caso, el positivismo de Valéry, que afirmaba lo contrario, y que se inspiraba en Spengler, no fué más que una especie de apogeo del concepto de decadencia.

VINTILA HORIA

## UN EJEMPLO DE IBEROAMERICA PARA EL MUNDO: EL DERECHO A LA EDUCACION

Tibor Mende, el conocido comentarista de asuntos internacionales, ha señalado que, en la hora actual, Iberoamérica se encuentra empeñada en *la mayor empresa educativa del mundo* (1). Su ofen-

(1) Cons. "América latina, el mayor laboratorio de educación del mundo", en *El hombre, contra la ignorancia*, UNESCO, 1953, págs. 45-47.

siva cultural se extiende, al mismo tiempo, sobre los círculos más cultos y sobre las esferas menos favorecidas.

Ahora bien: frecuentemente, se esgrimen las cifras del analfabetismo en la América Ibera, creándose detalles y circunstancias pletóricos de interrogantes. Mas, a fin de no incurrir en una simplificación excesiva, urge registrar otros pormenores ligados a esta faceta cultural, testimonio de la existencia de un panorama arriscado en tal perfil de la política del espíritu.

En efecto. Es el problema de las zonas retrasadas—existentes en la misma Europa—, de los pueblos dependientes: aspecto muy importante del mundo del presente. Y vinculada a estos extremos aparece, naturalmente, la cuestión de la educación.

No se olvide que, como afirma James Yen—fundador del movimiento chino de educación popular—, "las tres cuartas partes de los habitantes del universo están mal alimentadas y no saben leer ni escribir". He aquí una tesis general: la ignorancia es un obstáculo para el desarrollo de la personalidad; la ignorancia es engendradora de miseria.

Ahora bien: como factor esencial se muestra la instrucción elemental. Bien se recuerda cómo es posible afirmar—sin temor a exageración—que, en el conjunto de la población universal, hay, por lo menos, 1.200 millones de analfabetos. Desde luego, son variados los elementos que se oponen a la escolaridad obligatoria: geográficos, económicos, sociales, pedagógicos (a veces, se suman todos estos factores, agravando la situación y haciendo dificilísima la solución del problema). Por otro lado, aun en los Estados donde es una realidad la obligatoriedad y la gratuidad de la instrucción elemental, el asunto de la enseñanza profesional y técnica no ha sido resuelto todavía.

Empero conviene tener presente que el analfabetismo no es la única señal distintiva de la falta de educación. El solo hecho de saber leer, escribir y contar no basta para desarrollar la personalidad del hombre. "El derecho a la educación—según subraya Jean Piaget—es el derecho del individuo a desarrollarse normalmente en función de las posibilidades de que dispone, y la obligación para la sociedad de transformar esas posibilidades en realizaciones efectivas y útiles." En ese sentido, las Naciones Unidas han inserto este derecho en la Declaración Universal adoptada en 1948. Y el Acta constitutiva de la Unesco precisa que la Organización "dará nuevo y vigoroso impulso a la educación popular y a la difusión de la cultura", "sugiriendo métodos educativos convenientes para

preparar a los niños del mundo entero a las responsabilidades del hombre libre".

Surgen las distinciones: por ejemplo, los distingos entre el derecho de asistir a una escuela organizada y el derecho de hallar en ella todos los elementos que puedan favorecer el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana.

Aparece también otra cuestión aguda: la de la educación de los adultos. Ni los esfuerzos de hombres generosos, desde hace muchos siglos, ni los resultados de ciertas labores bienhechoras han disminuído su importancia y actualidad. He aquí la postulación fundamental, formulada en *El derecho a la educación: ¿Cómo evitar que las masas de trabajadores se entreguen a la explotación desenfrenada de los mercaderes de placeres fáciles?* Claramente se percibe, sin necesidad de grandes meditaciones, que la educación tiene una función social que ejercer, además de una misión individual. (Llegados aquí, debemos mencionar un extremo interesante: *la educación fundamental.)*

En suma, la tarea a realizar es ardua. Los educadores se enfrentan con un cúmulo de materias. La XIV Conferencia Internacional de Instrucción Pública, celebrada en Ginebra en julio de 1951, adoptaba una recomendación importante sobre la escolaridad obligatoria y sus prolongaciones. Bien se comprende el significado de la enseñanza universal, gratuita y obligatoria leyendo las conclusiones del Seminario Internacional de Educación Primaria Unesco-Oea, de Montevideo, en 1950, y las recomendaciones de la citada Conferencia Internacional de Instrucción Pública.

Admitamos que la ignorancia constituye uno de los integrantes del círculo vicioso en que se encadenan, trágicamente, la subproducción, la deficiencia de alimentos y las enfermedades endémicas. Diderot dijo: "Dichosos los tiempos en que los dirigentes del mundo hayan comprendido que su seguridad consiste en mandar a hombres instruídos." Y Torres Bodet ha declarado: "Recordamos con espanto los campos de concentración. Y no parece que siempre nos demos cuenta de que, sin cárceles ni alambradas, más de mil doscientos millones de hombres y de mujeres viven en el calabozo, implacable, invisible, interior, de la ignorancia..."

No cabe dar entrada en el marco de una breve "nota" a todas las cuestiones que el tema sugiere. En todo caso, estos asuntos van enlazados a la interrogación general: ¿cómo educar, cómo formar la personalidad humana? En octubre de 1951 advertía el Sumo Pontífice: *El mundo presente tiene una necesidad urgente de ser*

*convencido por el triple testimonio de la inteligencia, del corazón y de los hechos.* Y esto es de aplicación inmediata a las singularidades resaltadas. Volviendo al punto de partida, Hispanoamérica—a través de sus problemas, de sus esperanzas y de sus obras—marca nítidamente la ruta...

LEANDRO RUBIO GARCIA

## GIMENEZ CABALLERO Y AMERICA

Nada más justo que el homenaje de simpatía y admiración que el Instituto de Cultura Hispánica y el Centro de Estudios Históricos de Colombia tributan a Ernesto Giménez Caballero, y digo que nada más justo, pues si se hubiera pasado en silencio su presencia en esta ciudad de Bogotá, no sólo los Centros de cultura ya nombrados, sino el país entero, habrían quedado con una deuda pendiente de gratitud que habría pesado fatalmente sobre nuestra conciencia de colombianos. Estamos, pues, pagando en parte esa deuda, y devolviendo a Ernesto Giménez Caballero, en comprensión y fervor, parte de lo que él ha venido a traernos, como expresión de su amistad por nosotros, como heraldo de una nueva política, en relación con la madre patria España.

Esa nueva política, que Giménez Caballero profesa como un apostolado, y a la cual ha consagrado su inteligencia y sus admirables dotes de escritor y de conferenciante, es el reconocimiento, por parte de España, de un hecho esencial: el de nuestra independencia, no como acto de rebeldía o de insubordinación, sino como necesidad histórica y designio providencial, circunstancias ya previstas por ilustres españoles del siglo XVIII, y, en cierta manera, inevitables para la futura economía del mundo, ya consideremos el hecho como simple determinación de causas humanas, o bien lo encuadremos dentro del criterio providencialista que el gran Quevedo designó como la política de Dios.

Con este exacto y justiciero modo de apreciar las cosas, Giménez Caballero coincide con notables pensadores de este lado del Océano, tales como Miguel Antonio Caro, que consideraron la guerra de la independencia a manera de un episodio civil, en que fuer zas nuevas y juveniles que habían sorbido su savia restauradora del propio tronco ibérico—tal es el caso de Bolívar—, iban a rom

per definitivamente con un Gobierno en decadencia para constituir, en virtud de su autonomía política y social, poderosos núcleos de hispanidad en estas tierras nuevas, vale decir, para salvar la cultura cristiana en el inevitable choque de las civilizaciones.

Y ampliando más el pensamiento, y si América ha de ser como el vasto estuario adonde afluyen todas las corrientes raciales de la Humanidad, y si ha de formarse aquí, según el hermoso pensamiento de Vasconcelos, la llamada raza cósmica, lograr que esa raza lleve, como levadura germinante, el fermento hispánico. De esa manera, España acabará por reducir el mundo a la unidad de su espíritu.

Justificado el hecho de la independencia, se deduce que es necesario justificar y glorificar a quienes realizaron la empresa. Así lo ha comprendido Giménez Caballero. De ahí su amor por Bolívar y su admiración por nuestro Libertador. Desde hace muchos años a esta parte, el escritor Ernesto Giménez Caballero volvió los ojos hacia estas tierras de América, y principalmente hacia sus libertadores. Y no contento con demostrar sus convicciones históricas con libros, charlas y exposiciones de todo orden, ha levantado, como todos vosotros lo sabéis, en el mismo centro de Madrid, un verdadero altar a los héroes americanos. Desde Bolívar, el libertador político, hasta Darío, el emancipador de los ritmos poéticos. Allí oficia Giménez Caballero y allí ha cobrado la palabra "Hispanidad" un sentido más amplio y comprensivo que el del tópico a que veníamos acostumbrados.

Por lo pronto, los americanos nos hemos sentido halagados y convencidos por la prédica de Giménez Caballero. Y él debe comprender que en este juego de suerte y azar que, en cierto modo, significa arrojar ideas a la incertidumbre del porvenir, tiene ganada la partida por anticipado. Cuando ya nadie recuerde agravios inferidos por otros, la nueva política de Giménez Caballero servirá de amplia base para fundar la definitiva armonía de todos los pueblos herederos de Roma. Una vez más encontramos a Giménez Caballero en la ruta espiritual de Caro. También nuestro humanista predijo esa futura confederación de almas en su himno de exaltación de la raza latina. Pero es necesario advertir que todos y cada uno de nosotros somos deudores de Giménez Caballero, no sólo por los frutos de su apostolado, sino por su simpatía personalísima. El mira a Colombia como patria suya, y está en lo cierto; y mira a cada colombiano como a un viejo amigo y aun entrañable camarada, y está en lo justo. Quienes hemos pasado por Madrid, y aquí me escuchan testigos de mucha autoridad, lo hemos tenido

a nuestro lado como guía y consejero, como maestro y como orientador. Y hemos sentido el calor de su hogar nobilísimo, y el incomparable beneficio, para el que pisa por primera vez esa tierra, de sentir la cariñosa asistencia, no de un extranjero más o menos cordial, sino de un compatriota que nos reconoce, de hecho, como miembros de la misma hermandad, en ese Madrid que él conoce como nadie y que como nadie ha estudiado. Allí nos hizo visitar sitios memorables donde se acendró buena parte de esa tradición espiritual que Giménez Caballero ha bebido en sus propias fuentes, pero que llegó a nosotros mezclada con la sal del Océano, o derretida en las nieves de nuestras cumbres o en la miel de los frutos tropicales.

No ignoramos nosotros que las circunstancias geográficas y el peso de la economía, que ahora decide la suerte de los pueblos, desvía a estas naciones de su natural órbita y las arroja por caminos extraños. Si el pensador uruguayo despertase ahora, advertiría que Ariel enmudece, doblegado sobre el caduceo de Mercurio. El toque está en no pecar esencialmente contra imperativos de una cultura que se ha nutrido de esencias ideales, y que ha dado fruto de santidad y heroísmo, de sabiduría y de abnegación, de noble locura y de extrahumana fortaleza, que no pueden llegar, a la postre, y ya en su descomposición, a abandonar los caminos de la máquina. Pero a estos pueblos basta con recordarles esos ideales para que enderecen la ruta.

Esa es la misión de Giménez Caballero, misión de incalculable trascendencia, y que él cumple, bajo la enseña de Cristo, en nombre del Cid, de Don Quijote y de Bolívar, los tres principales caballeros de la raza. Gloria y honor para Giménez Caballero, el más americano de los españoles. Sepamos corresponderle declarándonos, como siempre, los más españoles de los americanos.

RAFAEL MAYA

## ACTUALIDAD CULTURAL DEL MUNDO LIBRE

El famoso psicólogo suizo Carl-Gustav Jung acaba de cumplir ochenta años. Conocido como "disidente del freudismo", creador de la tesis de la "realidad del alma", o de conceptos de tanta difu-

sión en todos los ambientes cultos como el "inconsciente colectivo", las teorías y el verdadero aspecto de la doctrina de Jung no han alcanzado más que a un círculo de iniciados, a pesar de la fama que le rodea. Su aniversario, celebrado en Suiza con verdadero fasto, ha sido aprovechado en muchos países europeos para que sea presentado al gran público una especie de balance de la filosofía de Jung.

Freud afirmaba que toda nuestra vida interior se basa en la experiencia de la edad infantil y que nuestra existencia no es más que el desarrollo de una película registrada por cada uno de nosotros, y una vez para siempre, durante los años decisivos de la infancia. Para Jung, al contrario, cada edad o cada etapa de nuestra vida tiene sus problemas característicos, y que los problemas que nos plantea el presente tienen un sentido diferente del que nos planteaba el pasado en la época en la que era todavía un presente. En otras palabras, no es sólo la infancia la que domina y dirige el desarrollo de nuestra existencia psíquica, sino también otros factores. Antes de enfocar estos factores, tenemos que aclarar otro aspecto del pensamiento de Jung, que lo diferencia tanto de Freud como de Adler. Para sostener su teoría, Freud la fundamentaba en el *amor;* Adler, al contrario, sostenía que todos nuestros impulsos estaban dictados por la *ambición.* Jung sostiene que tanto el amor como la ambición no son solamente dos instintos o dos pasiones ciegas que determinan nuestro comportamiento en la vida, sino dos actitudes frente a la vida. El hombre que ama, o que se deja llevar por el amor, tiende hacia un objeto; su meta está, por consiguiente, fuera de él. En cambio, el que obra por ambición y sigue el camino indicado por la voluntad del poder, tiende hacia sí mismo, puesto que su mayor deseo coincide con la afirmación del sujeto. Así es como Jung llega a distinguir dos tipos psicológicos distintos: el *introvertido,* o el ambicioso de Adler, y el *extravertido,* o el hombre que vive bajo la obsesión de la *líbido* freudiana. La forma anormal o de desequilibrio interior en la que se manifiesta el introvertido será la neurosis, marcada siempre por una obsesión, mientras el extrovertido manifestará su anormalidad bajo la forma de la histeria.

La clasificación tipológica de Jung es mucho más compleja, pero nos limitaremos a insistir aquí sobre el cambio de interpretación al que ella lleva a su autor cuando trata del problema del inconsciente. Según Freud, el inconsciente estaba formado nada más que por "las migajas caídas de la mesa de la consciencia". Para Jung, el inconsciente es algo mucho más importante, y sus

raíces no son, para decirlo así, *existenciales,* sino más bien *esenciales.* Esto quiere decir que nuestro mundo interior tiene una base mucho más amplia que la de las experiencias personales realizadas por el individuo en el período de la infancia y que, en general, nuestro comportamiento está influído por experiencias innatas, pertenecientes a una herencia psíquica que precede al individuo y que se relaciona directamente con el linaje y con la estirpe. Todo este complejo ancestral se llama, en el marco de la teoría de Jung sobre nuestro mundo interior, "el inconsciente colectivo".

¿Cómo ha podido llegar Jung a esta importante conclusión? Examinando los sueños y los delirios de sus pacientes, Jung ha observado que individuos sin ninguna relación entre sí pueden tener sueños o delirios semejantes. Más todavía: que las imágenes producidas por los sueños de sus pacientes tienen un visible parecido con los mitos de los pueblos primitivos todavía existentes o hasta desaparecidos en el tiempo. Al comparar esta impresionante coincidencia entre lo que nosotros soñamos y lo que hombres de otras edades han considerado como la base de sus sociedades y de sus culturas, Jung califica de *arquetipos* todas estas comunes manifestaciones. Por consiguiente, si para Freud el inconsciente era la sobrevivencia de la infancia en la vida del adulto, para Jung el inconsciente colectivo es la sobrevivencia de lo primitivo en la vida del civilizado. Este distingo es muy importante, porque estas imágenes o arquetipos constituyen verdaderos "órganos psíquicos" que se han formado durante los siglos, debido al contacto del ser psíquico con el universo, del mismo modo en que nuestros órganos corporales se han formado debido al contacto de nuestro cuerpo con las fuerzas físicas del universo. Como se ve, se trata de una teoría antiidealista, visto que, si estos órganos psíquicos y físicos se han *adaptado,* a lo largo del tiempo, a unos factores exteriores, esto es prueba de que la realidad exterior existe y no es sólo una proyección del sujeto, como lo afirmaban los filósofos idealistas.

Conceptos como *el alma, la intuición* y *la interioridad,* cobran, de este modo, una significación metafísica a la cual no podía aspirar el psicoanálisis de Freud, cuyo desprecio por la filosofía es la causa más importante de la limitación de su teoría respecto a la patología y a la psicoterapia.

El eco que las teorías de Jung, sumariamente esbozadas aquí, han logrado despertar en la filosofía de las religiones y en la literatura ha sido importantísimo, y bien puede decirse que una línea divisoria muy clara separa a los escritores, investigadores y sociólogos que durante los últimos cuarenta años han seguido a

Freud o a Jung. El impacto del psicoanálisis sobre la literatura ha sido decisivo, y desde Joyce y Proust hasta Zweig y hasta los novelistas norteamericanos de las últimas generaciones, toda una corriente literaria ha vivido bajo el influjo de Freud. También en Sartre y los demás existencialistas se notan, lógicamente, resonancias psicoanalíticas. El influjo de Jung es todavía menos visible, puesto que el escándalo armado por el existencialismo ha falseado bastante la perspectiva literaria de nuestro tiempo. Pero ya en la última novela de Mircea Eliade, titulada *Bosque prohibido,* y recientemente publicada en París (Gallimard, 1955), la presencia de Jung es evidente, como lo es también en las novelas del escritor italiano Carlo Coccioli. Este paso es sumamente importante, porque desvía, por fin, a la novela del camino psicologista en el que se había extraviado desde hace un siglo. Con la ayuda de Jung, la novela se orientará hacia la filosofía y nos dará así una imagen completa y valedera del hombre actual.

* * *

Los ataques en contra de la poesía se han vuelto epidémicos en los últimos años. Hace algún tiempo, un crítico francés trataba de demostrar que la poesía era un género literario que nadie entendía y que sólo un absurdo sentimiento de orgullo y pedantería sigue convirtiéndonos en admiradores de la poesía y de los poetas. La revista *Ciclón,* editada en la Habana, publicó recientemente un ensayo titulado "Contra los poetas", cuyo autor es un cierto Witold Gombrowicz, y cuyo solo título denota cierto desarreglo interior y una intención agresiva que nada justifica. Estar "en contra de los poetas" presupone una réplica a un ataque realizado por los poetas en contra del señor Gombrowicz. Pero no es como para tanto. El autor del ensayo está furioso contra los poetas porque la gente les dedica todavía un culto inadmisible, porque, como dice el autor, "practicamos aún el culto de la Poesía y de los Poetas, y es ésta, quizá, la única divinidad ante la cual nos prosternamos con gran pompa, cantando con voz trémula las glorias de la palabra del Poeta, la misión del Poeta y el alma del Poeta. Y, sin embargo —continúa nuestro violento crítico—, tengo que revolverme contra esas oraciones y destrozar ese rito en virtud de...; en virtud, sencillamente, de esta rabia elemental que despierta en nosotros todo error de estilo, toda falsedad, toda huída ante la realidad".

Se trataría, pues, de acabar con un prejuicio. La pasión por

la Poesía sería algo así como el culto dedicado a una diosa antigua, completamente derrotada por el tiempo y eliminada de la actualidad por otros dioses más útiles y más reales. La furia del crítico es tanto más despiadada, cuanto que está convencido de que "nadie gusta de los versos", puesto que nadie entiende hoy lo que escriben los poetas. Más todavía: los mismos poetas no entienden lo que ellos escriben y, en el fondo, odian y desprecian sus propios versos. Los poetas serían como una minoría de exaltados, convencidos, como los ajedrecistas, por ejemplo, de que su arte o su juego "es la cumbre de la creación humana". "En el fondo—escribe el señor Gombrowicz—, tenemos que convencernos, de una vez para siempre, de que no sólo la poesía, sino que ningún arte nos encanta de verdad." "Con demasiada facilidad—continúa—sacrificamos en estos altares la autenticidad y el valor de nuestra existencia."

No creo sea difícil contestar a tales afirmaciones. Este señor vive un drama que es bastante común, pero que no molesta ni inquieta a nadie: no entiende la poesía. Sin embargo, a nadie, entre los millones de seres humanos que no gozan al leer un poema, si no de Eliot, por lo menos de Víctor Hugo, se le ocurrió la descabellada idea de lanzar filípicas en contra de la poesía y de los poetas. Afirmar que la poesía es "una huída de la realidad" es una tontería; pero sostener que "a nadie gustan los versos" es confundir la invalidez espiritual de un individuo con la Humanidad entera. Sin embargo, explicar lo que es la poesía y por qué hay gente que la aprecia o la estudia, no es nada fácil. Pero creemos que no nos equivocamos mucho si, para contestar en cierto modo a la furia gratuita de este crítico, nos atrevemos a decir que la poesía, igual que la filosofía y el arte en general, es una técnica del conocimiento, una manera de alcanzar la verdad y, con esto, de hacer que la vida sea más clara y más agradable hasta para aquellos que, negando a la poesía, niegan la posibilidad del hombre de acercarse a la verdad y de conocerla.

VINTILA HORIA

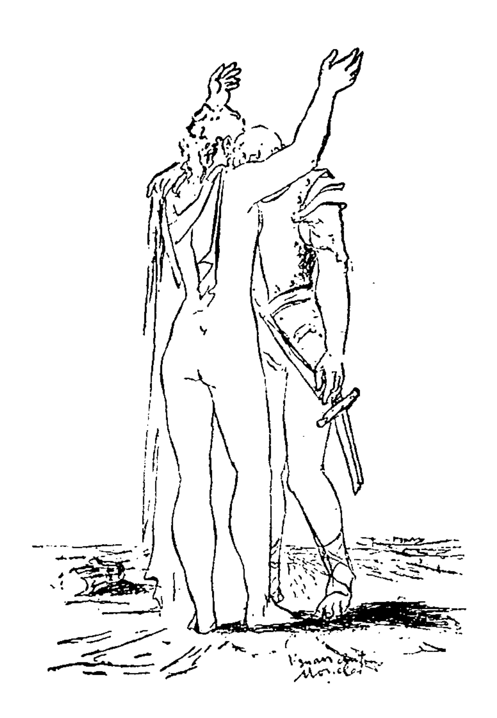
# INDICE

*Páginas*



Portada y dibujos del pintor español *Manuel Mampaso*. En páginas de color, discursos del embajador de Colombia en Madrid y del rector de la Universidad complutense, y el trabajo *Don Andrés Bello y el Código Civil chileno,* original del ministro consejero de la Embajada de Chile en Madrid, don Luis Arteaga.

# ¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID

1 9 5 6

EN EL PRESENTE NÚMERO RECOGEMOS EL DISCURSO DEL EMBAJADOR DE COLOMBIA EN ESPAÑA AL CONDECORAR, EN NOMBRE DE SU PAÍS, A LOS RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES DE SALAMANCA Y MADRID; LAS PALABRAS DE CONTESTACIÓN DE DON PEDRO LAÍN ENTRALGO, Y UN TRABAJO DE DON LUIS ARTEAGA, MINISTRO CONSEJERO DE LA EMBAJADA DE CHILE EN MADRID, SOBRE DON ANDRÉS BELLO Y EL CÓDIGO CIVIL CHILENO.

# LA TRADICION HUMANISTICA DE COLOMBIA

*Discurso del embajador de Colombia en España, doctor Gilberto Alzate Avendaño, al condecorar, en nombre de su país, a los rectores de las Universidades de Salamanca y Madrid, señores Antonio Tovar y Pedro Laín Entralgo.*

Excelentísimos ministros de Estado, rectores magníficos de Madrid y Salamanca:

Es fama y consenso, cuya exactitud histórica no se trata de discutir ahora, que los conquistadores de América eran hombres de aventura, en quienes más se encomia su desnuda entereza humana, la voluntad tremenda y la descomunal bizarría, que ciertos esquivos atributos intelectuales. Según el verso de Heredia, se lanzaron de Palos de Moguer como bandada de gerifaltes de alcántara feudal, poseídos por un sueño hazañoso, en pos de los áureos grumos y las henchidas venas de Eldorado, que los esperaba más allá del azul fosforescente de la mar de los trópicos.

Mas hubo uno entre ellos en quien se daban cita las armas y las letras. Era un abogado granadino, docto en latines, digestos y partidas. Todo tenía "gavilanes" en su traza y su alma, ornadas de espada y pluma. Se llamaba don Gonzalo Ximénez de Quesada. Exhibía tan exigente prurito gramatical y a tal extremo estaba apegado a las honradas tradiciones de la lengua, que Juan de Castellanos, soldado suyo de Caballería y cronista en verso de su hazaña, refiere una disputa entre ambos, junto al vivac del campamento, a orillas del Magdalena, en que el capitán erudito sacó su tizona dialéctica y salió al campo verbal en defensa de las tesis retóricas de Castillejo, jefe de la resistencia contra la invasión del endecasílabo italiano, que iba a desplazar la cantidad silábica del romance, la cuaderna vía y las coplas de arte mayor. ¡Ah Pedro Laín, que no os hubiera dejado introducir a furto formas exóticas, al modo de Juan Boscán de Almogávar y el fiero y dulce Garcilaso!

Cuentan las crónicas que Ximénez de Quesada dejó una media docena de manuscritos a la posteridad y copiosas deudas a sus herederos, después de haber conquistado para el césar Carlos V un dilatado imperio, como que el licenciado se empareja en estatura prócer y méritos históricos con Hernán Cortés y Pizarro. Hombre fácilmente piadoso, en su testamento hizo una manda para que en la cuesta de Limba, cerca a Tocaima, se mantuviera una tinaja de agua fresca que apagara la sed de los caminantes en aquella vía, cuyas piedras calcinadas reverberan bajo las ascuas de un sol que ampolla la tierra. El Instituto Caro y Cuervo ha publicado recientemente el *Antijovio* de Quesada; rescatado al olvido, donde el letrado y conquistador, con tanta piedad patriótica como vigor polémico, refuta al italiano Pablo Jovio, obispo de Nocera, cuya historia denigraba a los españoles. Esta réplica, en treinta y siete capítulos, la hace sin archivos y obra de consulta, guiado de la memoria. Y, escritor esmerado, se excusa del desaliño del estilo, porque hace años anda en contacto con gentes escasamente pulidas, zafios mesnaderos y paisanos que le sirven de interlocutores.

Si evoco ahora a Ximénez de Quesada y me remonto a tan lejanas fechas en la explicación preliminar de este acto, es porque aquel licenciado, conquistador del Nuevo Reino de Granada y fundador de Santa Fe de Bogotá, dejó sus indelebles huellas digitales en el alma de nuestro pueblo, configurando un poco a los colombianos a su imagen y semejanza.

Quesada es el más antiguo progenitor de nuestro espíritu nacional, propenso a la dialéctica, a la jurisprudencia y a las musas. No es de extrañar si, esculcando los bolsillos de nuestros hombres públicos o las gavetas secretas de sus escritorios, topamos con algún verso furtivo, con pecados veniales líricos, si el propio adelantado era un poeta vergonzante, no ajeno, según decires añejos, "al poético gusto y ejercicio".

A su vez, los habitantes del mundo precolombino, los súbditos del Imperio chibcha, cantaban en los umbrales de los templos los sucesos prósperos o adversos, como relata el propio Quesada, que los oye cantar en melopeas las causas justas para hacer la guerra, cantar siempre, "lo mesmo en la victoria que en el desbarato", para regocijarse, lamentarse o cobrar ánimos.

Y no está solo Ximénez de Quesada en las cabeceras de nuestros orígenes históricos y literarios, sino el mismo Juan de Castellanos, experto en el manejo de la lanza y la pluma, en escarceos de la jineta y la estrofa, aunque a veces le tropezaran el caballo y la sintaxis, el cual narró en una ingenua y tosca epopeya los episodios de la conquista. A Castellanos todo se le convertía en verso, hasta las fechas. Retirado de las armas y las caballerizas, vistiendo sayal levítico como cura de almas en la recoleta villa de Tunja, dióse a escribir las *Elegías de los varones ilustres de Indias* y la *Historia del Nuevo Reyno de Granada*, con epígrafes latinos, en octavas reales las más veces. Así hizo su poema épico, en que los exegetas encuentran algo de la rústica dignidad de los rapsodas primitivos. Allí coexisten el dato histórico, el acento heroico y los maliciosos donaires del genio popular, porque nuestro cronista no desmentía su oriundez andaluza. Resulta acaso el poema más largo de la literatura universal y seguramente de la lengua castellana, pues se compone de ciento cincuenta mil versos. En verdad os digo que no es una composición métrica, sino kilométrica. En ocasiones lo visitaba el numen, en auténtico trance lírico. Entonces producía versos hermosos, como cuando describe el júbilo de los conquistadores al divisar el valle de los Alcázares:

*Tierra de oro, tierra abastecida,*
*tierra donde fundar perpetua casa,*
*tierra con abundancia de comida,*
*tierra de grandes pueblos, tierra rasa,*
*tierra de bendición, clara y serena,*
*tierra que pone fin a nuestra pena.*

### LA VOCACIÓN HUMANÍSTICA

Ya en los finales del siglo XVI, los dominicos fundan en su propio convento santafereño el Colegio de Santo Tomás, al que una bula de Gregorio XIII otorga privilegios y categoría universitaria. En 1604, el arzobispo Lobo Guerrero establece el Colegio de San Bartolomé, que posteriormente se erige en Universidad Javeriana. Luego, el prelado fray Cristóbal de Torres crea el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dotándolo de constituciones y rentas. En esas aulas se enseñan artes y humanidades; teología y medicina, gramática y física.

El ámbito de Santa Fe de Bogotá poblóse desde entonces con el rumor de la controversia especulativa. Se dijera que se había desplazado, dentro del marco temporal de la época, hacia la remota altiplanicie andina el aire de los claustros y posadas de París del siglo XII, donde aquel turbulento Abelardo, entregado a silogismos y amoríos, enseñaba el *trivium* y el *quadrivium*. Los soportales de la quieta villa serrana parecían una sucursal de la docta Salamanca, la áurea ciudad "de raíz gramatical", reproduciendo los torneos del ergotismo escolástico, cuyo estilo geométrico y vocación por la disputa causaron el pasaje satírico de Vives. Vivía la colonia dentro de *quaestiones disputatae* y afanes dialécticos. A tal extremo, que el purpurado virrey Caballero y Góngora se lamentaba en su relación de mando de que las preocupaciones especulativas obstruyeran el paso a las útiles ciencias exactas, cuando había en el territorio tantos caminos que abrir, aguas que contener, minas que perforar, industrias y riquezas que explotar, siendo más necesario disponer de un equipo que manejara el cálculo, el compás y la regla, que tener eruditos exegetas del ente de razón, la forma sustancial y la materia primera. Se estaban formando, a juicio del gobernante mitrado, demasiados vasallos ociosos.

Esta no es una defensa, sino una constancia. Sólo que de aquellos claustros escolásticos salieron nuestros próceres, héroes y sabios. Así fuimos siempre. La tertulia eutrapélica, el cenáculo de Nariño y otras peñas literarias, que degustaban en salones las jícaras de chocolate santafereño o dialogaban en el atrio de la catedral a la caída de la

tarde, fueron el caldo de cultivo específico de la revolución emancipadora y el almácigo en que crecieron las ideas nuevas que iban a conmover la siesta de la colonia, derrumbando las preteridas formas políticas.

Ese es nuestro modo de ser, nuestro estilo histórico, nuestra peculiar forma de vida, nuestra jerarquía de valores. Los héroes de la independencia colombianos solían ser letrados, como Nariño, Caldas, Santander, Camilo Torres, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano y José Félix de Restrepo, para citar apenas unos cuantos nombres egregios. Los mismos que acompañaron a Mutis en la ciclópea empresa de la expedición botánica y bajo su rectorado aprendieron a explorar la órbita de las constelaciones, no vacilaron en enrolarse en la gesta civil y afirmar en el patíbulo sus propias tesis. Iban a la revolución por el camino del conocimiento. Eran gente cavilosa, cogitabunda, pero al extremo de sus raciocinios atestiguaban la conclusión con ofrenda de sus propias vidas. El silogismo dejaba de ser una operación de la mente, un ejercicio abstracto, para adquirir un *ethos* trágico, dándole un sentido a la vida y también a la muerte.

A través de todas las épocas, en nuestra existencia colectiva, le hemos dado siempre primacía a los valores del espíritu. Nuestro estado mayor civil, nuestro comando político, la clase dirigente colombiana, se ha compuesto de gentes de pensamiento. Nos han gobernado con frecuencia humanistas, gramáticos y poetas. Casi todos nuestros hombres públicos salen del cuartel general de las letras. Si en otras partes los pensadores y escritores viven recluídos en su torre, sin vías de comunicación con el cuerpo social, nosotros les hemos atribuído especiales fueros y prerrogativas. La condición de poeta puede ser en muchos países una objeción grave para un político, pero en Colombia es casi una regla, por no decir que un requisito. Así, nuestra República ha mantenido una línea de exigencias y preferencias intelectuales, una tradición humanística.

### EL SENTIDO DEL HOMENAJE

Perdonadme este prolijo exordio, para justificar y aclarar el alcance y significado de este acto, la gratuidad de este homenaje. Mi país no condecora a Pedro Laín Entralgo y a Antonio Tovar por lo que les deba, porque ésta es una cuenta que todavía no se ha abierto, sino por lo que ellos son. No les paga favores y servicios. Los exalta por su intrínseca valía y eminencia humana.

Pedro Laín fué apenas nuestro grato y fortuito huésped por breves días intensos. Antonio Tovar no conoce siquiera nuestras ciudades, nuestra arrugada topografía, los grandes ríos leonados y las feraces praderas de nuestro territorio. Ello no nos importa al honrar a estos jóvenes maestros de la España contemporánea. Con este galardón simbólico no se trata de satisfacer deudas, sino de rendir tributo a dos figuras representativas de la comunidad hispánica. Tan discreto honor es más un mensaje que un estipendio.

Al par que vuestros merecimientos y vuestra propia personalidad de varones conspicuos, no es extraña a nuestro homenaje la investidura que ostentáis, rectores magníficos de Salamanca y Madrid. Al conceder la parva pero significativa presea a quienes gobiernan dos Institutos ilustres, nosotros rendimos reconocimiento a esos venerables claustros y declaramos el vínculo filial de nuestra cultura. Somos sus herederos, causahabientes y partícipes de un patrimonio de espíritu. Tan preclaras Universidades nos han transmitido un acervo de bienes inmateriales, un depósito de experiencia y sabiduría, permitiendo a nuestros pueblos nuevos la capitalización intelectual y el ahorro.

### SALAMANCA Y SU RECTOR

El solo nombre de Salamanca suscita en el espíritu muy gratas y nobles resonancias. Desde antigua data se la reputa por todas las latitudes como la urbe letrada por antonomasia, vivero del saber, emporio insigne de las ciencias y tierra del canto profético, como dijeran sus historiadores clásicos.

Todas nuestras gentes de letras conocen mentalmente a Salamanca, como la topografía de sus propias manos. Con la imaginación y el deseo han visitado sus fachadas platerescas, sus templos y

sus palacios, cuya piedra dulce y blanda cobra al oxidarse, según Unamuno, un color caliente de oro viejo. Han paseado, en ejercicios peripatéticos, a las orillas del Tormes o han entrevisto, en las demoradas tardes de estío, ese patio presidido por el bronce de fray Luis, pardo de intemperies, donde solía solazarse el vasco impertérrito para escuchar un silencio henchido de rumores seculares. Se han creído contertulios de la Plaza Mayor o transeúntes de las callejas por donde discurre la sombra de la trotaconventos del bachiller Fernando de Rojas o pasa el ataúd de don Félix de Montemar, el estudiante truhán de Espronceda. Han mirado por encima de las bardas el oreado huerto del fraile, abastado de paz y contentamiento, en que zumban abejas horacianas. ¡Qué no podrían evocar ellos de ese "alto soto de torres", ni decir del hechizo mental salmantino, ni predicar de esa ciudad entrañable que el viejo y zahareño don Miguel declaraba que cuando "os hablo de mí, de España, de cualquier cosa, os estoy hablando de ella"!

Y en esa Salamanca, contra su fondo erudito y teológico, se perfila la silueta de su joven rector, Antonio Tovar, con ese ascético talante de novicio ibérico, nervioso y soñador, que le encontrara su compañero Laín. Doctor honorario de Berlín y Buenos Aires, catedrático de Latín por largo tiempo, explorador de las civilizaciones abolidas y la estructura lingüística de los viejos idiomas, traductor y exegeta de los autores griegos, experto cicerone en la filosofía antigua, es Tovar un filólogo de muchas ejecutorias, un ensayista original y una alta autoridad europea en humanidades clásicas. Entregado a disciplinas gramaticales, examina con cuidado las vicisitudes de las palabras, trabajando en el interior de ellas y repasando sus orígenes, su plenitud de significado, su ensambladura en el discurso. En este menester ha aprendido la verdad de la sentencia del sabio oriental, cuando dijo que la primera ley del Estado debía ser el ajuste de las denominaciones, porque cuando los vocablos no se acoplan exactamente a las cosas que nombran, sobreviene el desorden mental y la anarquía de los espíritus.

Yo he leído recientemente la *Vida de Sócrates,* de Tovar, en cuya obra encuentro el mismo estilo agonal de su ínclito predecesor en la rectoría de Salamanca. En el prólogo suministra algunas pistas. "Sobre las ruinas de todo conocimiento—escribe—, sobre los huesos calcinados de los que fueron sistemas vivos, se yergue el anhelo de conocer históricamente las cosas y dejarlas un momento quietas, como suspendidas en su paso inexorable. Hay aquí como un afán de sabiduría suprema y orgullo de no morir." Hace, sin embargo, el panegírico de la caducidad y sonríe de la tentativa de convertir en estructuras marmóreas pensamientos de aire, rendido a la soberanía del tiempo. Contra el dolor del tránsito no hay analgésicos. Fluye la vida en su corriente, pese a la criatura que se alza desesperada.

A Sócrates lo coloca al margen de los sistemas, como un hombre que inquiere y llama a la vida para que absuelva posiciones, preguntando siempre, inquieto y alerta. Ese es su esfuerzo por ganar conciencia y el origen de la nostalgia socrática de un perdido paraíso.

Tovar exalta a Sócrates por haber preferido la cicuta a la excomunión, por el apego a su mundo natal, por su muerte dentro de la ortodoxia y la piedad hacia los dioses locales que han criado a las generaciones. Su ejemplo nos enseña que no se deben amputar las raíces y que es menester ser fieles al genio del lugar en que se ha nacido. En ello se sustenta el lote de alegría accesible a los mortales. Esas verdades, más que la inteligencia, las conoce la sangre, porque en ella hay algo que es tierra, como dice el verso de Machado. Para Tovar, aquella definición aristotélica de "animal político" quiere decir que el hombre se diferencia esencialmente de los demás seres en que nace sujeto a una ciudad y metido dentro de una historia.

Sitúa a Sócrates bajo un reflector contemporáneo y hasta emplea locuciones propias de nuestra era, como cuando cuenta que, después de la muerte de Alejandro, emigró Aristóteles con pasos cautos, porque soplaban vientos adversos para los "colaboracionistas", justificando el Estagirita su fuga so pretexto de que no se podía dar a los atenienses

la oportunidad y el riesgo de comprometerse con los dioses en la muerte de dos filósofos.

Tovar alude al *virus de la razón* y pide que se rescate al hombre de "la enfermedad que se llama civilización", para restituirle su fuerza, su originalidad, su dureza y su facultad de crear.

En la atmósfera de Salamanca prosigue Tovar sus cavilaciones y disciplinas, su plática absorta con los vivos y los muertos, escoltado por tantas sombras pensativas y nombres ilustres que aparejan un compromiso: Vitoria, Suárez, Vives, Malon de Chaide, el Brocense, el Tostado, Covarrubias, Calderón de la Barca, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Solórzano... Es una galería que va desde fray Luis hasta Unamuno, "ese banderizo indomable de la ciudad de Dios". Ahí trabaja, piensa y escribe no con el yerto instrumento de la razón, sino con la cabeza, que, como explica Laín, tiene pulso y latido.

#### PEDRO LAÍN Y LA HERENCIA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

A su turno, Pedro Laín Entralgo ejerce con ejemplar decoro y brillo el cargo rectoral de la Universidad Central de Madrid, sucesora del glorioso instituto de Alcalá de Henares, en que el cardenal Cisneros puso todas sus complacencias. Era hermana menor de Salamanca y su rival en la Edad Media, con su colegio de San Ildefonso y su séquito de numerosas fundaciones docentes del mismo estilo. Ella acometió la insigne empresa de la biblia complutense y se opuso, con éxito, a muchas tesis de la Universidad de París, venciéndola en resonantes controversias teológicas.

Hoy es la Universidad Central. Con una constelación de facultades mayores y alumnos que vienen de todos los confines del mundo hispánico, ha ensanchado sus límites y se ha cargado de preocupaciones nuevas. Su rector magnífico ha querido que ella cumpla sus tareas culturales específicas no solamente creando y produciendo profesionales idóneos, un equipo técnico con sobrada competencia en su oficio, sino sirviendo también como depositaria de la cultura en su sentido humanístico y laboratorio que acreciente los conocimientos científicos. Laín se ha esforzado, como sus predecesores, en que ese claustro satisfaga la función universitaria, que no se contrae a la enseñanza metódica de las profesiones, sino que abarca la investigación, la trasmisión y la extensión de la cultura, para que su influjo se derrame en las masas. Trata Laín de establecer una fértil convivencia entre el saber técnico, el saber culto y el saber de salvación, para emplear una terminología grata a Scheler.

Y no solamente aspira a esa armoniosa síntesis, sino que, a su parecer, la Universidad debe ponerse al nivel del tiempo presente y al servicio del hombre. En ella tiene que encontrar expresión la conciencia nacional, los valores espirituales de un pueblo, su realidad histórica, sus ansias de superación y grandeza. Tales objetivos no los cumple un claustro petrificado en formas anacrónicas, ni circunscrito a la producción anual de licenciados y doctores. Su misión es formar altas inteligencias responsables, *élites*, minorías egregias que guíen el destino colectivo, al producirse el relevo de las generaciones. Se requiere por ende una función de ósmosis y endósmosis entre la escuela y la vida, para fertilizar el saber literal con un sentido humano y una vocación de servicio.

Más ambicioso todavía, este magnífico rector propone una trabazón orgánica de todas las universidades hispánicas, para que el recinto de cada una constituya morada común de las nuevas promociones de nuestras patrias, convocadas a un destino solidario por el idioma, la raza, la fe, los vínculos históricos y la misma idea del hombre.

A la par de sus tareas docentes, adelanta Pedro Laín un trabajo intenso y casi desmedido de polígrafo. Dentro de su juventud colmada y grave, en que las cavilaciones le han ornado los aladares de canas precoces, ya lleva un vasto aporte de libros de singular densidad y mérito. Vive con el ascetismo de un *clerc*. Todos los problemas contemporáneos incitan su inteligencia en vela, como lo demuestra la variedad de sus ensayos, el apretado racimo de sus obras. Su itinerario mental pasa por la física, la medicina y la historia. Igual escribe

sobre el proceso histórico de la ciencia médica, que muestra una densa copia de conocimientos filosóficos y preocupaciones eruditas sobre semántica. El menester científico no le ha cercenado la vocación por la literatura, ni disminuído sus predilecciones estéticas.

Así vemos a Laín internado en el estudio de la antropología en la obra de Fray Luis de Granada o haciendo el enjuiciamiento crítico de la generación del 98, con espíritu constructivo, para destacar sus semejanzas y diferencias, su unidad sinfónica, el *humus* histórico en que se nutre, su amor amargo y furioso a España, que trasciende en todas sus negaciones.

También embraza la pluma polémica para participar en el debate sobre el tema de nuestro tiempo, sobre el conflicto de las generaciones en la historia, que Ranker, Dilthey, Pinder y Ortega pusieron en boga. Su obra es a la vez corroboración y réplica al maestro peninsular, caído recientemente hacia la ladera de la muerte, a quien objeta su concepción biológica y vitalista. Para Laín la semejanza generacional no es como el parecido anatómico de dos rostros—el mismo aire de familia—, sino una común voluntad histórica. Una análoga postura ante los problemas de la época, la conciencia del vínculo, la certeza de una comunidad de destino, es lo que presenta a una generación como variedad humana y fase distinta en el devenir de un pueblo.

Laín pertenece a la serie de escritores peninsulares que le dan un carácter instrumental a la técnica literaria y los primores de estilo, para dotar a su obra de un sentido más profundo, como empresa de cultura y misión humana, con un *pathos* y un *ethos*. Por eso tiene tanto porte y dimensión su presencia de joven maestro.

Esa obra y esa escogida calidad de espíritu han determinado a Colombia, como discreto testimonio admirativo, a condecorar a Laín y Tovar. Para explicar el hecho yo me he entretenido demasiado, abusando de vuestra benevolencia. Un aforista contemporáneo decía que ser breve requiere tiempo. Parece que yo no lo he tenido. Os pido excusas por la longitud de este descuadernado discurso.

Este acto me es singularmente grato, al margen de las tiesas pautas del protocolo. No a fuer de embajador, que es una investidura aleatoria, sino como amigo, yo me congratulo con Pedro Laín y Antonio Tovar. Ellos saben cuánto afecto he querido poner en mis palabras, porque aparte de cuanto he dicho, hay una circunstancia cordial, que es la amistad verdadera que profeso a ambos, desde que tuve la fortuna de acercarme a tan dialectos espíritus, que ha sido como calentarse las manos al amor de la lumbre.

GUILBERTO ALZATE AVENDAÑO

## DISCURSO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR DON PEDRO LAIN ENTRALGO, RECTOR MAGNIFICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Muchas razones hay, señor embajador, mis queridos amigos, para que sea desmesurado el honor que, con esta condecoración, se me hace. Desmesurado: carente de mesura, falto de proporción con la realidad a la cual se confiere, con mi personal realidad. ¿Qué he hecho yo por Colombia, fuera de entrever un día, bajo la carlinga de un avión, el largo brillo plateado del río Magdalena, ese cristal busca el Norte

*igual que la mirada, el azor y la brújula,*

según el poético decir de Jorge Rojas; y de contemplar luego apresuradamente cómo Bogotá sabe cumplir la sentencia del mismo poeta:

*Esta que ves y tiene su cimiento en*
*[el alma*
*es Bogotá, que ignora la medusa y la*
*[esponja,*
*mas tiene ala de puerto e inmensidad*
*[que azota*
*el momentáneo sitio donde se posa el*
*[águila*
*y en azúcar resuelve su escudo de gra-*
*[nada;*

y de gozar, entre tanto, del trato generoso y lisonjero de sus hijos? Fuera de todo eso, ¿qué hice yo por Colombia, para que ahora reciba el privilegio de su blasón?

Y si el honor es grande por la razón —o por la sinrazón— de su desmesura, todavía es mayor, si se piensa en la fina largueza con que se me deparó compañía a la hora de concedérmelo.: cuatro príncipes de las letras españolas de nuestro siglo—Ortega, por quien mucho tiempo ha de hablar de luto nuestra lengua, *Azorín,* Marañón y Baroja—y, par de ellos en el saber y el escribir, mi fraterno Antonio Tovar, prez de la actual minerva castellana. Dejadme, por favor, que remedie mi propia invalidez con la fuerza de todos ellos y diga que, decidiéndose a honrarnos a todos nosotros, rendidos servidores de la palabra castellana—ellos con señorial servidumbre de capitán de navío, yo con animosa servidumbre de grumete—, Colombia, liberal y delicada en el dar, ha querido ser fiel a lo mejor de sí misma.

¿No es acaso Colombia, más quizá que la propia Castilla, vestal del fuego de nuestro común idioma, celadora insigne del crisol donde se afina el oro del decir castellano? Letrada nació, como Palas Atenea, por obra de uno de sus engendradores, aquel Gonzalo Jiménez de Quesada, ya noble y disertamente celebrado aquí, que, como ningún otro, supo exponer frente a Jovio las profundas, prometedoras razones de su propia espada. Fielmente letrada quiso ser luego, al constituirse como pueblo libre; y así, a la hora de buscar nombre, eligió aquel que mejor podía convenir a un país del continente que hoy llamamos americano. Es decir, hizo honor suyo el cumplimiento de un deber del continente entero, y decidió llamarse Colombia. Por bien letrada, supo acertar con la palabra. Y luego, en los momentos en que su nacionalidad se constituía, cuando otros se entregaban, para celebrar la recién conquistada libertad, a una retórica ocasional y abultada, Colombia, por la virtud de tres de sus más eminentes hijos —la trinidad de Caro, Cuervo, y Suárez—legisla el idioma común con normas que todavía sirven de norte en la Castilla donde el idioma nació. Y letrada había de seguir hasta el tiempo en que vivimos, en el cual se inicia resueltamente su mayoría de edad. ¿Quién no recuerda la muerte de Guillermo Valencia en su Popayán nativo, de la cual tantas veces nos ha hablado nuestro admirado Eduardo Carranza; muerte de poeta en medio de un pueblo que, en la calle, iba siguiendo minuto a minuto el expirar de quien les había regalado un nuevo y más alto modo de usar las palabras?

Letrada ha sido Colombia, y siempre fiel a España. Tan fiel, que el propio Guillermo Valencia quiso reconquistar para su tierra la más alta creación del espíritu español, y hacer de Colombia casa permanente y definitiva de Don Quijote. Recordad, si no, su poema "La razón de Don Quijote", y cómo en él nos cuenta que el hidalgo, huído de España por Palos de Moguer y alistado a las órdenes de Belalcázar, decía, desde lo alto de uno de los cerros próximos a Bogotá:

*Aquí mora mi espíritu libre y vivi-*
*[ficante,*
*yo estoy entero aquí con mi nombre y*
*[mi fama.*

Por obra de una alta voz de Colombia, América, Hispanoamérica, quería ser constante hospedera de Don Quijote. No hubo en ello capricho ni extravagancia, porque el mito de Don Quijote, el mito de una existencia quijotesca como empresa histórica perennemente válida y eficaz, es acaso más vivo y más

obrador en la tierra hispanoamericana que en la misma tierra de España.

Mas también aquí ha sido predicado el retorno del ejemplar hidalgo. Cuando Guillermo Valencia recababa para Colombia e Hispanoamérica la constante residencia de nuestro y vuestro Don Quijote, Miguel de Unamuno, Santiago Ramón y Cajal, Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset y, con su sueño de español, el propio Menéndez Pelayo, ¿qué hacían, sino proclamar otra vez para España, como imperativo de una hora todavía no conclusa, la vigencia de una existencia quijotesca? A uno y otro lado del mar, el llamamiento ha tenido actualidad y eficacia simultáneas. ¿Es posible que esa actualidad y esa eficacia trasciendan de las almas a la historia real? El embajador de Colombia nos recordaba hace poco el memorial de aquel arzobispo que, frente a la demasía de los retóricos, exponía al rey la necesidad de explotar las minas, encauzar las aguas y cultivar las tierras. ¿Será posible, aquí y allí, conjugar de un modo eficaz la servidumbre a la existencia quijotesca y el cumplimiento actual de aquello que el buen arzobispo proponía? El tiempo y nuestras obras lo irán diciendo. Pero desde ahora podemos decir que, para el logro de tal empresa, Colombia ocupará siempre un decisivo lugar de vanguardia; Colombia, que por obra de su gran poeta supo expresar el sentido del sacrificio quijotesco; que el claro fanal de la conciencia haga luminoso y propicio el sino.

Por esto, a la hora de expresar mi gratitud, voy a ser tan ambicioso que la trocaré en petición. Pediré a Colombia que siga fiel a sí misma y, por tanto, a la palabra y al espíritu del cual la palabra es forma; de tal modo, que, si en algún momento tuviese que optar, prefiriese siempre "el claro fanal de la conciencia", una conciencia fina, hermosa y dialécticamente expresada. Esto es lo que vemos en Colombia, esto lo que de ella queremos. Y si por añadidura tiene lo demás, el cafetal opulento, la mina fecunda, la empresa siderúrgica y la energía bien represada, miel sobre hojuelas. Eso esperamos de la colaboración entre Colombia y España, como tan noble y levantadamente acaba de proclamar Gilberto Alzate Avendaño. Así deseamos ver siempre a Colombia, allá lejos, "con su espuma y su piedra, dulcemente curvada sobre el hombro de América".

# DON ANDRES BELLO Y EL CODIGO CIVIL CHILENO

*(Disertación del ministro-consejero de la Embajada de Chile, señor Luis Arteaga Barros, en el Instituto de Cultura Hispánica, con motivo del Centenario del Código civil chileno.)*

(VERSIÓN EXTRACTADA)

Excmos. señores embajadores:

Señoras y señores:

Deseo, en primer término, agradecer al Instituto de Cultura Hispánica y a la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid la valiosa cooperación que han prestado a la Embajada de Chile y a la Asociación de Estudiantes Chilenos residentes en Madrid, para la celebración del Centenario del Código Civil Chileno. Especialmente agradezco a los dignos representantes de ambas instituciones, señores José Luis Messía y Alfonso García Valdecasas, las amables expresiones que acabamos de escucharles.

Por mi parte, he deseado contribuir, en mi doble calidad de ministro-consejero de la Embajada de Chile y de abogado chileno, a esta conmemoración del Centenario del Código, en el cual aprendí en las aulas universitarias las importantes disciplinas del Derecho civil; y en cuya diaria aplicación, durante veinte años de ejercicio de la profesión de abogado, pude apreciar sus grandes cua-

lidades de ley bien estudiada y bien redactada.

He estimado que la mejor manera de unirme a este homenaje es la de recordar ante vosotros, con respeto y con cariño, la personalidad extraordinaria del verdadero autor del Código, el distinguido venezolano don Andrés Bello.

## I

Nació Bello en Caracas, el día 30 de noviembre de 1780, cuando el mundo occidental se conmovía con las nuevas ideas filosóficas, políticas y sociales, cuya primera repercusión en América había de ser la independencia de los Estados Unidos, y en Europa la Revolución francesa.

Los primeros profesores de Bello fueron frailes y uno que otro profesor seglar, que desde muy joven lo iniciaron en las disciplinas del latín, de la filosofía, de las matemáticas, de la literatura y de otras ramas del saber humano. Tuvo profesores de francés, pero el inglés lo empezó a aprender solo, ayudado de un diccionario y de una gramática, impulsado del deseo de leer ciertas obras filosóficas inglesas.

Es curioso que ese hombre tan estudioso no llegara a graduarse en ninguna profesión. Empezó a estudiar Derecho, para llegar a ser jurisconsulto, como su padre, don Bartolomé Bello, pero abandonó pronto esos estudios en los que llegaría a ser maestro.

La explicación del abandono de tales estudios podría estar, o bien en que estimó deficientes los medios en que los realizaba, o bien en la necesidad de empezar desde muy joven a procurarse los medios de subsistir, que tal vez empezaron a escasear en su familia al fallecimiento de su padre, circunstancia que lo obligó a ayudar a su madre, doña Antonia López, que vivió largos años, y a la cual profesó siempre un gran cariño.

En tertulias literarias conoció a su compatriota, algo más joven que él, don Simón Bolívar, y, entre otros hombres destacados de Caracas, a don Luis Ustariz, mediante cuya influencia, aunque previo concurso, obtuvo en 1802 ser nombrado oficial de Secretaría de la Gobernación de Venezuela.

Pronto llegó a ser el hombre de confianza del gobernador Vasconcelos, logrando imponerse en sus mayores detalles del manejo de la cosa pública. A la muerte de Vasconcelos conquista igual confianza del nuevo gobernador, don Juan de Casas.

Avanzado ya el año 1808 llegan a Caracas noticias del tumulto de Aranjuez; pero si bien la caída del favorito del rey no produjo conmoción en la ciudad, la produjeron, y muy grande, las noticias que habían de llegar posteriormente: también caía el rey y subía al trono el príncipe de Asturias con el nombre de Fernando VII.

A principios de julio, Casas recibe un ejemplar del diario inglés *The Times*, cuya traducción encarga a Bello. ¡Cuál sería la sorpresa de éste al leer en el referido periódico que Fernando VII ya no reinaba, pues había sido reemplazado por José Bonaparte, que la familia real estaba prisionera y que las tropas francesas ocupaban la Península!

Días más tarde llega a Caracas un enviado francés, que entrega a Casas pliegos oficiales, que Bello traduce, por los que se le hace saber la ascensión al trono de España del hermano de Napoleón.

Casas, anonadado, constata que él nada puede hacer. Carece de fuerzas para ayudar a su rey frente al amo de Europa.

Pero si la autoridad española nada hace por el momento, el pueblo de Caracas, al igual que el de otras ciudades americanas, sí que hizo algo al conocer las dificultades de la Metrópoli.

El cabildo de Caracas, como el de Buenos Aires, de Santiago de Chile y de otras ciudades, era un reducto de la oligarquía criolla, que alimentaba ya sentimientos libertadores. Con astucia acuerda el cabildo resistir la designación del rey intruso y jura fidelidad a Fernando VII. El acuerdo produjo júbilo y agitación en el pueblo. En resguardo de su vida el enviado francés abandona Caracas y por curiosa coincidencia se cruza en el camino a la Guaira con un enviado inglés que trae la nueva de que España organiza la resistencia.

He querido recordar estos hechos y

los que les siguieron no sólo por su gran interés, sino que también por la influencia que habían de tener en la vida, en el ánimo y en las ideas del joven criollo que sirve a la Corona de España como secretario del gobernador, pero que es también amigo y admirador de los inspiradores y futuros realizadores de la independencia de Venezuela. Miranda, el precursor, se hallaba a la sazón deportado. Bolívar y sus amigos conspiraban. El plan de éstos era formar una Junta que se había constituído en España, que "sirviese de medio para cortar toda dependencia con la Metrópoli".

En 1809 asume el mando de Venezuela un nuevo gobernador, don Vicente de Emparán, cuya primera actuación pública es la de celebrar el triunfo de Bailén, que marca el principio del fin para el efímero régimen de José Bonaparte, que tan pronto había de convencerse que no era fácil ceñir sobre las sienes la prestigiosa Corona de España.

Pero, a pesar de ese triunfo de la resistencia española, continúan en la Península las dificultades, alentándose con ello las iniciativas en pro de la emancipación.

Y llegamos así al año 1810. Se organiza en Caracas un complot revolucionario, que es desbaratado por las autoridades españolas, ordenándose algunas detenciones. Años más tarde, una voz interesada en denigrar a Bello lo calumniará, mostrándolo como culpable del fracaso de ese complot y como traidor a la causa de la independencia y a sus amigos. Pero se comprobará la injusticia de esa acusación.

En todo caso, es la mejor defensa de Bello el hecho de que la Junta indepediente que se constituyó el 18 de abril de ese año, no sólo confirmó a Bello en su cargo en la Secretaría de la Gobernación, sino que, aún más; en julio del mismo año lo envía a Londres, junto con Bolívar y López Méndez, a gestionar el reconocimiento y a pedir ayuda para el nuevo régimen.

## II

En esa forma se inicia para Bello la segunda etapa de su vida: la de su larga y fructífera permanencia en Londres, ciudad en la cual, cumplida la difícil misión diplomática, se dedica al estudio, al trabajo y a la lectura.

Perfecciona sus conocimientos de inglés, aprende el griego, el italiano y el portugués. Lee y traduce clásicos latinos y griegos, estudia filosofía, derecho, y ¡cosa curiosa!, en el centro mismo del mundo de habla inglesa sigue con mayor entusiasmo sus estudios e investigaciones sobre la gramática castellana, que habían de darle tan justificada fama. En colaboración con otros americanos edita algunas publicaciones, como el Repertorio Americano y la Biblioteca Americana.

Aquéllos habían de ser los años de prueba del futuro maestro. Las tropas españolas han reconquistado Caracas, ha dejado de existir el Gobierno que lo había enviado a Londres, y por lo mismo él ha dejado de percibir el sueldo del cual depende. Bolívar ha regresado a América para intervenir en las guerras de su independencia. Bello y López Méndez deben afrontar una difícil situación. Mientras este último, agotados sus recursos, es llevado a la cárcel por deudas, Bello trabaja intensamente, logrando sobreponerse a las dificultades. Hace clases, traducciones y otros trabajos, con los cuales gana el sustento propio y el del hogar que ha formado con la dama inglesa doña Ana María Boyland, de quien había de tener pronto dos hijos. Fallecida prematuramente su esposa, vuelve a casar con doña Isabel Dunn, de quien ha de tener numerosa descendencia.

Así, entre estudios y trabajos, penas y alegrías, vive Bello dieciocho años en Europa; años en extremo interesantes de la historia y muy bien aprovechados por él, que allá llegó a ser maestro, filósofo, internacionalista, erudito y periodista.

En Europa pudo ver de cerca la gloria y el ocaso de Napoleón, sus interminables guerras, el bloqueo de Inglaterra, el Congreso de Viena, la restauración de las monarquías de Francia y de España y, desde lejos, la independencia lograda en América, pero seguida de disenciones, dictaduras y luchas sangrientas.

En Londres, después de numerosas vicisitudes, que sería largo describir, entró en contacto con la Legación de

Chile, que estuvo primero a cargo de Irisarri y después de Mariano Egaña. A ambos debe Chile la suerte inmensa, diré providencial, de haber adquirido a ese maestro incomparable que fué Bello. En efecto, el primero propuso al Gobierno su contratación, y el segundo logró convencerlo de la ventaja de aceptar la proposición chilena y contratarlo para desempeñar el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Sin duda, influyeron en el ánimo de Bello diversas consideraciones para decidirlo a viajar a Chile en lugar de regresar a su patria o de dirigirse a otro país. Es probable que influyeran a la inestabilidad política que imperaba en Venezuela y, quizá, cierta enemistad con sus antiguos amigos.

Pero todo ello entra en el campo de las suposiciones. Lo cierto y positivo es que influyó en forma determinante el atractivo de Chile. Desde lejos, esa naciente República, que en sus albores no había escapado a la suerte de sus hermanas, de ver ensangrentado su suelo con disensiones, fué divisada como la que mayores pruebas de estabilidad podía ofrecer, como la que un mejor campo podía prestar a las ansias de estudio y de realización del eminente venezolano. Allá se dirigió, pues, el maestro.

## III

A fines de julio de 1829 llega Bello a Chile, aquel pintoresco y apartado rincón del mundo hispánico, que extiende su territorio a lo largo de Los Andes, a cuyas cimas parece agarrarse para no caer a ese mar inmenso y azul que de Pacífico tiene tan sólo el nombre. En el Norte, áridos y extensos desiertos, escasamente poblados, pero activos productores de riqueza; en el centro, un largo y fértil valle que produce en abundancia y de buena calidad cuanto pueda esperarse de la tierra; en el Sur, inmensos y valiosos bosques, extensos campos de cultivo y lagos de maravillosa belleza. En el extremo austral, frío, y apartado, la ovejería y el petróleo son importantes fuentes de recurso. Y más allá, envuelta en el misterio de su manto de hielo la Antártida, el continente del futuro.

Ese extenso y variado país se encuentra poblado por una raza homogénea en la que predomina la sangre española. En efecto, la raza aborigen era escasa a la llegada de los españoles, y la inmigración de otras nacionalidades europeas ha sido muy pequeña en comparación a la que llegó a nuestras playas desde esta tierra a la que, con razón, llamamos la Madre Patria. Junto con su sangre nos legó su lengua y su fe cristiana.

A poco de su arribo a Chile presencia Bello la última escena de las luchas partidistas que ensangrentaron nuestro suelo a raíz de la emancipación. Derrotada en Lircay la fracción pipiola, antecesora del partido liberal, asume con mano firme el poder de la República la fracción pelucona, antecesora del partido conservador. Bajo la sabia y enérgica inspiración del gran ministro Portales se transforma la pobre y apartada Colonia del Reino de Chile en una de las más progresistas Repúblicas hispanoamericanas.

Cuatro decenios son, propiamente, los que dura ese esfuerzo en el cual colabora intensamente don Andrés Bello.

La primera y más urgente tarea es la de dotar a la República de una nueva Constitución política, pues las anteriores, de vida efímera, han demostrado ser ineficaces frente a las necesidades del momento. Es necesario reforzar la legítima autoridad del Gobierno.

Bello, extranjero todavía y cuidadoso de no intervenir en las luchas partidistas, no actúa en el primer plano; no figura entre los miembros de la Comisión redactora de la nueva ley fundamental. Pero al través de su amistad de toda la vida con don Mariano Egaña, su principal redactor, con el presidente Prieto y con el ministro Portales, Bello coopera activa y eficazmente, aportando ideas y aun cooperando en la misma redacción de la Constitución que ha de ser promulgada el año 1833. Ella ha de regir los destinos de Chile durante más de noventa años. Y aún continúa en vigencia si se considera que la llamada Constitución de 1925 fué promulgada como reforma de la de 1833.

Es para los chilenos motivo de especial orgullo el recordar la gran estabili-

dad política que proporcionó a nuestra Patria aquel Código fundamental. Ningún país hispánico ni latino puede, como Chile, exhibir un hecho histórico semejante: noventa años de vigencia de una misma y respetada Constitución política.

## IV

Múltiples, como era su personalidad, fueron las tareas de Bello en su Patria de adopción, que pronto había de conferirle el honor de la nacionalidad otorgada por gracia. Fué así como Bello, nacido en Caracas, vino a ser un verdadero chileno y a ocupar importantes cargos públicos, incluyendo el de senador de la República, cargo que ocupó largos años, cooperando en la discusión de importantes leyes.

Bello prestó, al mismo tiempo que pertenecía al Senado, importantes servicios al país en diversos ministerios, pero sobre todo en el de Relaciones Exteriores, que tanto le debe. Puede decirse que el manejo de los asuntos importantes de la cancillería chilena estuvieron en sus manos hasta el tiempo de su muerte, sirviendo sus sabios dictámenes, como base de su jurisprudencia.

Decidido partidario de las buenas relaciones entre las nuevas Repúblicas americanas y la Madre Patria fué el verdadero autor del Tratado de Paz y de Amistad suscrito entre Chile y España el año 1844 y que había de sellar la amistad entre ambos pueblos.

En su *Tratado de Derecho internacional,* cuya primera edición salió con el nombre de *Derecho de gentes*—lo que muestra la influencia del Derecho romano—expone Bello modernos y previsores conceptos acerca de la igualdad jurídica de todos los Estados y de la no intervención en los asuntos internos de otro país.

Respecto de esta última doctrina podemos leer, en la *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile,* correspondiente al año 1836, el siguiente trozo, que llegó a tener palpitante actualidad precisamente cien años más tarde, a propósito de la guerra civil española:

"Si al estallar cada uno de esos cambios de Gobierno hubiesen de examinarse los títulos del nuevo Gobierno, para mantener o interrumpir nuestra amistad y comercio con el país que les obedece, y si mientras recae en él la sanción del tiempo debiese sometérsele a un entredicho en sus comunicaciones diplomáticas tan necesarias para el cultivo de esa amistad y comercio, para la protección de los intereses privados, nunca más expuestos a peligros que en épocas de conmociones civiles, es excusado decir los inconvenientes que esa conducta traería consigo."

La Cancillería chilena proclamó, pues, hace más de cien años, ese laudable principio, que siempre ha mantenido y respetado.

## V

Bello fué el fundador y primer rector de la Universidad de Chile, que abrió sus puertas el año 1843 y cuyos reglamentos redactó con prolijidad, infundiéndole un sello de seriedad y de eficiencia que siempre ha mantenido.

Al mismo tiempo que desempeña tan variadas e importantes labores, Bello continúa sus estudios e investigaciones y escribe, entre otras obras, su famosa *Gramática castellana.* Y sigue escribiendo versos, pues su musa jamás lo abandona aun cuando tiene tan prosaicas preocupaciones.

En Peñalolén, bello rincón montañoso vecino a Santiago, compone su famosa *Oración por Todos,* inspirada en la de Víctor Hugo, ya que no puede decirse que sea tan sólo una traducción de la que compuso el poeta francés.

## VI

Pero es hora ya de que nos ocupemos de la que puede considerarse la obra maestra del insigne estudioso. La que le había de dar merecida fama de sabio legislador: el proyecto de Código civil, objeto de la conmemoración que nos reúne.

Estimo que el proyecto del Código civil es la obra maestra de Bello, por-

que es la que un mayor esfuerzo le costó, la que mayor caudal de conocimientos requería y la de más duraderos efectos. Un verso mal escrito o un libro de escaso valor puede caer en el olvido o ser objeto de acerba crítica, pero un proyecto de Código civil mal concebido o mal redactado no habría recibido el honor de ser aprobado y promulgado como ley de la República de Chile. De la acertada concepción y redacción de sus artículos habían de depender el reconocimiento y la legitimación de hijos, la unión de las familias, la estabilidad de los patrimonios, la justa distribución de las herencias, la acertada interpretación y el cumplimiento de los contratos. Por ello es que puede afirmarse que el Código civil es la ley fundamental del Derecho privado para toda sociedad bien organizada.

Al tiempo de la llegada de Bello a Chile se hacía sentir ya en forma urgente la necesidad de codificar las leyes que regían la vida civil, y así lo hizo ver el maestro en diversos artículos de prensa.

Para mejor apreciar esa urgencia es útil recordar que, a la sazón, los Tribunales chilenos debían aplicar las leyes dictadas por la Corona de España para su antigua Colonia, entre las que podemos recordar: las Leyes de Indias, la Novíssima Recopilación, las Ordenanzas de Bilbao, de los Intendentes, el Fuero Real, el Fuero Juzgo y las Siete Partidas de don Alfonso el Sabio. Bien comprenderéis que por muy sabio que haya sido ese rey, y lo fué, sus disposiciones resultaban anacrónicas, de fondo y forma en pleno siglo XIX.

Era, pues, necesaria una modernización y codificación de las variadas disposiciones legales.

## VII

En julio de 1831 el Gobierno envía al Senado un proyecto de acuerdo, redactado por Bello, proponiendo la designación de una persona que redactase un proyecto de Código civil que, posteriormente, sería revisado por una Comisión parlamentaria.

Aun cuando no sabemos si tal trabajo se encomendó oficialmente a Bello, lo cierto es que éste inició silenciosamente su labor de reunir y estudiar antecedentes y a redactar concienzudamente, como él hacía sus cosas, su Proyecto de Código civil. Se sabe que en 1835 había concuído una tercera parte del trabajo y que en 1840 estaba él casi concluído, por lo que se designó en esa fecha una Comisión de dos senadores y tres diputados para revisarlo. Las discusiones de la Comisión fueron publicadas y se solicitó y obtuvo la opinión de hombres entendidos. Juristas, profesores y magistrados respondieron al llamado, y muchas de sus observaciones fueron acogidas.

Pero como siempre ocurre con el trabajo de las Comisiones, sobre todo cuando él requiere un esfuerzo continuado, la revisión fué muy lenta y, a veces, suspendida por inasistencia de sus miembros.

En 1852 se nombra una nueva Comisión que trabajó presidida, muchas veces, por el Presidente de la República, don Manuel Montt. A mediados del año 1855 terminó la revisión, y el Gobierno pudo enviar al Congreso Nacional el proyecto, que fué aprobado sin nueva discusión.

El día 14 de diciembre de 1855 el proyecto aprobado fué promulgado como ley de la República de Chile.

Veinticinco años había, pues, trabajado Bello en esta que llamo su obra maestra y que tuvo en el continente americano una influencia comparable a la que tuvo en Europa el Código Napoleón. Ecuador y Colombia lo han adoptado íntegramente.

El nuevo Código, en materia de sucesión hereditaria, siguió de cerca la legislación española vigente en Chile; en materia de régimen legal de los bienes siguió a diversos tratadistas, incluyendo algunos americanos; en lo relacionado con el régimen de la propiedad raíz inscrita se inspiró en la legislación alemana; y en materia de obligaciones y contratos siguió el Código civil francés, pero, sobre todo, a su jurisprudencia posterior. En muchas instituciones y aspectos—que no analizaré, pues lo harán próximamente en esta misma tribuna otros abogados chilenos—fué enteramente original.

Con criterio reposado y erudito, Bello

concilió con la realidad chilena teorías y legislaciones extrañas. Nada de innovaciones violentas, sentimentalismos exagerados o frialdades jurídicas igualmente peligrosas. Nada de fiar en la costumbre, que es inestable y que deja de ser constitutiva de derecho. Nada de fiar demasiado en los jueces, a los que obliga a ajustar su fallo al texto de la ley, que ella misma les indica cómo deben entender.

## VIII

Aun prescindiendo de otros motivos, que también hacen grata a los chilenos la memoria de Bello, su esfuerzo por legarnos un Código civil nos obliga sobre manera. Mi propósito ha sido rendirle, desde esta prestigiosa tribuna, un sincero homenaje, procurando esbozar su personalidad sólo a grandes pinceladas, cual lo haría frente a una tela un pintor impresionista.

Si mis palabras han sido incapaces para referirse en forma adecuada a la personalidad ilustre y múltiples de Bello, permitidme que os cite las que, sobre él, escribió el distinguido historiador hondureño don Rafael Eleodoro Valle:

"Para hablar dignamente de Bello—dice—habría que usar el idioma de los ríos y de los árboles; de los árboles y de los ríos de América, a los que tanto se parece por sus dimensiones. El es uno de los fundadores de nuestra América. Vivió para ella, seguro de que sólo por la cultura su América, nuestra América, llegará a cumplir el gran destino que le reserva su denominación de Nuevo Mundo."

Es acertado Valle al expresarse con gratitud, como lo hace, en nombre de América, pues Bello fué principal y esencialmente un americano. Sus creaciones estaban orientadas al bien y a la paz de América, cuyo destino le preocupaba continuamente. Su famosa *Gramática castellana* está dedicada a sus "hermanos de América", y procura uniformar su idioma, evitando al mismo tiempo su diversificación y su degeneración. A América dedica su composición poética de mayor vuelo: su *Oda a América,* desgraciadamente inconclusa.

La Real Academia Española de la Lengua, apreciando sus méritos y su esfuerzo, honró a Bello, primero, con la designación de académico honorario y, después, con la de académico de número.

Chile se precia de que sus gobernantes no sólo ofrecieron a Bello un ancho campo para desarrollar sus numerosas y útiles actividades, sino que lo alentaron eficazmente en su labor.

El prestigioso escritor chileno, académico de la Lengua y de la Historia, don Pedro Lira Urquieta, en su libro sobre Bello, después de recordar lo mucho que que Chile le debía, se expresa como sigue:

"Su obra se habría desvanecido si no hubiera tenido de una manera continua el apoyo de los gobernantes chilenos de la época. No fueron mezquinos con Bello; no le robaron sus ideas ni le arrinconaron en la oscuridad. Le dieron altos y honrosos cargos y, con ellos, los medios para realizar sus proyectos."

La fama de hombre íntegro y experto en Derecho internacional le valió a Bello el honor de ser designado, en dos ocasiones, como árbitro para resolver conflictos entre países. En 1864 lo honraron con tal designación Estados Unidos y Ecuador, y en 1865, Colombia y Perú.

## IX

tristes. Siete de sus hijos murieron antes que él, y casi todos en la flor de la edad. Graves dolencias lo tuvieron postrado, pero no le impidieron hacerse llevar hasta su mesa de trabajo, junto a la cual pasaba las horas leyendo, escribiendo y enseñando, ni le impidieron, tampoco, hacerse llevar diariamente a la vecina iglesia de Santo Domingo, donde oía misa y oraba por los seres queridos.

Ya octogenario y enfermo escribió su libro *Filosofía del entendimiento,* que lo acreditó como uno de los más insignes filósofos americanos. Uno de los últimos libros que se dice tuvo en sus

manos fué el de las *Partidas,* de don Alfonso el Sabio.

Sólo en sus últimos instantes su cabeza, tan equilibrada, perdió el control. Enamorado de los clásicos, se empeñó en recitar trozos de la *Ilíada,* que creía leer en las paredes de su habitación.

Serenamente entregó su alma a Dios en la madrugada del 15 de octubre de 1865. Pronto habría cumplido los ochenta y cuatro años de edad.

Para Chile, su muerte fué motivo de duelo nacional, así decretado por el Gobierno, que se hizo cargo de los funerales. El mismo Gobierno, el Senado, la Universidad, la Iglesia y numerosas instituciones públicas y privadas rivalizaron en sentidas demostraciones de pesar por la pérdida del maestro trabajador e inolvidable.

En estos mismos días, Chile entero conmemora con diversos actos el Centenario del Código civil, siendo la presente reunión un eco de dichos actos que resuena en el corazón mismo del mundo hispánico. Y al recordar su Centenario Código, los chilenos tenemos que recordar al ilustre venezolano que fué su autor.

Pocos hombres como Bello han llegado a conocer y a dominar tantas ramas del saber humano y desempeñado tantos y tan importantes cargos, destacándose siempre por el acierto junto a la modestia, por el esfuerzo junto a la serenidad y por la erudición junto a la sencillez.

Con razón se ha dicho de él que es uno de los creadores de la tradición hispanoamericana.

He dicho.

LUIS ARTEAGA BARROS